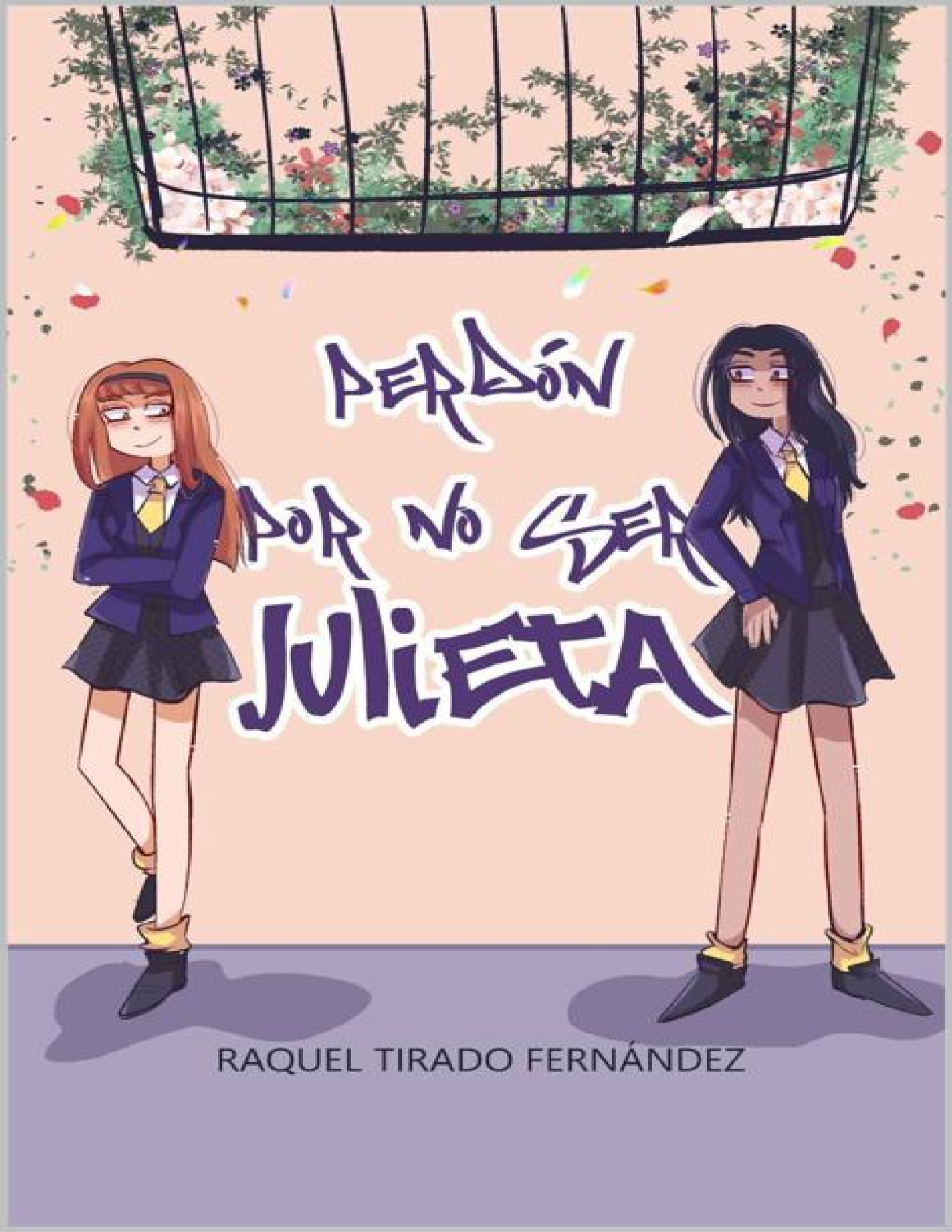


RAQUEL TIRADO FERNÁNDEZ

PERDÓN POR NO SER JULIETA

Raquel Tirado Fernández

Contenido

Página del título
PERDÓN POR NO SER JULIETA
PARTE 1
1. CATA
2. JIMENA
3. CATA
CHAT JIMENA-CATA
4. JIMENA
CHAT MAMÁ-JIMENA
CHAT 4 eso
CHAT JIMENA-CATA
5. JIMENA
chat jimena-león
6. CATA
7. JIMENA
8. CATA
CHAT TOTALLY SPIES
9. JIMENA
CHAT TOTALLY SPIES
10. CATA
11. JIMENA
CHAT TOTALLY SPIES
12. CATA
13. JIMENA
PARTE 2
14. CATA
CHAT JIMENA-RAISA
15. JIMENA
16. CATA
17. JIMENA
CHAT CUMPLE REINA
CHAT TOTALLY SPIES
18. CATA
19. JIMENA
CHAT CATA-CARLA
CHAT CATA-BALMA
CHAT CATA-REBECA
21. CATA
CHAT LEÓN-JIMENA
22. JIMENA

23. CATA
24. JIMENA
25. CATA
26. JIMENA
27. CATA
PARTE 3
28. JIMENA
CHAT CATA-JIMENA
29. CATA
30. JIMENA
31. CATA
CHAT CATA-JIMENA
32. JIMENA
33. CATA
CHAT 4 ESO
TOTALLY SPIES
34. JIMENA
CHAT JIMENA-RAISA
35. CATA
36. JIMENA
37. CATA
CHAT 4 ESO
38. JIMENA
39. CATA
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

AVISO DE CONTENIDO: En esta novela se tratan temas como el abuso sexual y la violencia de género.

Primera edición: noviembre de 2023
ISBN: 9798865194064
© de la obra: Raquel Tirado Fernández
© de la corrección: Myrian Giordano
© de la cubierta: Celia Añó
© de las ilustraciones interiores: Celia Añó
© 2023, Raquel Tirado Fernández
abracadabrantes.com

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Puedes buscar por tierra,
Puedes buscar por aire,
Que como yo te he querido
No va a quererte nadie,
No va a quererte nadie.

Santos que yo te pinté, Los Planetas

A las amigas que se quedan.



Escucha aquí la banda sonora de

PERDÓN POR NO SER JULIETA

PERDÓN POR NO SER JULIETA

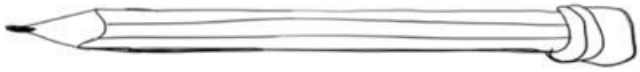
PARTE 1

1. CATA

Sixteen, Leiva

COSAS QUE TIENEN QUE ESTAR LISTAS ANTES DE QUE EMPIECE LA FIESTA

- ~~*¡Yo! Vestido, maquillaje, peluquería…*~~
- ~~*Globos*~~
- ~~*Bolsas preparadas con cotillón (menuda gracia celebrar un cumpleaños en Nochevieja), muchísima purpurina…*~~
- ~~*Mis regalos (de papá y mamá) bien envueltos*~~
- ~~*Los regalos para los invitados*~~
- ~~*La mesa preparada, el mantel puesto*~~
- ~~*El catering en su sitio*~~
- ~~*El DJ*~~



¡La culpa de todo esto la tienen las películas de Disney Channel! ¿De dónde salen sino todas estas expectativas para la fiesta de mi decimosexto cumpleaños? Observo los globos, la purpurina y esos regalos chulísimos y muy bien envueltos que llenan el salón de casa. Todo quedará genial en las *stories* de Instagram, y mis amigas estarán encantadas de asistir al evento más exclusivo del año, pero la verdad es que no tiene tanta gracia cuando lo has preparado todo tú. Incluyendo tus regalos de cumpleaños.

El reloj marca las cinco de la tarde, por lo que mis invitados no llegarán hasta dentro de un par de horas. A excepción de Jimena, claro, ella me ha mandado un mensaje diciendo que está de camino. León vendrá un poco después.

—¿Está todo a tu gusto? —pregunta Encarna, el ama de llaves.

—Sí, gracias. La comida tiene una pinta estupenda —comento, paseando alrededor de las mesas colocadas en la terraza interior. Menos mal que le he dejado claro a todo el mundo que la fiesta será en la piscina, que por algo es climatizada. Aunque todavía no he escogido el bikini que me voy a poner.

Papá me ha mandado un mensaje hace un rato, deseando que me lo pase bien y pidiéndome disculpas por no estar en la fiesta. Ya es mala suerte haber nacido el uno de enero: siempre coincide con las cenas de empresa de mis padres.

Cuando era pequeña, me llevaban con ellos ya fuese la cena en Madrid, Londres o Chicago. Pero nunca había gente de mi edad. Me aburría muchísimo y, a veces, juntaba un par de sillas del restaurante y me quedaba dormida antes de que dieran las doce. Luego comencé primaria, conocí a Jimena y empezamos a pasar tanto Nochevieja como mi cumpleaños juntas.

Primero celebraba estas fechas con sus padres y con ella, después con su padre y con ella y desde hace unos cinco años (¡madre mía!) también con su madrastra y hermanastro.

Este es el primer cumpleaños que pasamos «a solas» en mi casa, y no podría estar más emocionada.

Creo que he invocado a mi amiga, el timbre acaba de sonar. Le hago un gesto a Encarna para que sepa que abriré la puerta y corro hasta ella, a punto de caerme porque he olvidado que voy en tacones.

Jimena me recibe con una sonrisa que le ocupa toda la cara, un vestido verde que escogimos juntas, un abrigo sintético del que se escapan mechones de su melena negra y unas gafas de sol gigantes porque, aunque estemos en diciembre, se ha tomado el concepto «fiesta en la piscina» al pie de la letra.

—¡Feliz no cumpleaños! —exclama mi mejor amiga cuando le abro la puerta, y rompe el espacio para dar saltos a mi alrededor y envolverme en un fuerte abrazo—. ¡Tía, qué bonito has dejado todo esto! Los farolillos, los globos… ¡Podrías dedicarte a la decoración de interiores!

—Los dieciséis no se cumplen todos los días, ¿no?… Y enseguida te va a tocar a ti —murmuro. A ninguna de las dos nos hace mucha gracia cumplir años.

—Pero hoy es tu día —dice Jimena. Me agarra de la mano, estrechándola con fuerza, y tira de mí hasta el interior de la casa—. ¿Cuándo llegarán las gemelas? ¿Y León?

—Las gemelas vendrán sobre las ocho, y León ha dicho que estará en veinte minutos más o menos… —respondo, sintiéndome de pronto un poco interrogada. ¿Tengo cara de ser la agenda personal de nadie?

—De lujo. Oye, a todo esto, ¡¿ha venido el DJ Zeta?! —pregunta cuando estamos ya en el salón, y echa un ojo a lo que se puede ver de la terraza interior.

—Mis padres le han untado bien —explico, sonriendo. Papá y mamá siempre contratan al mismo DJ para nuestras fiestas, y él ya casi se ha convertido en un miembro más de la familia—. ¿Y Ricardo y Alma? ¿Dónde pasan la Nochevieja?

—Se han ido a Andorra a esquiar, y Darío ha aprovechado para montar una fiesta en casa. Tía, desde que tiene novio, está de un rebelde…

Darío es su hermanastro desde que su padre se casó con Alma hace unos cinco años, y no hemos intercambiado más de dos frases en la vida, pero lo veo a menudo en su casa o incluso en el instituto, y me cae bien.

Jimena y yo estudiamos en el Minerva Gallardo, un instituto privado femenino que está justo al lado del Germán Otálora, el instituto masculino en el que estudian Darío y, también, mi primo. Los institutos son como hermanos y alguna vez nos hemos mezclado para excursiones o cosas así.

Sé que, justo antes de las vacaciones de Navidad, Darío tuvo un conflicto con mi primo y se extendieron algunos rumores sobre el pasado de Darío y su orientación sexual; no se habla de otra cosa en mi grupo de WhatsApp. ¡Lo que hace el aburrimiento!

—Pero ¿te quedas a dormir aquí? —le pregunto a Jimena.

—Sí, claro. Con Brianda y Mencía, ¿no? Noche de chicas. En casa al menos está mi perro y se asegurará de que los nuevos amigos no nos roban el Mercedes o se encierran en casa en plan okupa —dice. Pone los ojos en blanco—. Es broma, es broma. Vamos a la terraza, ¿no? Ya empiezo a tener hambre.



León me dijo que llegaría sobre las cinco y media, pero pasan de las seis y aún no ha aparecido. No me importa. Es el último día del año, así que es normal que tenga muchísimas cosas que hacer. Además, me gusta estar a solas con Jimena, aunque sea un par de horas. Hemos estado un rato hablando con el DJ y nos hemos hinchado a comer tostadas de jamón ibérico y salmón (por separado) yo, y tostadas de hummus Jimena, que basa toda su personalidad en ser vegetariana. Ahora nos hemos tumbado en las hamacas frente a la piscina y mi mejor amiga me enseña, orgullosa, la *playlist* que ha preparado para el cumpleaños.

—No es por desprestigiar a nadie, Catalina —comenta, usando su privilegio de mejor amiga para llamarme por mi nombre completo y desviando la mirada al DJ que está en la mesa de mezclas—, pero he recopilado unos temas chulísimos. Y todos incluyen la palabra dieciséis.

Antes sonaba *Dieciséis añitos* de Dani Martín, que es una canción la mar de triste, pero ahora ha salido un tema en inglés bastante animado.

—Que sí, que sí, pero espero que me hayas preparado algún regalo más aparte de este.

—Me he traído a mí misma, ¿no te basta? —dice, sonriéndome.

—Me sobra.

Estiro el cuello hacia atrás y me tapo un poco con la manta que he traído conmigo. Desde esta perspectiva, el naranja del atardecer se funde con el verde del césped creando un color completamente nuevo.

Del teléfono de Jimena surge una voz rasgada y en español.

—¿Y esta?

—Se llama *Sixteen*, de Leiva —responde mi amiga—. Es bastante turbia, la verdad.

—«Se me revuelven las tripas cuando te sueltas, palomita, y me extorsionas con tu dulce pubertad» —entono la letra.

—Menudo asco. «Puedo ser muy inmadura, pero me caigo y se te pone dura». ¡Para que luego digan que el *reggaeton* es machista! ¡Pues anda que esto!

—Pero la melodía mola —comento.

—Una cosa no quita la otra —dice Jimena y, acto seguido, se pone de pie—. Venga, bailemos.

Así que le hago caso y dejo que tire de mi brazo y me haga girar como una peonza. Estamos envueltas en risas, en naranja, en los brazos la una de la otra.

«Méteme en líos, hazme ese favor y no lo dejes pendiente» sigue la canción mientras nosotras bailamos, bailamos y bailamos.

Entonces me parece que suena el timbre y después la puerta de casa se cierra de golpe. Suelto a Jimena, me acerco a la puerta y cuando veo a León chillo de pura alegría y me encaramo a su cintura de un salto.

2. JIMENA

Running Up That Hill (A Deal With God), Kate Bush

Las horas pasan rápido entre bailes en la terraza y en el salón, conversaciones con Cata y León y el recibimiento de las gemelas. Me he pegado tal comilona de sushi vegano y tostadas de hummus que creo que el catering debería replantearse su estrategia de abastecimiento.

Papá y Alma han pasado una foto de las vistas desde su apartamento en Andorra, Darío ha respondido con una foto de la barbacoa que prepara en casa y yo he añadido un selfi mío, porque ninguna vista podría superar eso.

León, el novio de Cata, me cae genial, pero siempre termina monopolizando a mi amiga, así que me ha alegrado la llegada de Mencía y Brianda, que por lo menos me entretienen echándome las cartas del tarot mientras yo reposo el empacho.

Bueno, Brianda echa las cartas y su hermana Mencía se queja cada dos por tres diciendo que los horóscopos, el tarot y toda la pesca son una absurdez medieval que no entiende por qué se ha puesto de moda.

La baraja de cartas está tendida en la hamaca, entre mi cuerpo y el de Brianda, que las observa chuperreteando un mechón de su larga melena rubio cenizo en un gesto de concentración. De acuerdo con mi amiga, las cartas que ha tirado —un esqueleto, un sol enorme y un señor sentado en un trono— definen mi situación actual.

—La muerte, el sol y el carro —explica Brianda—. ¡Esto es bueno, tía!

—Pero ¿cómo va a ser bueno? Me ha salido la muerte.

—Ya, pero lo que importa es el orden, y además la muerte no tiene por qué ser mala, solo significa que vas a experimentar un cambio. Y el sol y el carro indican que será positivo, porque tomarás las riendas de tu vida, aunque sufras un *shock* inicial, ¿entiendes?

—Vale, vale, si no tengo un año estupendo, te haces cargo —comento.

Brianda se aparta el pelo de la cara y recoge las cartas para barajarlas de nuevo con la calma y el cuidado de quien ensaya un ritual.

—Esto es una chorrada, ven, Jimena, déjame que te lea la mano y vea tu futuro. —Mencía me agarra la mano y hace que me vuelva para mirarla—. Mira, todas estas líneas indican que heredarás el imperio de tu padre y serás muy, muy rica, y esto… —La chica mantiene su cara de concentración mientras me lanza un escupitajo justo en la palma—. ¿Ves? ¡Esta será la piscina que tendrás en tu casa cuando seas mayor! ¡Será más grande que esta!

—Pero ¡qué asco! —grito, sin dar crédito a lo que acaba de pasar.

Mencía estalla en carcajadas mientras su hermana la observa con desaprobación y una media sonrisa mal disimulada.

Yo me tiro sobre Mencía, alargando la mano contra su brazo para limpiarme en ella.

Creo que este numerito sirve muy bien para presentar a estas dos. Físicamente, las hermanas son dos gotas de agua: ambas miden poco más de metro y medio, tienen las caderas anchas, el cuerpo regordete, la nariz respingona, los ojos azules y siempre despiertos, el cabello rubio cenizo y largo, aunque Mencía también lleva flequillo, enmarcando los rostros más bonitos y angelicales que he visto nunca. En cuanto a la personalidad, son más bien diferentes: Brianda es la que trae las cartas de tarot plastificadas a una fiesta en la piscina, y Mencía, la que te escupe en la mano para hacerte reír. ¡Y después, encima, se enfada cuando tú la persigues para cobrar la

venganza!

—¡Para! —intenta defenderse.

He conseguido alcanzarla, restregar mi mano contra su brazo y casi me quedo sin respiración de tanto reírme.

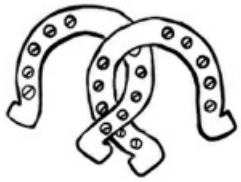
Entonces, León y Cata, que habían desaparecido en el interior de la casa, vuelven a la terraza. Cata lleva una copa de vino en la mano y un vestido oscuro que destaca el rojo de su pelo. Así parece mucho más mayor que yo. León nos está mirando, con una pequeña sonrisa. Debe pensar que somos unas niñatas, persiguiéndonos llenas de saliva. No sé por qué, pero eso me hace sentir muy fuera de lugar.

—Vamos a abrir los regalos —anuncia Catalina la Grande con solemnidad.

—Pues yo no pienso darte nada antes de tu cumpleaños —siseo.

—Mejor, así dura más la fiesta. Abrimos los de mis padres y ya. ¿Quieres?

Cojo la copa de vino blanco que mi amiga me ofrece y observo las burbujas que estallan en la bebida. Después, doy un trago y dejo que el calor me invada la garganta.



Cata se ha comprado los regalos de cumpleaños a sí misma, con el dinero de sus padres, pero de no saberlo no lo habría adivinado. Su cara de sorpresa es total cuando desenvuelve el primer paquete, abre una caja de Prada y saca unas botas militares de color negro, con una plataforma interminable, altas y con bolsillos anudados a su alrededor.

—Qué pasada —dice Brianda, boquiabierta.

—Son aún más bonitas en persona. —Suspiro, porque las elegimos juntas en internet.

—¿Vas a volver a tu era gótica? —pregunta León, alzando las cejas.

—¡Prueba a buscar el nombre de las botas en Google, León! ¡Ninguna gótica media podría pagarlas! No estaría al nivel ni de las hijas de Zapatero —dice Brianda, aún alucinando. Y es que estas botas cuestan 4.000 euros por lo menos.

Cata y yo descubrimos por experiencia propia que, si quieres ser gótica y vestir bien, te va a costar un ojo de la cara. No nos era rentable ni a nosotras.

—¿Y qué si vuelvo a mi era gótica? —responde mi amiga, sonriendo—. Estas son perfectas para pisarte la cara, guapo.

—¿Os va ese rollo? —pregunta Mencía, riéndose.

León tarda un poco en entender el comentario y después se ríe también, mientras yo le doy un codazo a mi amiga.

La (no) cumpleañera abre el segundo regalo, que viene en una cajita mucho más pequeña.

—¿C de Cata? —pregunta León, observando el colgante de oro con la letra que cuelga en el centro.

—¡Claro! Aunque mejor te la tendrías que poner tú, para que todo el mundo sepa quién es tu dueña… —murmura mi amiga—. ¡Es broma! Me he dejado llevar. —Le da un beso a su novio en la mejilla—. Venga. ¿Me lo pones?

León besa a Cata en la mejilla también y después acerca las manos a su cuello para colocar el colgante, haciéndose un lío intentando recoger toda su melena roja. Cuando por fin engancha el colgante, que es precioso y reluce en contraste con la piel pálida de mi amiga, Cata grita de emoción y después sale corriendo para volver con una cesta llena de cámaras Polaroid, de estas que imprimen la foto al momento.

—Una para cada una, para hacer fotos esta noche —explica Cata.

Nos hacemos unas cuantas en ese momento: todos juntos, solas las gemelas, Cata y yo, Cata con sus botas de Prada… Yo sigo haciendo fotos cuando Mencía, Brianda y Cata suben las escaleras hasta el piso de arriba para ponerse el bikini, que yo ya me he puesto antes, y poder continuar con la fiesta en la piscina.

—Pues nos han dejado solos —dice León, aprovechando para hacerme una foto con su cámara. Yo poso un poco, sacándole la lengua y con la copa de vino en la mano. Aprovecho y le hago fotos a él también, que intenta poner morritos y fracasa de un modo adorable.

—¿Te apetece que las esperemos en la piscina? —pregunto, tapada con una toalla, con la copa en la mano.

—Claro.

Después se sirve un cubata.

Lleva puesto un bañador de color azul de Lacoste, chanclas y una camiseta blanca de Hollister. Es un chico muy guapo. Tiene el cabello de un color intermedio entre el rubio y el miel, ondulado y largo por encima de los hombros. Las cejas frondosas enmarcan unos ojos grises, y el puente de la nariz inclinándose hacia arriba como un tobogán.

—¿De qué te ríes? —pregunta León, porque resulta que me estoy riendo y hasta hipando entre carcajadas.

—De tu nariz —confieso—. Es que parece un tobogán, ¿sabes? Y ahora me estoy imaginando a una persona diminuta deslizándose por ella, tipo *El viaje de Gulliver* y, claro, pues me entra la risa.

—Es el piropo más raro que me han hecho nunca… porque es un piropo, ¿no?

—Claro que es un piropo —respondo rápidamente.

—Más te vale… —León me hace un gesto con la cabeza—. Venga, vamos a la piscina.

Cata tenía catorce años y él, dieciséis cuando se conocieron. Cuando empezaron a salir, mi mejor amiga y yo no nos lo podíamos creer. León era mayor, guapo, popular y tenía una sonrisa encantadora. A Cata le costó asimilar que se hubiera fijado en una chica como ella. Ahora que llevan casi dos años juntos, ya nos hemos acostumbrado y no debería llamarnos la atención que se quede a nuestro lado en días como este, pero nos sigue llamando la atención, claro. Me sigue pareciendo fuerte que esté bañándome en la piscina con alguien como León, ¡encima, en Nochevieja!

Desde nuestra ubicación, escucho las risas de Cata y de las gemelas en el piso de arriba, pero me siento un poco ajena a ellas.

—¿Qué le has comprado a Cata? —me pregunta León entonces, cuando ambos estamos dentro del agua, uno al lado del otro—. Para su cumpleaños, quiero decir.

León tiene la voz profunda y suave al mismo tiempo, como una caricia.

—Es un secreto.

—Venga, si tú lo dices, yo lo digo. —León alza las cejas, haciéndose el interesante. Después aprovecha para darle un nuevo trago a su cubata, que ha apoyado cerca de la piscina.

—Pero tú me lo tienes que decir primero —digo, señalando mi oído.

León toma mi invitación en un sentido literal porque se acerca, y su voz directa a mi oído hace que los vellos se me pongan de punta.

—Un anillo —susurra.

—Espero que no le pidas matrimonio. —Río y me separo de él, recuperando espacio.

—¿Crees que diría que no? —inquiere León, otra vez con esa voz que no habla, sino susurra.

—No, creo que diría que sí y que tendríamos un problema.

Ahora es León el que ríe, y de pronto su cuerpo vuelve a estar cerca y su mano derecha está en mi espalda y roza las puntas de mi cabello.

—No te preocupes, no te voy a robar a tu mejor amiga. —Esboza una sonrisa.

¿Cómo puede hablar con tanta tranquilidad cuando está tan cerca de mí?

Porque está muy cerca.

Mis piernas rozan las de él y su mano derecha sigue en mi espalda mientras la izquierda me acaricia el vientre.

Quiero decirle que se aparte, pero no quiero que se sienta mal porque, desde luego, me estoy confundiendo.

—Más te vale —repito las palabras que él ha dicho antes, le sigo el juego en vez de decir lo que pienso.

La mano que tenía en mi espalda asciende hasta llegar a mi cabeza, que impulsa hacia delante para acercarla a él con suavidad. Mi cuerpo entero está rígido; mis brazos, caídos y quietos a los lados. Con la otra mano, sigue tocando mi estómago, dibujando el contorno de las formas de mi cuerpo, de estas dunas que suben y bajan, tocando mi ombligo.

León se ríe, así que yo me río también, por pura inercia.

La mano que tiene en mi vientre empieza a bajar.

Y a bajar.

Y a bajar, hasta introducirse en la parte inferior de mi bikini, haciendo que la tela ceda un poco.

Jimena, reacciona.

Sus dedos acarician los pelos de mi pubis.

No me he depilado. Eso es lo primero en lo que pienso. Me imagino mis pelos largos, oscuros y rizados, y me siento muy niña, muy poco preparada y muy mal hecha.

¿Tendría que haberme depilado?

¿Qué hago haciéndome esta pregunta?

¿Qué demonios está pasando?

Jimena.

Los dedos de León se introducen en mi vagina y mi cuerpo entero se estremece. Él mueve los dedos, explorando, mientras acerca su cara a la mía con la intención de… ¿darme un beso?

Que pare, que pare, que pare.

No consigo moverme.

Joder, muévete.

Jimena, reacciona.

Muevo las piernas, pataleo en el agua y logro apartar a León dándole un golpe en el pecho. No espero ni a ver su cara de sorpresa. Cuando tengo el espacio suficiente, me impulso con los brazos y salgo de la piscina. Sigo sin mirarlo. Recojo la toalla que ha quedado tirada en el suelo, trato de colocarme bien la parte de abajo del bikini, agarro mi teléfono móvil y desaparezco.

3. CATA

Sin ti no soy nada, Amaral

Mis padres me prometieron que mi décimo cumpleaños sería diferente y que lo pasarían conmigo. Sin embargo, en la víspera del gran día, les surgió un compromiso. Yo estaba muy, muy triste, y Jimena me propuso pasar la última noche del año despiertas viendo *Princesa por sorpresa 1* y *Princesa por sorpresa 2* en bucle. Vimos la primera cuatro veces y la segunda, tres, porque son mis películas favoritas en el mundo. En cierto momento, lloré desconsolada porque el pelo de Jimena era negro, como el de Anne Hathaway, y el mío, rojo, y sentía una envidia que apenas me dejaba respirar.

En mi onceavo cumpleaños, papá y mamá también estaban trabajando, pero contrataron a una animadora infantil que montó una fiesta temática en la que me sentí una auténtica reina. Jimena estaba ahí, claro, aplaudiendo como la que más en mi coronación. También estuvieron mi primo y las gemelas. Hasta olvidé que mis padres se habían ido.

Mi cumpleaños número doce lo pasé entero en casa de Jimena, con su padre, su nueva madrastra y su nuevo hermanastro, todos incluidos en la cena familiar. Fue la primera vez en la que, con su paga, Jimena me compró un regalo. Era una peluca azabache.

«Para que heredes el trono de Genovia», explicó.

«No hace falta que me regales nada, con que estés tú me sobra», repliqué yo.

Esa se convirtió en nuestra frase, la tontería que repetíamos una vez tras otra cuando una iba al cumpleaños, a la comunión o a lo que fuera de la otra y preguntaba «¿Tengo que llevar algún regalo?». La respuesta siempre era «Con que te traigas a ti misma me sobra». Porque era verdad. Con eso sobraba.

Pero hoy, en mi decimosexto cumpleaños, Jimena no está. Ha desaparecido de la faz de la Tierra sin siquiera decirme nada.

—No se lo tengas en cuenta —la excusa mi novio—. Yo estaba con ella en la piscina y entonces le ha sonado el teléfono, lo ha cogido, ha puesto cara de circunstancias y se ha marchado. Seguro que era algo importante.

—Ya, pero ¿por qué no me ha dicho nada? ¿Y por qué no responde a mis llamadas? Joder, ¡es mi cumpleaños!

—No eres el centro del mundo, Cat —dice León, mordaz. Después, me acaricia la mejilla y añade—. Pero sí eres el centro de *mi* mundo, aunque suene cursi. Por eso estoy aquí. Y tus amigas también. ¿Por qué no te olvidas de Jimena e intentas pasártelo bien?

Asiento, porque tiene razón.

Él está aquí, conmigo. Ha dejado a sus amigos, con los que siempre celebra Nochevieja, por mí.

—Vale —digo.

León sonríe. Me pongo de puntillas para besarlo en la boca y recuerdo lo afortunada que soy cuando él me mira con los ojos más dulces del mundo.

CHAT JIMENA-CATA

Hoy

21:00

JIMENA

Tia, lo siento mucho, me ha llamado mi hermano. No sé qué ha liado con la fiesta en casa... Te llamo luego, ¿vale?

JIMENA

Perdón por no haberte cogido el teléfono, que sé que has llamado. Te llamaré yo, ¿vale?

Y te felicitaré el cumpleaños, perdón por no estar ahí.

4. JIMENA

Cualquier otra parte, Dorian

Paso 1: salir de casa de Cata sin que ella me vea.

Paso 2: subir a un taxi que me lleve a casa.

Paso 3: colarme en mi propia casa atravesando el jardín trasero, encaramándome a un árbol y metiéndome en la habitación por la ventana entreabierta.

Paso 4: pasar la última noche del año metida en la cama, llorando, tranquilita, sin que papá se entere de dónde estoy y sin molestar a nadie.

Mi plan perfecto se ha ido al traste cuando los nuevos amigos de mi hermano han entrado en casa y MI PERRO se ha marchado ladrando y muy emocionado para conocerlos a todos. A mí me da igual que Darío invite a casa a sus amigos los chungos, me da igual que la casa apeste a chorizo (literalmente están asando chorizo, que nadie me malinterprete) y me da igual que coja MI altavoz sin permiso…, pero lo que no puede hacer es llevarse a Óscar. Y menos en una noche como esta.

Así que me he recogido el pelo, me he puesto una sudadera gigante de Harvard encima de las mallas negras y he salido detrás de él.

Cuando bajo las escaleras, me encuentro con un chaval que mide casi dos metros, con la cabeza llena de trenzas, tirado en el suelo y con mi perro encima, llenándole el cuerpo de lametazos. La escena en conjunto es incluso más esperpéntica porque a ellos dos los acompañan Darío, su mejor amigo Pelayo, que lleva el delantal de los falsos abdominales de mi padre, encima de un traje amarillo; Salva, el novio de mi hermano, y sus otros dos amigos: un chaval moreno y alto, vestido de negro a excepción de una chaqueta de cuero roja, y una chica más morena que todos ellos, con tres pendientes en la nariz y un vestido dorado hasta los tobillos que marca todas sus curvas.

—¿Qué coño hacéis con mi perro? —digo al llegar al salón.

Todos se quedan congelados, mirándome. Óscar tarda poco en reaccionar, se separa de los brazos del chico de las trenzas y se acerca a mí, respetuoso y obediente.

Darío es el que más confundido está.

—¿Tú no ibas a pasar Nochevieja fuera? —pregunta, sobresaltado.

—¿Tengo que responderte a eso? Ya has visto que he vuelto.

¿Estoy sonando demasiado borde? Debería tranquilizarme un poco. Pero ¡tienen a mi perro! Mierda, no tendría que haber bajado. O al menos me tendría que haber arreglado y haber pensado en una buena excusa… Ahora Darío se va a preocupar por mí y mi padre se enterará de todo.

Fatal, Jimena. Menuda gestión de mierda.

—Chicos… Os presento a Jimena, mi hermanastra —resuelve Darío—. A Pelayo ya lo conoces. Y a Salva también. Ellos son Isaac, Jonathan y Raisa. Ricardo me dijo que te quedarías a dormir con Cata, que te había dejado en su casa… ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Pongo los ojos en blanco, fallando en mi intento de dejar de ser tan borde.

—He pedido un taxi y he subido a mi habitación por la ventana para que no me vieras —explico—. No me apetecía una mierda hablar con nadie. Pero de repente esto se ha llenado de gente y estáis aquí con Óscar… Lo siento, pero ahora lo necesito como apoyo emocional.

—¿Tu perro se llama Óscar? —pregunta el chico de las trenzas… Jonathan. Se llama

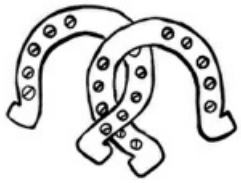
Jonathan, claro. Pero no puedo evitar sonreír, porque me hace gracia que sea lo que ha destacado de la conversación—. Va en serio, ¿se llama así de verdad? —repite, y mira a Salva, que ya ha estado en casa más veces, buscando respuesta.

Salva está a punto de romper a reír. Se le ve a la legua.

—Puedes quedarte a la fiesta, seguro que lo pasas bien —me dice Darío, pasando olímpicamente del debate sobre el nombre de mi perro—. Estamos acabando de preparar la cena y también hay verduras, así que puedes comer tú también.

Yo estoy arrodillada en el suelo, abrazando a Óscar, y barajo todas mis opciones hasta que concluyo que pasar el rato con esta panda de frikis será mejor que estar en la habitación.

—Bien. Me quedo. ¿Dónde está el alcohol?



Al final esta gente me va a caer bien.

Los amigos de Darío, quiero decir. Todavía me parece surrealista que haya acabado cenando con un grupo tan variopinto, pero son muy majos, de esas personas que integran a cualquiera en una conversación y son divertidos casi sin pretenderlo.

Darío lleva solo unas semanas saliendo con Salva, o al menos han pasado unas semanas desde que lo ha dicho. Me he enterado de la historia un poco a medias. Darío es mi hermanastro y, antes de que su madre se casara con mi padre, vivía en uno de los barrios más chungos de Valencia, donde conoció a Salva y donde vive también toda esta panda. Parece que se reencontraron a principios de curso… en una discoteca, creo. Y retomaron el contacto con tantas ganas que acabaron siendo novios.

Yo me alegro muchísimo por Darío. A pesar de ser… Bueno… No hermanos, pero casi, no es que hablemos mucho, pero parece más feliz desde que está con Salva. Además, Salva me cae genial.

En la última semana del curso, el chico ha venido bastante por aquí, también en calidad de apoyo emocional. Han sido unos días duros para mi hermanastro. Uno de sus compañeros de clase, en el instituto Germán Otálora, se dedicó a expandir rumores y detalles sobre su pasado, sobre su orientación sexual y sobre cómo era la vida de su madre antes de casarse con mi padre. La intervención de papá y de la dirección del instituto evitó que fuera a más, aun así…

Estos rumores han llegado hasta mi instituto, así que imagina la magnitud, y me han hecho infinidad de preguntas que yo, por un lado, no he querido responder y, por otro, no he sabido responder. No tenía ni idea de que Darío era gay, ni me interesa más allá del mero cotilleo, la verdad. Tampoco tenía ni idea de que el padre de Darío, el padre biológico, el que murió cuando él tenía doce años, era un maltratador. Ya hay que ser mala persona para convertir algo tan serio en un simple tema de conversación.

En fin. El caso es que Salva ha estado mucho tiempo en casa para animar a Darío, y me alegro infinito de verlos bien.

Ahora estamos todos cenando en el jardín interior de casa y yo me estoy comiendo un buen plato lleno de verduras a la brasa, pero la verdad es que no tengo mucha hambre. Parece que

ahora mi estómago solo admite alcohol.

Le pido a uno de ellos, Isaac, que me sirva un cubata, y él obedece, pero me doy cuenta de que apenas ha echado ginebra y el vaso se desborda en Coca-Cola. ¡Ya es lo que me faltaba! ¡Que unos desconocidos controlen lo que bebo!

—Hermanito, tus amigos son muy guays, pero vigila que no nos roben nada —le digo a Darío, vacilando.

—Si robáramos algo, seguro que ese perro tan grande que tienes nos mordería —replica Salva —. ¿Por qué se llama Óscar?

—¡Por fin alguien hace la pregunta del millón! —exclama Jonathan, a su lado.

Voy a responder cuando una notificación me sobresalta.

22:30

MENCÍA

Jim, ¿estás bien? ¿Por qué te has ido? Imagino que tendrá lío en casa, pero si puedes respóndeme, que nos hemos quedado preocupadas.

Mierda. Quiero responder a Mencía, pero no quiero responder a Mencía.

Decido dejar el iPhone boca abajo y fingir que no ha pasado nada.

—Esto, perdón, un mensaje… Bueno, la verdad es que no hay razones ocultas —admito—. De pequeña tenía un peluche que me encantaba y se llamaba así, y por eso, cuando mi padre adoptó al perro, quise llamarlo igual.

—¿Y a santo de qué tenías un peluche llamado Óscar? —insiste el chico.

—Ahí sí que no tengo ni idea, tendré que preguntar a mis padres. Pero bueno, es lo de menos, me encantan los animales con nombres de persona.

—*Same* —dice Salva.

—Los perros con nombre de persona son lo mejor —añade Jonathan—. ¿Os acordáis de ese caniche que vi en el parque y que se llamaba Sandra? Aún me sigo riendo.

—Pues claro que nos acordamos, estuviste una semana hablando de ello —dice Raisa.

Pasamos toda la cena así. Desviándonos de un tema a otro a cada cual más tonto. Papá y Alma, mi madrastra, nos envían una foto desde su apartamento en Andorra. Darío responde con una foto en la que aparecemos todos cenando. Yo maldigo en voz baja, porque ahora mi padre se enterará de que me he ido de casa de Cata, pero prefiero no decirle nada a Darío, porque está muy feliz y no quiero estropearlo. Después, Salva le da un beso en la mejilla y él hace un selfi que captura el momento.

Se escucha un suspiro generalizado por toda la mesa, cargado de recochineo, al que yo también me sumo.

Respondo preguntas cuando me las hacen, hago preguntas cuando toca y, en general, me dedico a observar a todas estas personas que son tan nuevas para mí. Así, me llegan retazos de la historia y la personalidad de cada uno de ellos, como piezas sueltas de un rompecabezas que debo formar sola.

Descubro que Raisa se dedica a pintar murales. Descubro que los murales y los grafitis son una cosa totalmente diferente porque, para empezar, los murales son legales y a Raisa le pagan por hacerlos.

Descubro que Jonathan actúa como si Pelayo le hubiese salvado la vida porque le ha encontrado trabajo en un hotel y, gracias a eso, va a poder seguir estudiando.

Descubro que la primera noche en la que todos se juntaron en esa discoteca, Pelayo se emborrachó tanto que se vomitó encima de un traje de Ralph Lauren que le había costado 3.500

euros. Raisa sigue indignada por eso… Tendría que haber visto las botas de Prada que le han regalado a Cata.

Joder, Cata.

¿Cómo estará?

Mierda.

Debe odiarme muchísimo.

—¡Se me ha ocurrido una idea de la hostia! —Jonathan me saca de mis pensamientos—. Tenemos que hacer una ceremonia para incluir a nuestros tres pijos favoritos en el club. Jimena, te acabamos de conocer, pero ya nos caes de puta madre, así que tú entras también.

—¿Qué club? —pregunta Raisa.

—¡El nuestro! —repite Jonathan, como si fuese obvio.

—Tu eres tonto. —Suspira Raisa.

—Antes de meterme en ningún club, preferiría que me explicaras tu idea —apuntillo.

—¡Os vamos a rapar un lado de la ceja! Así, en plan guay. —Señala la marca de su ceja derecha—. ¿Qué? ¿Os apuntáis? —pregunta—. ¿Te parece bien, Pelayo?

Pelayo tiene las gafas empañadas, juraría que podría echarse a llorar de la emoción.

Sonrío.

—Venga, voy a por la maquinilla de mi padre. —Me levanto.

—¡¡¡Esa, Jimena!!! —jalea Jonathan—. ¡Cómo molas, hermana!

Antes de que pueda darme cuenta, ya tengo la maquinilla de mi padre y estoy sentada en una silla delante de Jonathan, que ha cogido un mantel y me lo ha colocado en el cuello como si estuviéramos en una barbería.

—¿De verdad quieres hacer esto, pequeño saltamontes? —Jonathan contiene un hipido y clava sus ojos avellana en los míos.

—Sí, de verdad.

—Jimena, pero ¿estás segura? —pregunta también Darío.

—Ya he dicho que estoy segura —respondo y, mirando a mi hermanastro a los ojos, añado también—: No le mandes una foto a mi padre, ¿vale?

Darío frunce el ceño, tardando un poco en entender mi reproche.

Jonathan, por su parte, hace el amago de acercarse a mi ceja un par de veces, pero siempre termina por echarse hacia atrás.

—¿Lo vas a hacer ya o qué? —pregunto.

—Joder, es que me da miedo que salga mal —murmura.

—¡Quien tenga miedo a morir que no nazca! —exclama Salva.

—Déjame a mí —dice Raisa, levantándose.

—Que no, que ha sido idea mía.

—¿No ves que no tienes iniciativa?

Discuten un rato, pero finalmente Jonathan se encarga de «la ceremonia de iniciación» y, al ver que no me ha dejado sin ceja, grita de alegría y me da un abrazo. Después de mí, van Darío y Pelayo, también sin incidentes. Ellos aplauden, le suben el volumen a la música y empiezan a cantar a pleno pulmón y a bailar como si no importara nada.

Yo intento bailar e intento cantar, pero no lo consigo. Desvío la mirada a mi teléfono boca abajo y siento cómo llegan las notificaciones, aunque no las vea. Miro mi vaso de cubata, medio vacío.

Lo miro todo y los miro a ellos, y desearía haber bebido más para poder formar parte de su alegría.

—Soy demasiado generación Z para todo esto. —Suspiro mientras juzgo a Jonathan y Pelayo, que comparten micrófono y berrean una canción de Dorian.

—¡Un poco de respeto a la buena música! —replica Salva.

—En fin —murmuro, poniendo los ojos en blanco—. Me voy a mi cuarto. Ya bajo para comerme las uvas.

Me despido de todos ellos con la mano y desaparezco escaleras arriba seguida por mi perro.

CHAT MAMÁ-JIMENA

Hoy

00:01

MAMÁ

Feliz año nuevo, tesoro. Espero que lo estés pasando muy bien con Cata. Envíame una foto si quieres, que me encantaría ver lo preciosa que vas. Te quiero mucho, ¡nos vemos esta semana!

JIMENA

¡¡¡feliz año, mami!!!

CHAT 4 eso

Hoy

00:06

CARLA
Feliz año nuevo, zorras. ¡¡¡Y feliz cumpleaños a la más zorra de todas!!!

BALMA
¡FELIZ AÑO! ¡Y feliz cumple, Cata!

CATA
OS QUIERO MUCHO, CHICAS

CAYETANA
¡Siempre andas robando protagonismo! Estás preciosa.

GENOVEVA
Siiiiiiiii, me flipan las botas

BRIANDA
¡Feliz año! Ganas de veros

JIMENA
¡¡¡feliz año!!!

CHAT JIMENA-CATA

Hoy

00:14

JIMENA

Feliz cumpleaños, Cata. Siento mucho haber tenid que irme. Te lo voy a compensar.

5. JIMENA

Wait a Minute!, WILLOW

En el primer día del año, despierto con la boca seca y el estómago constreñido, conteniendo las ganas de vomitar. Los recuerdos de anoche están borrosos en mi cabeza.

Creo que la mentira ha colado, espero acordarme de ella si me vuelven a preguntar… Me preocupaba un poco que Darío subiese una historia de esta noche, divirtiéndose con todos sus amigos y que me lo desmontara todo. Pero él no es precisamente activo en Instagram, así que creo que estoy a salvo.

Mi hermanastro vino a recogerme unos minutos antes de las doce. Yo había hecho un esfuerzo por ponerme guapa: me duché, me puse un vestido azul precioso, a juego con la camisa de Salva, y me arreglé el maquillaje. De verdad que lo intenté.

Bebí un poco más. Canté. Me hice fotos. Al llegar las doce insistí en que teníamos que tomar las uvas debajo de la mesa porque había visto un tiktok que decía que daba buena suerte. A todos les pareció bien y me siguieron, aunque Jonathan e Isaac son tan altos que casi se la cargan. Bebí un poco más. Me reí. Me comí las uvas cuando tocaba. Me volví a reír viendo a Darío atragantándose y a Salva intentando ayudarlo. Lo grabé todo en un vídeo divertidísimo que nunca saldrá de mi móvil. Grité «¡¡¡FELIZ AÑO NUEVO!!!» a todo pulmón, respondí la llamada de mi padre y Alma, y respondí al mensaje de mi madre. Observé a todos los amigos de Darío gritar y saltar y abrazarse, acepté la palmadita en la espalda cariñosa que mi hermanastro tenía reservada para mí…

Me esforcé por estar presente, ser inteligente y ser amable y ser divertida. Por ser borde…, pero de un borde gracioso. Me esforcé por pasármelo bien.

Pero solamente funcionó a medias.

Miro la hora en el móvil e intento hacer caso omiso a todas las notificaciones acumuladas en WhatsApp. Son las 09:00 y nos acostamos pasadas las seis, después de ver el amanecer. Los amigos de mi hermanastro decidieron acampar en el salón, encima de la alfombra, ataviados con mantas, y a mí me pareció buena idea dormir en compañía, así que despierto junto a ellos aún abrazada a mi perro. Pelayo e Isaac, los más listos, se tumbaron en el sofá en el sofá. Pelayo accedió a quitarse el traje, que ahora está bien doblado junto a él, y se puso un pijama que le prestó mi hermano. Isaac ha dormido vestido, con pantalones vaqueros y todo.

En la alfombra, aún roncando, encuentro a Jonathan y a Raisa y a Salva, que se abrazan uno a cada lado a su torso desnudo.

Yo sigo teniendo el cuerpo de mi perro encima, que se despierta conmigo y me dedica su mal aliento al bostezar. Capto su indirecta canina de inmediato y me pongo de pie, me arreglo el vestido de noche con el que me quedé dormida y empiezo a moverme por el espacio, con el teléfono móvil en la mano. Decido, en este mismo momento, hacer unas cuantas fotos a mis invitados para después mandarlas a Darío, que seguro que las encuentra entre entrañables y embarazosas. Mis víctimas se estremecen un poco al sentir el flash del iPhone en sus caras, pero no se despiertan.

Seguida por Óscar, me encamino al jardín trasero, donde Darío ha llenado una bolsa entera de botellas vacías y demás basura. Quiero recriminarle que no esté reciclando, pero son las nueve de la mañana y ni siquiera yo tengo ganas de eso.

—Buenos días —me saluda, terminando de recoger la mesa en la que hicimos la barbacoa—. Sí que te has levantado pronto, ¿no?

—Puedo decirte lo mismo.

Darío se encoge de hombros. Vuelvo la vista a mi teléfono para mirar las fotos que he sacado y enseñárselas a mi hermanastro, pero antes se me ocurre entrar en Instagram. Siempre tengo tantas notificaciones que ya casi no sirven para que me entere de nada, por eso no lo he visto. Joder, estoy flipando.

—Oye, ¿has subido a insta una foto con Salva? —pregunto.

—Esto… Sí, hace unas horas. He puesto una banderita arcoíris en el pie de foto y todo, para no dejar a nadie con la duda —responde, rascándose la nuca—. He pensado que, si quieren hablar de mí, mejor que sea de esto y no de mi madre.

No me lo pienso. Rompo el espacio y le doy un abrazo. Su cuerpo está rígido y tarda un poco en mover los brazos para devolvérmelo y estrecharme contra él. Está claro que no somos ese tipo de hermanastros que se dan abrazos, precisamente, pero yo qué sé, me ha salido así.

—¿Quieres ver unas fotos súper graciosas que he hecho? —Cambio de tema, mostrándole el teléfono.

Darío se acerca y empieza a reírse muy bajito, como susurrando, pero después se descontrola y los dos continuamos con un ataque de risa que, por los ruidos que escucho desde el salón, juraría que ha despertado a más de uno.

—Por favor, tienes que mandarme esto inmediatamente, es buenísimo. O espera a que Jonathan te meta en el grupo de WhatsApp y las pasas por ahí.

—¿Cómo que me van a meter en un grupo de WhatsApp?

—Sería lo suyo. —Señala mi ceja medio rapada—. Hiciste la ceremonia de iniciación, ¿recuerdas? Ahora eres una de los nuestros. No hay vuelta atrás. Lo siento mucho.

Por alguna razón, escucharlo decir eso me consuela.

Mi hermanastro y yo desviamos la vista hacia el salón otra vez, confirmando que nuestros invitados se están despertando, aunque hayan dormido tres horas de mierda.

Entonces, mi iPhone vibra con la llegada de una nueva notificación. Es de León.

09:30

LEÓN

Hola, Jimena. ¿Qué tal acabaste la noche? ¡Y feliz año nuevo, antes de que se me olvide!

LEÓN

Oye, que no sé si te fuiste de la fiesta de Cata por mí y que lo siento si te hice sentir rara. Es que había bebido y siempre estoy muy cómodo hablando contigo así que igual se me fue la olla jajjajajaj.

LEÓN

Te quería pedir que no le contaras nada a Cata, porfa. Es que igual malinterpreta lo que pasó, ¿sabes? Así que mejor nos dejamos de líos.

Me quedo congelada frente a la pantalla, inmóvil, con el mensaje repitiéndose en bucle en mi

cabeza.

Jimena, reacciona.

—Me parece que voy a hacer tortitas para desayunar —dice Darío, abriendo la nevera y sacando una botella cerrada con masa ya hecha que dejó preparada mi padre hace unos días—. ¿Cómo lo ves?

Darío me mira con detenimiento mientras yo bloqueo de nuevo la pantalla del móvil.

—Bien, me parece buena idea —balbuceo.

Creo que he sonado convincente, pero, en cuanto mi hermano abre la tapa del bote y el olor a comida inunda mis fosas nasales, una arcada me sacude por completo, corro hasta el váter más cercano y empiezo a vomitar.

chat jimena-león

Hoy

10:30

JIMENA
Hola, León. Feliz año.
No le diré nada a Cata, no te preocupes.

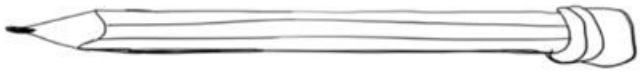
LEÓN
Gracias, guapa. ¡Te debo una!

6. CATA

¡Chas! Y aparezco a tu lado, Álex y Cristina

COSAS QUE HACER ANTES DE QUE EMPIECE EL NUEVO TRIMESTRE

- ~~*Arreglarme las uñas*~~
- ~~*Terminar los deberes de Biología*~~
- ~~*Ordenar la habitación*~~
- *Preparar el Bullet Journal*
- *Quedar con las chicas*



Unos días antes del comienzo del nuevo trimestre, mis amigas y yo quedamos en una cafetería del centro en la que preparan *açai*. Es una especie de tradición. Nos gusta aprovechar para desayunar, ponernos al día, contarnos qué hemos hecho en las vacaciones y actualizar nuestros planes de dominación mundial. Yo he venido antes para preparar mi *Bullet Journa*l tranquila y poner en orden mis pensamientos. Hay algo tremendamente relajante en crear una agenda por ti misma, organizar tus semanas con una regla, preparar tu horario, crear listas de todo lo que tienes que hacer y tachar cada tarea acabada.

El teléfono me vibra con la llegada de nuevos mensajes, tanto al grupo de chat que tengo con mis amigas, en el que las gemelas dicen que llegan enseguida, como al grupo de chat de clase.

Desde que en Nochevieja Darío publicó una foto con su novio, el chat se ha llenado de mensajes, comentándolo, que no dejan de acumularse.

CHAT 4 ESO

Hoy

09:40

REBECA
Oye @Jim el de la foto que ha subido tu hermano es su novio????? Que guapo!

CATA
siii muy guapo!

BRIANDA
Siii

CAYETANA
Qué valiente tu hermano subiendo la foto! Me alegro mucho por él!

MARÍA
Son muy monos!

GENOVEVA
No va al Otálora, no?

JIMENA
Como os gusta un cotilleo, flipo.

REBECA
Era un secreto a voces!

TERESA
Viva el amor #loveislove

BALMA
Alguna de la clase debería animarse a salir del armario también!

LAURA
COBARDE, da nombres JAJAJJAJA

BALMA
Es que eso también es un secreto a voces

ANNA
También te digo: pretends to be shock. Todo el mundo sabía que era gay

CAYETANA
tal cual! No sé para qué decir nada!

Y cuando parece que los mensajes están acabando y mis compañeras se cansan del tema, alguien vuelve a sacarlo y los mensajes llegan otra vez. La verdad, me tienen harta.

Le doy un sorbo más al té matcha helado (a mí me gusta helado, aunque sea invierno) y sigo marcando en mi agenda las fechas señaladas del nuevo curso: los cumpleaños de mis amigas, los

viajes de mis padres y los exámenes y trabajos para los que ya tenemos fecha, que por ahora son uno de Castellano, uno de Matemáticas y otro de Biología.

—¡Cat! —Jimena irrumpe en la cafetería como un vendaval.

La chica lleva el cabello negro recogido en una trenza perfecta que cae a un lado de su cuerpo y le llega hasta debajo de los pechos. Va vestida con unos pantalones oscuros ajustados, una camisa blanca y un chaleco de color marrón claro. Está sonriendo, pero yo solo soy capaz de fijarme en el hueco de su ceja derecha en forma de corte.

—¿Qué haces? —Coloca la cara encima de mi cuaderno abierto y clava los ojos en lo que acabo de escribir—. Joder, ¿ya estás apuntando los exámenes? Tía, voy a palmar mates. Te lo

juro. No puedo suspender más exámenes ya.

Mi mejor amiga tiene algunas manías que me sacan de quicio. Un ejemplo: ponerse a hablar atropelladamente antes de preguntarme incluso cómo estoy. Otro ejemplo: que siempre mire lo que estoy escribiendo, o leyendo.

—Hola a ti también —digo, sonriendo. Ella sonríe también y se abalanza sobre mí para encerrarme en un abrazo, empapándome del aroma a coco que desprende su pelo. Dejo que me abrace, que me acaricie la espalda en círculos, y sus manías y mi enfado desaparecen al darme cuenta de lo mucho que la he echado de menos estos días.

—Buenos días —me suelta, y se sienta en la silla enfrente de la mía, mirando el té que tengo delante—. ¿Qué tal todo? ¿Ya están en casa tus padres?

—Sí, llegaron antes de ayer, pero no creo que tarden mucho en volverse a ir…, ya los conoces. Y ten —añado, dándole el vaso con el té, porque esa es otra de sus manías: darle un sorbo siempre a lo que yo esté bebiendo.

—Gracias, reina. Té matcha, está muy bueno. —Me devuelve

el vaso y después me rehúye la mirada—. Oye, lo siento otra vez por haberme ido el día de tu cumpleaños.

Ojalá no hubiera sacado el tema, porque no me olvido de lo enfadada que estoy.

—No te preocupes. ¿Le han dado el alta al amigo de tu hermano? —pregunto.

—Sí. Menuda mala pata…

Me está mintiendo. Sé de sobra que me está mintiendo.

—Menudo aguafiestas —añado yo.

Mi mejor amiga se marchó de mi fiesta sin decirme nada y después me llamó y me dijo que había ido al hospital, que un amigo de su hermano tenía apendicitis. Me lo creí, claro. ¿Por qué iba a mentirme? El problema es que después su hermano subió la foto con su novio. Darío no publicó nada más: ni *stories* ni nada, pero en la foto etiquetó a su novio, Salva. Y yo, muerta de la curiosidad —imagino que lo mismo hicieron después todas mis compañeras de clase e incluso todos los estudiantes del Otálora—, entré en el perfil de Salva. Él sí que es activo en redes. De esos que sube fotos del cielo y fotos del desayuno por las mañanas. Publicó un montón de *stories* en Nochevieja de fiesta, una fiesta en la que estaban todos, incluyendo a Jimena, y en la que no pasaron por el hospital.

No le he dicho nada a Jimena porque me preguntaba hasta dónde iba a llegar con la mentira y también porque no consigo entender POR QUÉ mi mejor amiga podría mentirme.

No tenía ninguna razón de peso para marcharse y, aun así, lo hizo. Prefirió una fiesta con desconocidos que estar conmigo. ¿Por qué no quiso estar conmigo en mi cumpleaños? ¿Qué le he hecho para que me deje sola?

—Ay, tía, que se me olvidaba. Te tengo que dar tu regalo. No lo llevo aquí, pero ya le he dicho a mi padre que me lo traiga cuando venga en coche a recogerme.

—No hace falta, de verdad.

—Que no, que no es molestia. Solo tiene que meterlo en el coche y ya te lo doy.

—No te preocupes.

—No me preocupo, solo quiero darte el regalo…

—No lo quiero, Jimena —respondo finalmente, mordaz, porque a la mierda ser amable.

—¿Cómo que no lo quieres? —pregunta ella, confundida.

—Es un regalo de cumpleaños y ya no es mi cumpleaños, por si no te has dado cuenta.

Jimena parpadea unas cuantas veces y parece que va a decir algo, pero de su voz solo sale un balbuceo. Entonces mi amiga es salvada por la campana, porque Brianda y Mencía cruzan la cafetería y corren hacia nosotras para abrazarnos. Siento los brazos de Brianda a mi alrededor y le doy un tirón a su melena rubia, que se ha quedado enganchada a mi colgante. Después, saludo también a Mencía, guardo mi cuaderno en la mochila y las cuatro nos sentamos en nuestra mesa de siempre.

La camarera llega enseguida y nosotras ya tenemos memorizada la carta de antemano y sabemos qué queremos pedir. Poco después llegan a nuestra mesa dos cafés con leche, otro té matcha helado para mí (el de antes ya lo he acabado), un batido de fresa y mango y cuatro *bowls* de *açai* llenos de fruta, chocolate y crema de cacahuete. Durante unos momentos ninguna de las cuatro dice nada, concentradas como estamos en disfrutar de la comida.

—De verdad, esto es lo mejor que he probado nunca —dice Mencía, rompiendo el silencio y sonriendo con el labio superior manchado de crema de cacahuete.

—Yo estoy llenísima. —Su hermana aparta el *bowl*, aunque no se haya comido ni la mitad. Después, procede a limpiarle el labio a su hermana con cariño—. A todo esto, ¿habéis empezado a estudiar para exámenes? Qué rabia me da que los tengamos justo después de vacaciones. Sobre todo cuando aun no me he recuperado de los del trimestre anterior…

—Qué va, no he podido hacer nada —respondo.

—Claro, con tus padres fuera y teniendo la casa entera para ti y para León… —dice mi amiga. Yo enrojezco hasta las cejas, sonrío y asiento, porque es verdad que León es una de las razones por las que no he tenido tiempo para estudiar.

—Yo me he puesto con mates pero no hay manera —dice Brianda.

—Otra igual por aquí. —Jimena le choca la palma de la mano.

—Por cierto, te da rollazo el corte en la ceja —comenta Mencía.

—*Pfff*, lo lleva ya tanta gente que está pasadísimo de moda —murmuro.

—Los amigos de Darío fueron muy convincentes —responde ella, rascándose la nuca, y yo estoy a punto de insistir en las cosas que no me cuadran de su mentira cuando Brianda interrumpe.

—Oye, Jim. ¿Cómo está llevando tu hermanastro todo lo que han dicho desde que subió la foto? —Saca a relucir el tema estrella—. En el grupo de WhatsApp se están pasando tres pueblos.

—Estoy a esto —junta su dedo pulgar y su dedo índice hasta que hay muy, muy, muy poco espacio separándolos— de salirme del grupo. Qué agonía. Menos mal que él no se entera…

—¡Gracias por decirlo! —exclama Mencía—. Se me ha ocurrido una idea para apoyar a Darío.

—¿Quemar el instituto? —pregunta Jimena.

Mencía niega con la cabeza, se arremanga el jersey rosa y enseña su muñeca en la que, encima de una pulsera con la bandera de España, hay una pulsera con la bandera del arcoíris.

—He pensado que todas llevemos pulseras del orgullo LGTB. ¡Las he comprado por internet, son supermonas!

A Jimena le entra la risa y yo sonrío también, porque no me esperaba esto. Mencía tiene la cara iluminada, feliz con su plan.

—¿Cuándo has comprado esto? —pregunta su hermana.

—Antes de ayer, han llegado enseguida.

—Esto… —interrumpo—. No sé yo si será una buena idea.

—¿Por qué no será una buena idea? —Jimena clava los ojos en los míos y frunce el ceño.

—No vamos a cambiar el mundo por llevar unas pulseras.

—Son unas pulseras muy cuquis —comenta Mencía.

—Al menos ella ha propuesto una idea, precisamente tú no estás en posición de criticarla.

No me puedo creer que Jimena haya tenido el valor de salirme con esto.

—A mí no me metas, yo ya le he dicho a mi primo que lo que ha hecho me parece mal, simplemente digo que no creo que llevar unas estúpidas pulseras arcoíris sea la solución.

Mi primo Cayetano es compañero de clase de Darío en el Germán Otálora. Eran amigos, muy buenos amigos, pero este curso Darío empezó a juntarse con gente del barrio en el que vivía antes de que su madre se casara con el padre de Jimena. Un barrio en el que… no es precisamente seguro ir de noche. El caso es que se enfadaron, Cayetano se sintió muy traicionado y le dio por contar cosas tan personales, como que Darío estaba saliendo con un chico y también que su padre lo maltrataba. Encontró esa información en un documento que tenía mi tío, que es concejal, en el ordenador. Mi primo amenazó a Darío con enseñársela a la clase. La cosa no fue a más porque el padre de Darío habló con el de Cayetano y lo obligaron a pedir perdón y a prometer que nunca compartiría la denuncia. La bronca que le cayó a Cayetano de parte de sus padres fue brutal, pero se lo había buscado…

Me duele que me lo haya echado en cara porque ella sabe que yo ya le dije a Cayetano ochocientas veces que lo que hizo estuvo muy mal. No puedo hacer otra cosa. Manifesté mi opinión y ya, no dejaré de tratar con Cayetano por esto porque…, en

fin…, es mi familia. Lo quiero y todas esas cosas.

Ella sabe todo esto y por eso es tremendamente injusto que me lo recuerde.

—A ver, yo quiero apoyar a Darío, pero, si llevamos las pulseras en clase, van a pensar que no somos hetero —dice Brianda.

—¿Acaso hay alguna tía que sea hetero después de que Alexa Demie haya subido el video cantando «Voy, voy, voy» en el coche? —pregunta Mencía, poniéndose de pie e imitando el icónico video de la actriz de *Euphoria*.

Brianda pone los ojos en blanco ante la salida de su hermana, pero después se ríe, acompasando las carcajadas a las de Jimena. Yo, sinceramente, no tengo ganas de seguirles el juego.

—En fin, vosotras haced lo que queráis, pero yo tengo novio y no quiero que en clase anden pensando cosas raras —zanjo el tema.

Mis amigas dejan de reírse y yo paso el resto del desayuno pensando en cuándo podré marcharme y ver a León, porque es la única persona a la que entiendo en estos momentos.

7. JIMENA

Best Friend, Rex Orange County

Lo primero que pienso esta mañana al levantarme y ponerme el uniforme es que tengo que mandarle una foto a Cata. En nuestro instituto tenemos que vestir con uniforme, pero cada día nos permiten llevar algo «extra». Puede ser un pañuelo, unos calcetines o unas botas diferentes, unos pendientes extremadamente grandes… Lo que sea. A Cata y a mí nos encanta ser lo más originales posibles y estar siempre en el límite de romper el código de vestimenta. Incluso una temporada nos dio por grabar tiktoks documentándolo todo. También nos gusta ir iguales, por eso la que se vista primero tiene que mandarle foto a la siguiente para que copie la prenda extra. Hoy me he puesto unas medias agujereadas de color rojo que compré con ella en el centro comercial hace meses, y he pensado: «La foto de Cata». Pero entonces me he colocado delante del espejo, he sacado el móvil y me he dado cuenta de que no me sentía cómoda.

He hecho la foto y no se la he mandado.

Ni idea de por qué, la verdad, porque ella no tiene la culpa de lo que pasó con León… Mierda, si cuando la tengo delante no soy capaz ni de mirarla a los ojos.

Cata tampoco me ha mandado nada, aunque seguro que se habrá vestido ya. Tampoco me ha deseado los buenos días, al igual que ayer no me deseó unas buenas noches.

Termino de arreglarme el pelo y dedico unos minutos a maquillar las ojeras que se me han quedado de las noches de poco sueño. En la cocina, el primero en saludarme es mi perro, por supuesto. Después, papá se acerca a mí para darme un beso en la frente y deslumbrarme con su sonrisa. Que siempre esté de tan buen humor por las mañanas me pone enferma.

—Buenos días —dice Darío.

—Por decir algo —respondo yo.

—¿Quieres un café, cariño? —me pregunta papá, y yo asiento, cansada de tener que responder a la pregunta siempre—. Os he preparado huevos revueltos a los dos, que hay que volver al curso de la mejor manera posible.

Yo tengo la mirada fija en el teléfono móvil. Mi conversación con León ha quedado ya muy relegada entre otras, pero aun así llego hasta ella.

¿Cómo pude responderle eso?

«No diré nada, no te preocupes».

¡¿En qué momento?! Cata es mi mejor amiga. Tendría que ser capaz de decirle lo que sea. Sobre todo cuando yo no hice nada…

¡Ella merece saberlo! ¡Merece saber que está saliendo con un cerdo!

Joder.

—Esta tarde tienes hípica, ¿no? —añade mi padre. Sé que esa es la pregunta a la que quería llegar desde el principio. La equitación es lo que más me gusta en el mundo y hace un par de días falté al entrenamiento. No había faltado nunca. Incluso cuando me rompí el codo a los doce años insistí en ir, aunque fuese a mirar. Pero…Yo qué sé. Ahora siento que no es mi sitio.

—No creo que vaya. Tengo muchísimos deberes y mucho que estudiar, estoy superagobiada. —Intento restarle importancia.

Papá hace como que va a cambiar de tema, pero sé que hablará de ello con mamá y tendré lío.

—¿Has pasado una mala noche por eso, cielo? Tienes cara de sueño —quien habla ahora es

Alma, mi madrastra. Ni siquiera me he dado cuenta de que ha cruzado la puerta y está en la cocina preparándose unas tostadas. Normalmente, la mujer sale a caminar por las mañanas y no está presente en los desayunos, pero hoy volvemos a clase, así que imagino que por eso es diferente. Me esfuerzo por sonreírle.

—Sí… La verdad es que sí. Son las puñeteras matemáticas. Como suspenda otra vez, me voy a lanzar por la ventana.

Las matemáticas me sacan de quicio y me estresan. Mi paranoia con no ir a la hípica me duele también, pero no es por ello por lo que he pasado mala noche. He soñado con León. Bueno, no con León ni con lo que pasó, pero he soñado con la fiesta. Yo estaba bailando con Cata, y entonces llegaba él y no hacía nada, solo se quedaba mirándonos, pero yo sabía que algo estaba mal y no era capaz de entrar en mi propio cuerpo y hacerme reaccionar. No era capaz de hacer nada.

No necesito entrar en Google para poder interpretar este sueño.

—Ya te he dicho que te podemos buscar un profesor de repaso —dice mi padre.

—Pero ¡no tengo tiempo! Tendré que volver a la hípica, ¿no? En unos meses empieza la temporada de competiciones. Si tengo eso y después el club de teatro y todo… Además, ponte a encontrar uno a estas alturas del curso.

—Esto… Yo tengo una amiga que da clases particulares. Es muy inteligente —interviene Darío.

—¿Qué amiga? —inquiero.

—Ya la conoces, es Raisa. Vino en Nochevieja.

Claro que recuerdo a Raisa, aunque apenas intercambiamos dos frases en toda la noche.

—¿La de los grafitis?

—Murales. Murales financiados por el Estado.

—¿Qué te has propuesto? ¿Darles trabajo a todos tus amigos? —insisto, recordando lo que comentaron sobre Jonathan y Pelayo.

—Se llama redistribución de la renta, ¿no? —responde Darío.

Pongo los ojos en blanco y Ricardo sonríe. Yo podría responder que, a mí, esta situación me recuerda un poco a la película de *Parásitos*, ya sabes, en la que una familia rica contrata a una chica para que limpie la casa y poco a poco la limpiadora se hace con el poder de la casa de la familia rica. Pero no digo nada de esto, porque tampoco quiero pasarme de borde y porque la verdad es que los amigos de Darío me cayeron muy bien… Hasta soy una más en su club de *frikis*, ¿no?

Tardaron muy poco en meterme en el grupo de WhatsApp que comparten.

De mi trozo de ceja rapada no hemos hablado mucho en casa. Ni de eso ni de lo que pasó en Nochevieja. Al ver la foto que mandó Darío, papá se preocupó, claro, pero le dije que había discutido con Cata, y él no me presionó para hablar de ello.

—Fuera de bromas —rectifica Darío—. Raisa tiene de veras experiencia dando clases, pero solo es una sugerencia, ningún compromiso. No es que seamos mejores amigos precisamente.

—Podemos hablar con ella. A mí, si sabe matemáticas, ya me vale —digo, porque la verdad es que ya me ha picado un poco con este último comentario. La tensión entre ellos en la fiesta era más que evidente.

—Que venga el lunes mismo y hacemos una prueba —concluye Ricardo.

—Bien. Me parece bien —acepto, porque cuanto antes acabemos con esto y esté más cerca de aprobar Matemáticas, mejor.

—Hablaré yo con ella, si os parece —dice Darío.

—Perfecto.

En apenas unos minutos, mi hermanastro y yo nos hemos despedido de Alma y entrado en el coche.

—Empiezo a cansarme de que nos lleves a clase, a ver cuándo vuelve Daniel —le digo a mi padre a regañadientes.

Daniel es el chófer de mi padre, que siempre nos ha llevado a Darío y a mí a todas partes, pero hace poco su mujer tuvo un hijo y se ha tomado unos meses de descanso para cuidar de la criatura, y papá está cubriendo su rol.

—No pienso dejar de llevar a mi niña a clase —responde él, estampándome otro beso en la frente. Yo pongo los ojos en blanco—. ¿Te dejo en casa de Pelayo? —añade después.

Normalmente, papá deja a Darío antes de llegar al instituto para que pueda ir con Pelayo, su mejor amigo. Darío está tenso a mi lado, con la mirada fija en el frente, y no responde. Imagino que debe estar muerto de nervios, porque si su foto ha causado revuelo en mi clase, no imagino cómo deben estar las cosas en la suya.

—Sí, porfa —dice.

Así que papá frena un poco antes de llegar al Germán Otálora, donde Pelayo espera delante de su casa sacudiendo los brazos a modo de saludo con una efusividad que no soy capaz de entender siendo las siete de la mañana.

—Adiós —se despide Darío.

—Suerte —mascullo yo, y él esboza una media sonrisa antes de abandonar el coche.

A mí, en el instituto, nadie me recibe moviendo los brazos con demasiada efusividad. Mencía y Brianda están contentas de verme, claro que sí, pero no parecen un Golden Retriever gigante, que es precisamente la imagen que Pelayo proyecta en el mundo.

—¡Tengo que enseñarte lo que he preparado para la clase de teatro! —exclama Mencía después de saludarme. Las cuatro, Cata incluida, estamos en el club de teatro desde que somos bien pequeñas, y hoy es el día en el que votamos la obra, o los fragmentos de obra, que vamos a interpretar de cara al final de curso. Al fin y al cabo, ya vamos tarde con todas las preparaciones.

—No veas la que va a liar… —Suspira su hermana gemela. Ahora que Mencía se ha recogido el flequillo y las dos visten con la ropa de uniforme, se parecen tanto que es fácil confundirlas—. Y también tenemos que hablar con Cata de la fiesta de pijamas, ¿verdad?

—Es verdad —digo.

Se me había olvidado que no habíamos puesto fecha para la fiesta de pijamas que siempre organizamos en las primeras semanas de cada inicio de trimestre.

Cata aparece entonces, agarrada a la mano de León, y juraría que el aire a su alrededor se frena de golpe, como si el mundo hubiera dejado de girar. Parece una puñetera película mala de adolescentes. Todas mis compañeras, que charlan a mi alrededor cuando faltan minutos para que suene el timbre del inicio de las clases, se vuelven para mirarlos. A ver, lo entiendo. León es alto y está fuerte, tiene ese cabello rubio ondulado hasta casi los hombros y una mirada que denota elegancia y seguridad, pero una sonrisa que lo hace parecer accesible, amable y entrañable. Y luego está Cata, que es una de las chicas más guapas del instituto y que casi parece que reluzca en la oscuridad por ese pelo rojo brillante. Cuando aparecen, siempre escucho murmullos de admiración. Yo también he sentido todo eso. Toda esa envidia. Yo también me he comparado, yo también he pensado: «¿Por qué esto no me ha pasado a mí?».

Ahora, ya no hago esas comparaciones.

Los saludo a ambos, y entonces Cata y yo nos damos cuenta a la vez, ensanchando nuestras sonrisas: ambas llevamos puestas las medias rotas de color rojo.

8. CATA

You & Me Song, The Wannadies

A tercera hora, mis amigas y yo tenemos club de teatro. No es algo a lo que asistan todas las alumnas del Minerva Gallardo, sino que es una hora y media que nos dejan libre para que cada una participe en el club que quiera, ya sea de esgrima, cocina, lectura, ajedrez o informática. Pero a mis amigas y a mí siempre nos ha gustado el teatro y pasar juntas cuantas más horas, mejor.

Hoy, Jimena, Brianda y yo estamos pendientes de Mencía, que va a hacer la propuesta para la obra de teatro que realizaremos al final del curso. Lo normal es que esta obra empiece a prepararse mucho antes de enero, pero, este curso, nuestra profesora ha estado de baja y por eso se ha retrasado todo.

—Queridas, hoy es el día en el que elegimos por fin qué interpretaremos en junio. Como os comenté, vamos mal de tiempo, así que probablemente escojamos solo algunas escenas de una obra —explica la señora Gutiérrez, que nos ha hecho a las doce integrantes del club, sentarnos en el suelo, en círculo, con ella en medio—. Creo que Brianda Marco tiene una propuesta, ¿verdad?

Sentadas a mi lado, las gemelas se revuelven.

—Yo no tengo nada que decir, es mi hermana. —Brianda pone los ojos en blanco para demostrar lo harta que está de que las confundan.

—Sí, soy yo —balbucea Mencía, y yo la miro tratando de infundirle ánimo. Mi amiga se pone de pie. Al final le quitamos de la cabeza la idea de la pulsera arcoíris, así que su «prenda extra» del día de hoy son unos calcetines con motivos navideños que le llegan hasta debajo de las rodillas. La Navidad es lo que más le gusta a Mencía en el mundo mundial.

—Bien, tienes nuestra atención. —La señora Gutiérrez sonríe.

—Bueno… A mí… Yo creo que las mejores obras de teatro siempre tienen una gran dosis de romance, y es una pena que nos lo estemos perdiendo. ¡Incluso cuando versionamos *Mujercitas* nos saltamos toda la trama de Jo, Amy y Laurie! Sé que es porque todas somos chicas, claro, y todas interpretamos papeles femeninos, pero… En realidad, siempre ha habido mujeres interpretando a hombres en obras de teatro y películas, y absolutamente en todas partes. —Mencía va cogiendo aplomo a medida que habla y expresa a nuestras compañeras algo de lo que lleva meses quejándose en privado.

—La verdad es que tienes razón, y las historias de amor siempre venden mucho más, así tendríamos más público… —reflexiona la profesora—. ¿Qué tienes en mente?

—¡*Romeo y Julieta*! —exclama Mencía, sin poder contener su entusiasmo y provocando algunas risas en la clase—. Esto… Sí, *Romeo y Julieta*. Es un clásico. Creo que nos vendría muy bien para… Bueno, interpretar solamente unas escenas, porque todo el mundo tiene claro el contexto de la obra y está familiarizado por lo menos con la película. —Nosotras cuatro, la adaptación en la que sale Leonardo Di Caprio, la hemos visto al menos treinta veces en fiestas de pijama—. Además, habría buenos papeles para todas. Hay muchísimos personajes, y todos ellos tienen su momento de brillar.

—¡Tú lo que quieres es ser Julieta para morrearte con una tía! —exclama Balma, una de mis compañeras de clases, haciendo que el aula se llene de risas.

Yo me giro hacia ella para dedicarle una mirada asesina.

—¡¿Eres imbécil o qué te pasa?! —reprocha Jimena.

—¡Jimena! —le llama la atención la profesora. Mencía, a su lado, se ha puesto roja y balbucea algo, pero no alcanza a decir nada.

—¿Qué te importa que Mencía quiera ser Julieta? —insiste Jimena.

—Yo no quiero ser Julieta… —murmura Mencía, sentándose otra vez con el resto, al lado de su hermana.

—Claro, Romeo te quedaría mucho mejor. —Se ríe Balma otra vez.

—¡Qué comentario más original! ¿Quieres que te aplaudamos o algo? —intervengo yo.

No podrían ser más cansinas ni aunque lo intentaran.

—En realidad, es a mí a quien le encantaría interpretar a Julieta. —Jimena se pone de pie y las miradas se vuelven hacia ella.

Yo la miro también, claro, y ella me guiña el ojo. Mi amiga coge una silla del fondo de la clase, se sube en ella, alza los brazos a la altura de su pecho y junta las manos.

»*¡Oh Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?* —recita—. *Niega a tu padre y rehúsa tu nombre; o, si no quieres, júrame tan solo que me amas, y dejaré yo de ser una Capuleto.*

Jimena me mira, juntando sus brazos y apoyando en la mano su mejilla derecha. Me río y me levanto, porque no me ha dado otra opción que ponerme de pie.

—*¡Julieta!* —¿Cómo era mi frase? ¿Julieta es el sol?… Puede que a ella se le dé bien memorizar el texto, pero yo soy mil veces mejor actriz—. *¡Mirad cómo apoya en su… mano la mejilla! ¡Oh! ¡Quién fuera… mano… de esa mano… para poder tocar esa mejilla!*

—Romeo, ¡solo tu nombre es mi enemigo! ¡Porque tú eres tú mismo, seas o no Montesco! ¿Qué es Montesco? No es ni mano, ni pie, ni brazo, ni rostro, ni parte alguna que pertenezca a un hombre. Romeo, ¡rechaza tu nombre! —Jimena baja de la silla para sentarse en ella y echarse hacia atrás con las piernas abiertas, de modo que se le ven hasta un poco las bragas por debajo de sus medias rojas de rejilla—. *¡Rechaza tu nombre y a cambio tómame a mí toda entera!*

Corro hacia ella y agarro su mano.

—*Te tomo la palabra* —susurro y le doy un beso en el dorso de la mano—. *Llámame solo «amor mío» y seré nuevamente bautizado. ¡Desde ahora mismo dejaré de ser Romeo!*

Una vez que damos por terminada la interpretación, Jimena se pone también de pie y las dos hacemos una reverencia, aún cogidas de la mano. La primera en estallar en aplausos es la señora Gutiérrez, la siguen las gemelas y después el resto de la clase.

—¡Menuda escena, chicas! ¡Me parece que hemos encontrado a nuestras estrellas! —exclama la profesora de teatro—. Si le parece bien a la clase, claro.

—A ver, quizás es un poco injusto ser protagonistas sin hacer una prueba… Pero parece que somos las únicas a las que no les importa darse un beso —dice Jimena, mirando a Balma y sonriendo maliciosamente. Mencía nos mira con los ojos llenos de ilusión y una amplia sonrisa en la cara.

—¡Y vuestra actuación ha sido sobresaliente! —reitera la señora Guitérrez—. Ya está decidido. Imagino que todas conoceréis la historia, así que dedicaremos el resto de la clase a asignar los papeles. En las próximas clases, escogeremos juntas las escenas a interpretar, pero todas tendréis vuestro momento. Si alguna tiene una petición, que me lo diga.

—A mí me encantaría hacer del conde París —comenta Mencía.

—Claro, te apunto. —La profesora lo anota en el cuaderno—. El conde París es un personaje formidable, ¡mucho mejor que Romeo!

—¡¿Verdad que sí?! —exclama Mencía.

—Yo quiero ser el ama de Julieta —pide Balma.

—Eso tendremos que verlo, porque yo también quiero ese personaje y le caigo mucho mejor a

nuestra Julieta que tú —sisea Brianda.

—¡Cierto! ¡Y es muy importante tener buena relación con tus compañeros de escena! —le sigue la corriente Jimena.

Toda la clase se llena de cuchicheos, comentarios y risas. Miro a Jimena y es como si el universo hubiera recuperado por fin su equilibrio porque los malos rollos se me olvidan y vuelvo a sentirme en completa sintonía con mi mejor amiga.



—Hoy como en casa de mi primo —le comento a Jimena cuando se acaban las clases y nos despedimos de las gemelas en la puerta del instituto—, ¿te vienes conmigo al Otálora?

Es algo que hacemos a veces: ir directas al instituto de los chicos, así yo veo a mi novio, Jimena se vuelve a casa con Darío, yo me voy con Cayetano y todas tan contentas.

—Esto… Creo que no. Me iré a casa directamente, que tengo mucho que estudiar —se excusa.

Estudiar. Claro que sí. Me entran ganas de soltar la bomba sobre su mentira de la fiesta de Nochevieja ahí mismo, pero me contengo, porque justo hoy nos estábamos llevando bien, casi como antes, y no quiero estropearlo.

—Vale. Pues ya nos vemos mañana entonces.

—¡Adiós! —exclama Jimena y empieza a caminar hacia su casa hasta que se vuelve para gritarme—. ¡Eh, Catalina! ¡Bonitas medias, que no te lo he dicho!

Me grita, colocándose dos dedos en la sien, indicando nuestra conexión mental al haber aparecido con las mismas medias sin habernos avisado de antemano.

—¡Bonitas bragas! —respondo yo. Mi amiga se ríe. Yo me doy la vuelta en dirección contraria y me encamino al Germán Otálora.

En la puerta del instituto me encuentro con León, que hoy ha debido salir de clase antes que el resto. Privilegios de estudiantes de segundo de bachillerato, supongo.

—Buenas tardes, pelirroja —me saluda, colocando sus brazos en mi cintura mientras yo lo agarro por los hombros y pego la mejilla a su pecho.

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunto.

—Ahora —me da un beso en la frente— mucho —me besa en la mejilla— mejor. —Me besa en la otra mejilla y sigue llenándome de besos que intercala entre palabra y palabra.

Me río.

El timbre que señala el final de las clases en el instituto masculino suena y en muy poco tiempo la salida se llenará de gente.

—Me toca comer con mi primo —explico.

—Ah, así que no vienes por mí, sino por Cayetano. Ya me estaba haciendo ilusiones… —bromea León.

Le veo aparecer justo ahora. Cayetano es casi el primero de todos en salir, seguido por algunos de sus amigos, que se despiden de él en esos momentos. Tiene su cara de mala hostia habitual, pero se le suaviza al verme… O quizás al ver a mi novio. Es difícil saberlo. Desde luego, él es el

primero al que saluda.

—Hola, tío —saluda a León, que se separa de mí para estrecharle la mano.

—¿Todo bien? —pregunta León.

—Sí, sí, un poco hasta los cojones de clase, y eso que es el primer día, qué envidia me das tú, que estás acabando…

Mientras hablan, siguen apareciendo más alumnos. Entre ellos, veo a Darío y a Pelayo. Saludo al primero, que parece no tener intención de devolverme el gesto al ver que estoy con mi primo, pero termina por saludarme de todas formas.

—¿Qué? ¿Nos vamos a casa? —me pregunta Cayetano al cabo de un rato.

—Claro.

—Adiós, princesa —se despide León, agarrándome de la cabeza y estrechando mi cara contra la suya para hacerse con unos besos más—. ¡Escríbeme luego!

—¡Sí! —exclamo, y después paso unos instantes arreglándome el pelo.

Muchos de los estudiantes se suben en vehículos privados para ir a casa. En una situación normal en la que me fuese a la mía, también yo habría necesitado un chófer. Pero hoy vamos a casa de Cayetano, que está muy cerca del instituto. Mi primo vive en el ático de un lujoso edificio del que su padre es dueño, ya que, por supuesto, aunque todos lo conozcan por ser concejal, el hombre tiene algún que otro negocio más allá de la política.

Durante el camino a casa, ambos hablamos sobre cómo ha ido nuestro día, y Cayetano me explica que, aunque todavía quede bastante, está emocionado preparando solicitudes universitarias para irse a Estados Unidos en cuanto termine el bachillerato. Me encanta verlo tan ilusionado con algo, pero cada vez que me cuenta sobre sus planes de futuro también me pongo triste porque lo echaré de menos.

—¿Están tus padres en casa? —pregunto cuando llegamos al ascensor privado del edificio.

—Ni idea —responde. Por si acaso, los dos nos callamos mientras mi primo introduce la llave en la cerradura y entramos en casa.

—¡Me prometiste que no volverías a hacerlo! —escuchamos una voz femenina, en el piso de arriba.

—¿Estás segura? ¡Yo estoy convencido de que te prometí precisamente lo contrario! —responde la segunda voz, también en el piso de arriba.

Parece que sí están en casa.

—Vete a la mierda —se escucha decir a la primera voz, a la madre de Cayetano. Después, llegan el sonido sordo de un portazo y unos pasos que empiezan a bajar por las escaleras.

Caye y yo nos miramos, preguntándonos cómo actuar, y al final optamos por fingir que acabamos de entrar y que no hemos escuchado nada de la discusión. Mi tío baja las escaleras mientras se pasa las manos por la cabeza, peinándose la melena pelirroja que toda la familia comparte.

—Hola, chicos —dice, sonriendo. Después se acerca a mí y me da dos besos.

—Vamos a comer en la cocina —explica Cayetano.

—Bien. Tenéis algo preparado en la nevera, calentadlo y ya. Yo me voy al despacho, que tengo mucho trabajo. —Me mira antes de añadir—: Nos vemos luego, guapísima.

Quiero mucho a mi tío, pero no envidio la situación de Caye. En mi casa nunca hay nadie, pero prefiero eso a aguantar tantos gritos y discusiones.

Hay lasaña en la nevera, así que la calentamos en el microondas, nos servimos dos platos, cerramos la puerta de la cocina y nos sentamos a la mesa. Cuando empezamos a comer, le explico a mi primo todo lo que ha pasado en clase de teatro y que tiene delante de él a la nueva

Romeo.

—Ya sabes cómo es Jimena… Va la tía y empieza a recitar la escena del balcón de Romeo y Julieta, ya sabes cuál te digo. Se sube en una silla y empieza a interpretar de memoria, y se queda mirándome, esperando a que me ponga de pie.

—Y tú vas y te pones de pie, ¿no?

—¡Pues claro! Empiezo, *Oh, Julieta. La ventana es oriente y Julieta es el sol*, y sigo ahí, recitando, motivadísima —explico.

—Pero ¿os lo sabíais de memoria? —interviene Cayetano soltando una carcajada.

—¿Lo dudas? Lo mejor llega después, porque Jimena empieza a decir *Romeo, rechaza tu nombre y tómame entera*, y se queda despatarrada en la silla… ¡Se le veían hasta las bragas! —Llegados a este punto, Cayetano no puede dejar de reírse—. Y yo me acerco a… tomarla, supongo, y mi profesora de teatro venga a aplaudir, completamente impresionada.

—¡Joder, normal!… Poco más y os enrolláis ahí para darle credibilidad a la actuación. —Cayetano se sujeta el estómago del ataque de risa que lleva encima.

Va a decir algo más, pero se calla y hace una mueca cuando la puerta de la cocina se abre y mi tío entra por ella.

—¡¿Puedes hacer el favor de bajar la voz?! —le grita exclusivamente a mi primo—. Joder, entre la madre y el hijo es imposible hacer una puta llamada en esta casa.

Quiero aclarar que hemos estado hablando los dos y juraría que Cayetano planea decir algo también, pero, tal y como ha venido, el hombre se marcha de la cocina, teléfono en mano.

CHAT TOTALLY SPIES

Hoy

00:10

MENCÍA
Chicas!!! Todavía no me creo lo que habéis hecho hoy en teatro.

BRIANDA
Ha sido genial, no se me olvidará la cara de esas tontas jamás!

JIMENA
No ha sido nada, para eso estamos <3 verdad, ¿romeo?

CATA
Obvio. lLa semana que viene fiesta de pijamas y lo celebramos viendo la película otra vez!

MENCÍA
GENIALLLLLLL ¿sábado?

CATA
Sábado!!!

JIMENA
Sábado genial!!!!

9. JIMENA

Princesas, Pereza

El lunes a las seis menos tres minutos de la tarde, cuando papá le abre la puerta a Raisa para la sesión de prueba de clases particulares, la pobre está aterrorizada. Se le nota en la cara que no sabe dónde meterse. Me da hasta pena. Atraviesa el recibidor de la casa y va saludando con la cabeza a todo a quien se encuentra, abriendo la boca solo para dar las gracias. Y se encuentra a mucha gente. Mucha más de lo normal, quiero decir.

Al primero al que ve es a papá, que le da dos besos y le agradece que haya venido. Después, saluda a Alma, mi madrastra, que hace exactamente lo mismo. Detrás está Darío, que al igual que yo contiene las ganas de reírse ante el desconcierto de Raisa. Y, claro, después se encuentra también con Anna, la limpiadora, que ya se iba a su casa y que la saluda también, y por último, como si fuese el «boss final» de un videojuego, está Daniel, el chófer, ya que justo hoy ha decidido venir a casa junto a su mujer para presentarnos a su bebé recién nacido.

Ya podríamos haberle advertido.

Pero, claro, entonces no habría presenciado esta escena tan graciosa.

—Si Darío fuese una persona con sentido del humor, habría pensado que esto era una broma —es lo primero que me dice, cuando termina de saludar a todos y la acompaño hasta mi habitación.

—Perdón, ya es mala suerte. Te juro que no me acordaba de que hoy venía el chófer.

—El chófer… —repite Raisa, poniendo los ojos en blanco.

—Venga, deja ya la hoz y el martillo, que has venido en calidad de profesora —bromeo.

Raisa sonríe, ahora sin rastro de susto en la mirada. Se gira sobre ella misma y observa mis estanterías repletas de libros, una decena de trofeos de equitación, deporte que apenas reconozco como mío, mis pósteres de Ed Sheeran (juro que ya no soy fan) y mis fotos: una en Disneyland junto a mi padre, Alma y Darío; una con mi madre, una con mis tres amigas, dos a solas con Cata, una con el que ha sido mi caballo desde que tenía doce años y empecé a montar, y una última con Óscar cuando era muy pequeño.

—No sé muy bien dónde nos podemos sentar, la verdad. Como no sea en el suelo… Si no, podemos bajar al salón, que ahí sí que hay sitio…, pero no creo que quieras bajar.

—Nada me apetecería menos, gracias. —Raisa se rasca la nuca.

—Pues en el suelo entonces —digo, sentándome sobre la alfombra.

Raisa se sienta también. Hoy va vestida con unos pantalones cargo de color verde militar, unas Converse negras y una sudadera del mismo color. Yo sigo con el uniforme puesto.

—Necesito que me dejes tu libro para poder ver por dónde vas, y después ya me explicas tus dudas o repasamos lo que hayas dado en clase.

—Pues yo necesito aprobar el próximo examen sí o sí, podremos centrarnos en ese. —Le tiendo mi libro y mis cuadernos.

Estoy sentada cuando veo mi teléfono vibrando por una llamada y el nombre de mi madre en la pantalla.

—Espera un momento, tengo que coger esto —suspiro.

No es que no me apetezca hablar con mi madre, pero siempre tiene la manía de llamar justo cuando estoy haciendo algo. Pero bueno, entiendo que llame. Teníamos intención de quedar para

cenar ayer, domingo, y al final se le complicó la cosa en el trabajo.

—¡Hola, mami! —la saludo—. No, no te preocupes, nos vemos en otro momento… Sí… Todo bien… El primer día de clases fue genial, sí… ¡Voy a hacer de Julieta en la obra de final de curso, ¿te lo puedes creer?! No, no he ido a montar aún porque no tengo ninguna competición pronto. Nos vemos este fin de semana y te cuento… No… Sí… Papá está bien también… Es que ahora estoy con una profesora que me ayuda con las matemáticas… Paga papá… Sí… Te llamo después… Un beso.

Cuelgo el teléfono y entro de nuevo en la habitación, donde Raisa parece muy concentrada observando los libros de matemáticas. Si en realidad ha estado poniendo la oreja en la conversación, la verdad es que disimula bien.

—Perdona, es que me ha llamado mi madre, pero ya nos podemos centrar en las matemáticas, ¡yupi! —Me siento a su lado, con los apuntes separándonos—. Solo faltaba que estuviese ella aquí hoy también en casa, ¿te imaginas? Con el pedazo de *overbooking* que hemos montado. Además, bueno, no es que mi madre se lleve muy bien con la madre de Darío. No se llevan a matar, pero, en fin, típico mal rollo de madre y madrastra.

—Esto… Parece que sois una familia… grande y estupenda, ¿no?

—Nos queremos mucho todos, pero tenemos nuestras cositas. Mi familia… En mi familia no somos los típicos que hablan demasiado de sus sentimientos o de las cosas que pasan o lo que sea. Darío es la persona más hermética del mundo, ya lo conoces. Y su madre, más de lo mismo. —Me muerdo el labio antes de seguir hablando—. Por ejemplo, no tenía ni idea de que lo hubiera pasado tan mal con su padre y tal… ¡Imagínate! Me enteré como todo el mundo, cuando se difundieron algunos rumores en el instituto. Mis compañeras de clase, ¡hasta el novio de mi mejor amiga!, todos me preguntaban, y yo como una imbécil sin poder responder nada, dándome cuenta de que no sabía cosas básicas de gente con la que llevaba compartiendo techo cinco años.

Raisa ha puesto una cara un poco rara y me preocupa haber hablado de más. Me froto las manos, nerviosa.

—Tú… No sabías nada de todo esto —murmuro, arrepintiéndome de mis palabras.

—Esto… No…

—Mierda. Tengo incontinencia verbal, ¿sabes? Como la diarrea, pero con palabras. Siempre me pasa cuando estoy nerviosa. Y las matemáticas me ponen muy nerviosa… —Raisa sonríe—. Bueno, pues no le digas que te he dicho nada, por favor.

—¿A santo de qué se lo iba a decir?

—Ya, ya sé que no os lleváis muy bien precisamente.

—¿Te ha dicho él que no nos llevamos bien?

—Más o menos —reculo, porque ya estoy hablando de más otra vez—. Se te nota en la cara. ¿No me vas a decir qué os pasa?

—Eh… No. Si quieres seguir con tu diarrea verbal, yo te escucho, pero no te voy a contar mi vida. Y si no: Tema 7, ecuaciones de segundo grado y sistemas.

—¿A tus padres les parece bien que pintes grafitis? ¿Están separados? —pregunto, porque si la alternativa es ponerme con las matemáticas, me gustaría seguir hablando un rato más. Además, sin querer yo le he contado un millón de cosas personales y no sé nada de esta chica.

—No pinto grafitis. Pinto murales, que es completamente legal. Y sí, les parece bien. A tu segunda pregunta, no, no están separados.

—*Puff*, pues mejor. Porque es un rollo que tus padres se separen. Quiero decir, yo me alegro y tal, porque son más felices ahora, pero no deja de ser un follón. Antes tenían la custodia compartida y me obligaban a hacer eso de pasar quince días en casa de uno y otros quince en la

casa del otro. La verdad, es un lío y una mierda. —Mientras hablo, utilizo un bolígrafo para garabatear en un cuaderno—. Porque tengo muchísima ropa y nunca sabía en qué armario la había dejado. Para quedar con mis amigas, era un rollazo también, y simplemente llevaba un cacao en la cabeza… Claro, porque una programa su vida en función de dónde viva y con quién viva, ¿sabes? Así que era como si me obligara a cambiar el chip constantemente. Al final hablé con ellos y, aunque fue una conversación de mierda, me entendieron y les quedó claro que no quiero menos a mi madre por preferir la vida con papá… Con él y con Alma y con Darío, claro.

—Sí… Supongo que, cuando se trata de custodias, a veces los padres no se preocupan por sus hijos… —murmura Raisa, que me ha prestado el 50% de su atención a mí y el 50% a los apuntes. Eso, en vez de mosquearme, me hace bastante gracia. Al menos ella no es la típica persona que hace un esfuerzo por fingir que le caes bien, como me suele pasar en mi instituto, que, fuera de mi círculo de amigas, todas me hacen la pelota máxima.

Le vibra el móvil a ella también y la veo revisar WhatsApp.

—Oye, si te apetece, hemos quedado todos el próximo fin de semana para hacer una fiesta, y estará divertido. Te puedes apuntar, imagino que pronto darán los detalles por el grupo…

Su propuesta me pilla de sorpresa.

—Claro. ¿Qué haríamos exactamente?

—Esto te lo digo cuando acabemos de estudiar —responde Raisa.

—Pero ¡dímelo! ¿Qué te cuesta?

—Jimena, si te doy más estímulos, vas a estallar. Además, ¿sabes cómo se combate la diarrea verbal? Haciendo lo que te pone nerviosa. En tu caso, las matemáticas.

—Ya te vale… —me quejo.

—Lo siento, pero tengo que ganarme el sueldo.

—Pero ¡si te van a pagar igual!

—Soy una tía legal, Jimena. Primero aprueba el examen, después hacemos la exaltación de la amistad.

Suspiro y me rindo finalmente, aceptando que tendré que prestar atención.

Tema 7: ecuaciones de segundo grado y sistemas.

CHAT TOTALLY SPIES

Hoy

19:00

JIMENA
Me vais a matar.

CATA
Depende, ¿qué has hecho?

JIMENA
Sé que teníamos fiesta de pijamas el sábado, pero... ¿os apetece que en vez de eso salgamos de fiesta con los amigos de mi hermano? PORFA PORFA PORFA

CATA
Yo flipo...

BRIANDA
¿Una fiesta? ¿Con CHICOS MAYORES? I AM IN

MENCÍA
Sí que te llevas bien con ellos, ¿no? A mí desde luego me apetece conocerlos.

CATA
Es que lo de ir juntos a urgencias en Nochevieja une mucho, ¿no?

JIMENA
Chicas de verdad que lo siento por haber cambiado de planes. me hacía muchísima ilusión la fiesta de pijamas también... pero una fiesta de pijamas la podemos hacer siempre y esto no. Os van a caer de maravilla, va a ser divertidísimo.

CATA
...

BRIANDA
Venga, tías. Hacemos videollamada las cuatro y si Jimena nos convence A TODAS no vamos y ya está. No hay problema.

JIMENA inició VIDEOLLAMADA

10. CATA

Berlín, Aitana

El miércoles pasado, después de una videollamada que duró una hora entera, Jimena nos convenció de que cambiar nuestro plan de fiesta de pijamas por una fiesta en un garito mugriento rodeadas de canis era una buena idea.

En realidad, a la única a la que me tuvo que convencer fue a mí.

Tengo curiosidad por conocer a la gente que se llevó a mi mejor amiga el día de mi cumpleaños, pero preferiría estar en cualquier otra parte en vez de en un metro abarrotado de gente y oliendo la axila de un desconocido. Darío nos ha dicho que lo mejor era ir en metro, unirnos al resto (y con el resto se refiere a su novio, claro) y después andar un poco hasta la ubicación final. En fin. Me he subido en la misma parada que él y Jimena, con la que apenas he hablado en todo el trayecto. Diez minutos después, llegan las gemelas. Brianda lleva un vestido de lentejuelas de color morado que se ciñe a sus curvas y el cabello rubio planchado. Su hermana, a su lado, lleva unos pantalones vaqueros negros, botas altas, un jersey verde, y el cabello recogido en dos topos a los dos lados de su cabeza. Las dos parecen contentísimas. Sé que soy demasiado buena persona, pero es por ellas por las que he dicho que sí a toda esta locura: les hacía ilusión y yo no quería convertirme en una aguafiestas.

Las gemelas dedican unos minutos a saludar a Darío y a hacer preguntas básicas, como quién lleva el alcohol y cosas así. Unas pocas paradas después, que a mí se me hacen eternas, el chico anuncia que hemos llegado a nuestro destino.

A la salida del metro, el cielo nos recibe *azuloscurocasinegro* y cargado de nubes que parecen no contener lluvia.

—Bueno…, me lo esperaba peor —comenta Brianda acercándose a mi oído.

—Tía, literalmente acabamos de salir de una parada de metro, ¿qué imaginabas? ¿Que habría dos encapuchados listos para robarte el bolso y amenazarte con una navaja suiza? —replica Jimena, también a mi lado.

—Yo qué sé, tía… No sé, me lo imaginaba más sucio… —sigue hablando Brianda.

—Para eso espérate a llegar al local donde es la fiesta. Celebramos ahí el Halloween pasado y no se gastaron ni un euro en decoración, con eso os lo digo todo —dice Darío, que aparentemente ha escuchado toda la conversación.

Seguimos andando cuando recibo un mensaje de León que me sobresalta:

LEÓN
Pásalo muy bien con las chicas, ¡¡te quiero!!

Sonrío y tardo menos de un segundo en responderle que yo también lo quiero, antes de que en mi interior se instalen los nervios. La semana pasada le dije a mi novio que hoy tenía fiesta de pijama con las chicas, porque era la verdad, ese era nuestro plan. Después, claro, el plan cambió y ahora estamos aquí, y me siento fatal por no haberle dicho nada.

Joder, sé que no se sentiría muy seguro conmigo viniendo a un barrio como este… Lo que sería normal. Sé que querría venir conmigo o me insistiría en que yo no fuera… Pero esa no es

excusa para no habérselo dicho… Le he mentido… Debería estar con él ahora. Soy una novia de mierda.

—Oye, a todo esto, ¿y Pelayo? —pregunta Brianda—. Pensaba que iba a venir con nosotros…

—Pues creo que ya está en la fiesta. Ha quedado antes con Jonathan para organizarlo todo y demás —explica Darío.

—Tranquila, que lo verás enseguida —comenta Jimena, entre risas.

Una de las razones por las que Brianda estaba tan pesada con venir hoy era precisamente para verlo a él. Por alguna razón que yo, sin ánimo de ser mala persona, no consigo entender, Pelayo le gusta muchísimo desde hace años. También es posible que le guste porque Pelayo es el único que le hace caso. Y por hacer caso, me refiero a responder a sus preguntas, sonreírle y mostrar un mínimo de decencia humana.

Justo a la salida del metro nos encontramos con un chaval de piel tostada, vestido con una camisa negra, unos pantalones vaqueros azules rotos, botas altas y una cadena que reluce en su cuello. El chico se acerca a nosotras la mar de feliz.

—¡Buenas noches! Soy Salva —se presenta, dándonos a cada una un par de besos en las mejillas a modo de saludo. El pobre no sabe lo bien que lo conocemos desde que Darío subió la foto… Casi he memorizado su Instagram, pero la verdad es que en persona es bastante más atractivo. Aunque más bajito.

Después, mira a Darío para añadir:

—Ya están todos donde Jona, vamos andando.

—Claro.

Los dos se sonríen mucho, pero en ningún momento se saludan con besos. Hemos reemprendido la marcha cuando nos encontramos con cuatro chavales que parecen salidos de un correccional y que miran a Darío y a Salva de arriba abajo.

—¿Son ellos? —pregunta Darío en voz baja.

Salva asiente con la cabeza y de pronto parece muy nervioso.

Darío le tiende la mano y Salva, después de pensárselo un poco, la acepta. Entonces, juntos, pasan por delante del grupo, y Darío, incluso, le da un beso en la mejilla a Salva. Mientras el grupo hace muecas y farfulla, ellos dos sonríen.

Nosotras vamos detrás, algo rezagadas. Mis amigas están hablando entre ellas, y juraría que ni siquiera se han dado cuenta de lo que yo he observado con atención.

Darío y Salva se han entendido con tan solo mirarse. Se han tratado de un modo dulce e íntimo y privado intercambiando un par de miradas. Yo lo he visto todo, muerta de envidia.

Me doy cuenta, recibiendo un mensaje de León con un emoticono de un beso como respuesta a mis mentiras, de que, por mucho que me esfuerce, yo nunca tendré una relación como la de Darío y Salva.



Ahora que hemos llegado al local de la fiesta, entiendo lo que Darío ha dicho en el metro: este sitio es una ruina. Está situado en un polígono de restaurantes, tiendas y, desde hace poco, unas cuantas discotecas. No sé a santo de qué tienen este sitio, pero no han gastado mucho dinero en

reformarlo. Las luces del techo parpadean sin ton ni son, aunque también hay una bola de discoteca colgada que le da un poco de vida. El suelo cruje y está desconchado, tanto que tengo que ir mirando por dónde voy para que no se me enganche el tacón donde no toca. Las paredes están llenas de humedades que se han camuflado colgando cuadros bastante feos y dos banderas gigantes: una LGTB y otra de color rosa, morado y azul que me suena, pero no termino de adivinar cuál es. También hay un sofá y una mesa gigantesca empotrada contra una pared llena de alcohol y vasos vacíos.

Hay un altavoz arrinconado en una esquina y de él suena a un volumen atronador la voz de Aitana con el tema *Berlín*.

De entre las decenas de personas que hay en el local, Pelayo y Jonathan emergen y saludan a Salva y a Darío.

—¡Hola! —saluda Pelayo con su exagerada y habitual sonrisa.

—¿Habéis llegado bien? —pregunta Jonathan.

—Sí, hermano, ha sido un paseo —responde Salva—. Oye, os habéis currado la decoración, ¿no?

—Compramos alguna chorrada por internet y después pillamos un sofá que sobraba en el hotel. Y nada, lo hemos estado montando todo esta tarde —explica Jonathan.

—Se aprecia el esfuerzo, pero tengo que decir que esto huele bastante a cañería rota… —comenta Jimena, haciendo sonreír a su hermanastro.

—Vamos poco a poco hasta que consigamos dinero para arreglar los desperfectos más tochos, guapita —le responde Jonathan con la barbilla alzada y gesto de orgullo.

—¿Y de dónde ha salido toda esta gente? —inquiere Salva otra vez.

—Es que aquí al figura se le ha ocurrido un negocio de puta madre —responde Jonathan golpeando suavemente a Pelayo en el pecho.

—A ver…, tampoco es tan buena idea. Simplemente hemos ofrecido una fiesta con barra libre y estamos cobrando la entrada a tres euros por cabeza —explica Pelayo.

—Pues si habéis tenido que pagar la barra libre, no me parece una idea precisamente buena —comento yo.

—¡Muy buena apreciación, pelirroja desconocida! —responde Jonathan tocándome la punta de la nariz—. Desde que trabajo en un hotel de los padres de Pelayo he podido observar que montamos fiestas y siempre sobra alcohol. Muchísimo alcohol. Y la peña rica es imbécil, nos hacen tirar lo que sobra. Nosotros solo estamos evitando que se tire.

—¡Hay que tener conciencia de reciclaje! —exclama Pelayo.

—Cuidado, que acabarán echándote de este curro también —comenta Salva.

—No te preocupes, soy el enchufado —responde Jonathan golpeando a Pelayo en las costillas y haciendo que este se ría—. Y, oye, que hemos hecho publicidad y tal, pero no estamos invitando a cualquiera. Tenemos reservado el derecho a decidir quién entra y quién no, aunque sea un negocio. Tu hermano está por ahí, en algún sitio, pero si Rafa, Luis y todos estos quieren meter el rabo aquí dentro, se los corto con un machete.

—Dudo mucho que vengan, no te preocupes, nos los hemos encontrado antes de camino y está todo bien —responde Salva—. Este me ha dado un beso y todo delante de ellos, y se han quedado flipando.

Ato cabos entonces y relaciono los nombres con los chavales que hemos visto antes.

—¿Quiénes son? —pregunta Jimena.

—Unos imbéciles de mi barrio que me la tienen jurada… —responde Salva—. Pero no van a venir por aquí.

Entonces aparecen un chico y una chica. Él lleva un jersey negro y ella, pantalones vaqueros y una cazadora dorada que resalta su tono de piel. Lleva la melena negra y rizada recogida en una coleta y tiene tres piercings en la nariz.

—Ya habéis llegado —comenta el chico, como si estuviera simplemente confirmando lo que ve—. Somos Isaac y Raisa, encantados de conoceros.

—Ellas son mis amigas: Cata, Brianda y Mencía —nos presenta Jimena, y yo soy la primera en tomar la iniciativa y saludarlos con dos besos.

—¿Veis? ¡Ampliando nuestro círculo cayetano, mira qué bien! —exclama Jonathan—. ¿Qué?, ¿nos vamos a bailar?



Pasamos varias horas bailando de una manera frenética, en la que solamente me interrumpo para ir a la barra y servirme un cubata. Pero tampoco he bebido tanto, al menos no lo suficiente para borrar la culpabilidad por haberle mentido a mi novio y ni para olvidarme de que deberíamos estar en mi fiesta de pijamas. Y tampoco como para olvidarme de que Jimena me mintió.

Participo en el momento, pero regreso a mi cabeza inmediatamente después. Me siento un poco como las luces de este local: a veces iluminan y a veces no, pero incluso cuando iluminan estás esperando a que dejen de hacerlo. Yo igual. Bailo, bebo, me esfuerzo, participo en las conversaciones, pero incluso entonces sé que en cualquier momento desapareceré y regresaré a mi cabeza.

Al menos mis amigas se lo están pasando bien.

Aunque, hasta cierto punto, eso también me molesta.

Jimena baila con Raisa, que, a todo esto, se ha convertido en su profesora de Matemáticas particular; Darío y Salva no dejan de comerse la boca ni para coger aire; Mencía va dando saltos como un perrito ilusionado, sin ningún sentido del ritmo, y Brianda está bailando con Pelayo.

Entonces, Brianda saca su teléfono móvil para capturar lo que está viendo.

Corro hacia ella.

—¿Qué haces? —pregunta cuando le quito el teléfono de las manos y cae al suelo, a punto de ser pisoteado.

—Perdón —digo, recogiéndolo, quitando la historia que estaba publicando y saliendo de Instagram—. No subas nada de lo que estamos haciendo, ¿vale?

—¿Qué dices?

—¡No subas nada! ¡¿Vale?! Te lo estoy pidiendo por favor, tía, no creo que te sea tan difícil pasar la jodida noche sin hacer postureo —repito.

Brianda balbucea un poco.

—Esto… Vale. No te preocupes…

—¡Promételo! —insisto.

—Que sí, que sí, yo no subo nada…

Me doy por satisfecha, pero me sigue acompañando la sensación de que algo va a salir mal, mal de verdad. Suspiro, me acerco a la barra y me bebo un nuevo cubata casi como si de un

chupito se tratara.

11. JIMENA

Love Story (Taylor's Version), Taylor Swift

He entrado en un juego absurdo con Cata, en el que cada vez que ella bebe, yo bebo también. No es que lo hayamos hablado de antemano, pero cuando la veo al lado de la mesa ingiriendo un cubata de golpe, yo me acerco, cojo otro, la miro a los ojos y hago exactamente lo mismo.

Supongo que… sí, me lo estoy pasando bien hoy. Me ha gustado mucho ver a Raisa, a Isaac, Jonathan, Salva y Pelayo, porque, aunque no los conozca de nada, desde el primer momento me han hecho sentir cómoda. Y me ha encantado poder presentárselos a mis amigas y ver que también han congeniado enseguida. Todas, a excepción de Cata. Cata apenas ha hablado con nadie y no ha alejado la vista del teléfono móvil. Entiendo que no le apetezca conocer a los amigos de mi hermano, que no son ni por asomo su «tipo» de gente, pero, yo qué sé, podría hacer un esfuerzo. Aunque sea por mí. ¿No?

Ahora está delante de mí, y yo, harta de beber sin parar, cojo su mano y le digo:

—Venga, vamos a bailar.

Por unos momentos, parece que funciona. Ella obedece, se suma al grupo que ya estaba en la pista y deja que la lleve durante un par de canciones.

—Oye, ¿y de qué os conocéis todos vosotros? —pregunta Mencía.

—Es una historia muy larga… —comenta Jonathan, haciéndose el interesante.

—Y muy ridícula —agrega Raisa.

—Los dos protagonistas no están, pero bueno, os lo voy a contar igual, pequeños saltamontes —dice Jonathan carraspeando antes de hablar—: Todo empezó hace unos meses, en octubre, creo. Yo estaba trabajando en Desengaño, un garito de ambiente, y mis amigos estaban también en la discoteca. Darío y Pelayo se colaron en la discoteca ese día también, Pelayo estaba superborracho.

¡Joder! Sí que se lo tenía callado mi hermanito.

—Sí. Estaba superborracho —confirma el aludido, a nuestro lado.

—Y te vomitaste el traje —añade Raisa.

El traje de los 3.500 euros, esa parte me la sé.

—Sí. Me vomité en el traje.

—No nos desviemos, Pelayo, que esa noche no fuiste más que el secundario que está en la trama solo para sacarte unas risas —vacila Jonathan—. Darío y Salva eran muy amigos en la infancia, cuando Darío vivía en nuestro barrio. Dicen las malas lenguas que se enrollaron esa noche en la misma puerta de la discoteca.

—Eso lo digo yo. Yo soy las malas lenguas —afirma Raisa.

—Darío dijo que no quería nada con Salva, pero Salva empezó a dejar pintadas con la palabra *Amor* por ahí para intentar conquistarlo, y al final funcionó. Nosotros…, bueno, nos hemos ido conociendo de chiripa —finaliza Jonathan.

Brianda y Mencía hacen algún comentario y se ríen. Pero yo no puedo dejar de observar a Cata, que se ha terminado el contenido del cubata que tenía en la mano. Me mira fijamente a los ojos antes de decir:

—Bueno, y a Jimena la conocéis de Nochevieja, ¿no?

—¡Ya te digo! Una aparición inesperada, pero nos cayó bien enseguida, menudas ideas de

bombero tiene la niña —responde Jonathan sonriendo y señalando mi ceja partida.

—Sí que tuvisteis tiempo para divertiros, qué mala suerte que acabaseis en el hospital con tu susto. —Me mira a los ojos cuando hace la siguiente pregunta—: ¿cómo te has recuperado de tu apendicitis?

Sabe que he mentido. Estoy convencida.

Joder. Joder. Joder.

—¿Qué apendicitis? —pregunta Jonathan, confundido.

Joder. Ya está. La he cagado.

—Jimena nos dijo que se había ido de mi fiesta en Nochevieja porque tenías apendicitis —confirma Cata.

Quiero hablar y pensar en una excusa tan rápido como pueda, pero mi boca está pastosa y mi lengua, inerte, incapaz de decir palabra.

—¿Yo? —inquiere Jonathan, mesándose el cabello peinado con trenzas. Raisa, Pelayo e Isaac también me miran sorprendidos.

—Eso dijo Jimena, ¿verdad, chicas?

—Eso nos dijo —dice Mencía.

—Sí… —murmura Brianda—. ¿Por qué no respondes, Jim?

Me han pillado. Me han pillado y no tengo ni idea de cómo salir de ahí.

De veras que intento responder, pero de mi boca solo escapan débiles balbuceos.

Y entonces, como si estuviera saliendo de un maldito sueño, León aparece. Más bien, se abre paso entre empujones hacia nosotras, habiendo apartado a los dos chavales que custodiaban la entrada. El chico lleva una camisa blanca a medio abrir y el pelo suelto y ondulado por el sudor.

Está cabreado. Busca un poco, pero enseguida da con el grupo y camina rápido para agarrar a Cata, que no se ha dado cuenta de nada, del brazo, y hacer que se vuelva hacia él.

Ahora es mi amiga quien balbucea porque, al igual que el resto, no ha imaginado esta aparición.

—¿Qué? ¿Qué haces aquí?

—¡Eso es lo que tengo que preguntarte yo! —vocifera él a modo de respuesta, constriñendo el brazo de su novia—. Joder, Cata, he tenido que enterarme por los *stories* de tu amiga de que estabas en esta puta fiesta rodeada de drogadictos. ¡Me has mentido! ¡Me has mentido en mi puta cara!

—He sido yo… —murmura Mencía, a mi lado—. He sido yo la que ha subido la historia… No sabía…

—Eh, chaval, tranquilízate. —La voz de Jonathan se abre paso entre el ruido.

—¡¿Que me tranquilice?!

—Sí, tío, no sé quién eres, pero estás pegando voces y asustas a la chica —repite Jonathan acercándose algo más a Cata, de manera protectora.

Al escucharlo, León se da cuenta de la cara de miedo que tiene, efectivamente, su novia. Se tranquiliza un poco y le suelta el brazo.

—¿No vas a decirme nada? —insiste León mirando a su novia—. No me puedo creer que estés callada cuando me has mentido para salir de fiesta con unos desconocidos.

—Esto, León, no son todo desconocidos, Pelayo y yo también estamos aquí —interviene Darío, que se ha acercado acompañado de Salva.

—Me la suda —dice el chico, tirándome el aliento a alcohol a la cara.

—Lo siento… Ha… ha sido un malentendido —dice Cata, mirando a su novio fijamente.

—¡¿Un malentendido?! Me has mentido, Cata. ¡Eres una puta mentirosa! ¿Encima intentas

buscar excusas?

—No tengo excusa. Perdón. —Cata trata de tocarlo y él, al principio, se mueve nervioso, pero después, las manos de mi amiga suben a acariciar su mejilla y él se deja.

—Lo siento. Perdóname —repite ella—. ¿Te parece que nos vayamos y hablemos esto fuera tranquilamente?

León parece confundido, enfadado, triste… Todo a la vez. Pero también se lo ve mucho más tranquilo. Baja la cabeza y suspira.

—Vale —dice, dándose media vuelta y dirigiéndose a la puerta sin dedicarnos ni media palabra al resto. Cata va a seguirlo.

—Cata, espera. —Hago un amago de cogerla de la mano para impedir que se vaya.

—No me toques —dice, con los ojos incendiados—. Esto… Gracias por la fiesta, de verdad. Nos vemos en otra ocasión —añade después, mirando al resto.

Sonríe una vez más y se encamina, rápida, hasta la puerta, donde coge la mano de León y desaparece. Quiero salir corriendo detrás de ella, pero al final no lo hago. La música sigue sonando y la gente sigue bailando y pasando un buen rato en general, pero después de lo sucedido se ha instalado entre nosotros un silencio que nadie se atreve a romper.

—Ha sido culpa mía, yo he subido la historia a Instagram… No tenía ni idea de que no se lo había dicho a León… —murmura Mencía, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué va! ¡No ha sido tu culpa! —interviene su hermana, que también parece al borde del llanto.

—Pues claro que no. No es culpa de ninguna de vosotras, solo del chaval ese, que es un capullo de mucho cuidado… —dice Raisa.

—Escribidle luego a la pelirroja, que sepamos que está bien. —Jonathan se rasca la nuca, visiblemente preocupado.

Nosotras asentimos, y yo tengo un nudo en el estómago que apenas me deja respirar.

—Darío, quiero irme ya —consigo decir.

—Claro, claro. Voy a pedir un Uber y os llevo a todas a casa, ¿vale? —responde mi hermanastro, mirándonos a mí y a las gemelas que también asienten.

Nos despedimos de todos, y Darío, las gemelas y yo salimos del local. Fuera, no hay ni rastro de Cata y León. Pedimos un Uber que deja primero a Brianda y Mencía; y por último a mi hermanastro y a mí. Entonces, el reloj marca las dos de la mañana.

—Esto… León y Cata… No quiero meterme donde no me llaman, pero lo que ha pasado… ha sido una mierda —comenta Darío cuando los dos nos despedimos para meternos cada uno en una habitación.

—Ya lo sé.

—¿Ella está bien?

—Eso dice.

—Habla con ella. Échale un ojo.

—Claro. No te preocupes. Buenas noches.

—Buenas noches.

Entro en mi habitación, saludo a Óscar, me desmaquillo, me lavo los dientes, me pongo el pijama y me lanzo en la cama mirando al techo. Cojo el móvil y, al abrir Instagram, lo primero que me salta a la cara después de un anuncio es una historia de Cata. En ella, se la ve sonriendo, aceptando un beso en la mejilla por parte de los labios de León, toda marcada por los mechones de su cabello rojo. De fondo, suena la canción *Love Story* de Taylor Swift.

CHAT TOTALLY SPIES

Hoy

03:10

CATA

Hola, chicas! Nada, os quería decir que lo siento por lo que ha pasado esta noche y por haberme ido así. León había bebido mucho y estaba preocupado por mí. Lo hablamos y lo solucionamos enseguida.

Está todo bien. Os quiero!!!!

BRIANDA

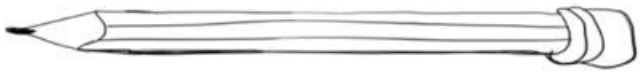
Gracias por avisar, te queremos!!!!!

12. CATA

Hurt me, The Jezabels

COSAS QUE TENGO QUE HACER HOY:

- *Actualizar la agenda para la semana*
- *Deberes de Matemáticas*
- *Deberes de Inglés*
- *Ordenar la habitación*



Trescientas personas han visto la historia que subí ayer a Instagram de la foto con mi novio. De estas trescientas, al menos cien han reaccionado con emoticonos de corazones y aplausos. Jimena también ha visto la foto. Esto es lo primero que he comprobado cuando me he despertado en la cama con la mano de León en mi cintura y las sábanas deshechas.

Ahora el reloj marca las nueve de la mañana y estoy en la terraza de casa, esperando a mi novio, mientras reviso las redes sociales una vez más. Lo veo aparecer: se ha vestido con una camisa blanca y unos pantalones vaqueros, y se acerca descalzo con dos platos: uno con tostadas con aguacate para mí y otro de *bacon* y tortilla francesa para él. Los ha preparado Encarna, la mujer que trabaja en mi casa.

—Voy también a por los cafés —añade.

—Ya voy yo.

—No, no te preocupes.

Me alegro muchísimo de que esté aquí, desayunando conmigo en una mañana tan soleada que me hace pensar que todo es posible. Aunque desearía con todas mis fuerzas borrar las últimas horas y los errores cometidos, me alegro de que hayamos hablado y de que todo esté solucionado.

Cuando trae los cafés, aprovecho para hacer una instantánea del desayuno, que subo también a mis redes. Desayunamos en silencio, parando solo para comentar lo bueno que está todo y algunas nimiedades sobre planes para la semana entrante.

—Siento no poder pasar toda la mañana contigo, princesa. Me habría encantado —dice León cuando termina de desayunar. Los domingos a mediodía tiene partida de pádel. Lo sé de sobra.

—No pasa nada.

—Pues nos vemos mañana. —Me da un último beso en la mejilla—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Apenas he comido la mitad de una tostada y paso unos minutos inquieta, dándole sorbos a mi café y haciendo tiempo sin saber para qué. Al final, recojo el desayuno, dejo los platos en la cocina y subo a mi habitación.

Entonces, llamo a Jimena. No tarda ni un tono en responder.

—Qué madrugadora —bromeo cuando ya escucho su respiración al otro lado de la línea.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—Sí, tía, está todo bien… Ya lo he dicho por el grupo de las cuatro. Lo solucionamos enseguida, no tenéis de qué preocuparos… Estoy con León y estoy bien.

—Cat… Perdón por haberte mentido con lo de Nochevieja. —No esperaba que sacase el tema, y que lo haga me sienta como una patada—. ¿Podemos hablar en persona y te lo explico bien?

—Esto… No… Jimena, yo…. Tengo que pedirte un favor —lo digo rápido para quitármelo de encima—. Tía, necesito que vayas a la farmacia y me compres una pastilla del día después.

El silencio al otro lado de la línea me atraviesa por dentro.

—¡¿Qué?! ¿Una píldora abortiva? Cata, ¿por qué no habéis usado protección?

—No es una píldora abortiva, mierda. —Respiro hondo y por la nariz, intentando calmarme—. No hay bebé que abortar, es anticonceptiva, ¿vale? Lo he leído en internet.

Me parece escucharla reír al otro lado de la línea.

—Pues, si lo has buscado en internet, sabrás que yo no puedo comprarla sin autorización porque tengo quince años. Hasta los dieciséis no se puede. Tú tienes dieciséis. Pero puedo ir a tu casa y acompañarte…

—¡No! —grito con la voz temblorosa, dándome cuenta de que las lágrimas están amenazando con salir de mis ojos y deslizarse por mis mejillas—. Jimena, no voy a ir a la farmacia. Alguien podría verme y yo… Nada, no voy a ir.

El otro lado de la línea se queda en silencio unos instantes.

»¿Me vas a ayudar o no? —insisto.

—Sí. Claro que sí. Algo se me ocurrirá… Yo me encargo y, cuando la tenga, voy a tu casa.

—Gracias —digo, con las lágrimas que ya han brotado colándose por mi boca—. Te quiero —añado después.

—Y yo a ti.

13. JIMENA

Thinking About You, Big Scary

Nos hemos citado en el Parque de Cabecera, que está a unas paradas de metro de casa (aunque he tenido que ir andando, porque me da miedo meter a Óscar en el transporte público) y relativamente cerca de la suya también. A papá le he dicho que he quedado para estudiar, que en el parque hay unas mesas de picnic la mar de cómodas y que tengo que aprovechar al máximo el domingo; espero que no le dé por investigarlo.

Estoy tan nerviosa que me puedo imaginar ahí a mi padre, agazapado en un matorral con una gorra y unas gafas de sol. Menos mal que el perro viene conmigo y me aferro a la sensación de tranquilidad que me aporta.

En cuanto entro en el parque con el corazón saliéndoseme por la boca debido al esfuerzo físico, veo a Raisa. Óscar es el primero en saludarla y la chica se agacha para darle un fuerte achuchón. Después, se acerca a mí y me da dos besos.

Hoy Raisa lleva una sudadera gigantesca con un estampado de girasoles, unos pantalones vaqueros negros y el cabello largo recogido dentro de un gorro de lana.

—Acepté a darte clases particulares de matemáticas, no a ir a una farmacia de guardia un domingo por la mañana, muchacha. Es increíble lo rápido que coges confianza —comenta, sentándose en un banco del parque y poniéndose unas gafas de sol que lleva en el interior del bolsillo de su sudadera, gesto con el cual le da aún más dramatismo a la situación.

—Es porque, aunque hayas intentado disimularlo con todos esos piercings, tienes cara de buena persona y la gente confía en ti enseguida.

—Esa es la gran cruz de mi existencia. —Esboza una media sonrisa. Después vuelve a rebuscar en su bolsillo y me tiende una bolsa pequeña de farmacia.

—Me salvas la vida. —Suspiro, abriendo la bolsa para ver la cajita, y la guardo en el interior de mi mochila.

—Me has dicho que no es para ti, ¿verdad?

—Y no es para mí.

—Bien, así me ahorro darte la charla —dice Raisa—. No veas la bronca que le han echado a Isaac en la farmacia por no haberse puesto la gomita… Una bronca muy bien dada, claro, pero no a la persona que tocaba. Encima que el pobre me ha hecho el favor de acompañarme…

—¿A cuánta gente le has hablado de tu misión secreta? —pregunto, preocupada porque la noticia vuele y llegue a los oídos de mi hermano.

—Solo a él, tranquila.

A nuestros pies, Óscar se remueve, inquieto.

—Podemos pasear un rato —comenta Raisa, así que nos ponemos de pie y empezamos a avanzar por el parque—. Joder con los ciclistas, está todo el parque lleno, madre mía.

Asiento. Nos movemos sobre una pasarela de madera que divide el parque. Está situada al lado de un estanque en el que se pueden alquilar barcas, aunque nadie lo haga a estas horas de la mañana. También veo a un pato en el agua, seguido por todos sus hijitos…, pero todo nuestro trayecto está atravesado por los ciclistas.

—¿Sois novios, Isaac y tú? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad por más tiempo.

—¡¿Qué?! —Raisa para y se baja las gafas sobre el puente de la nariz para dedicarme una

mirada cargada de indignación—. ¡No! ¡No! Solamente somos amigos.

—Ah… Era solo una pregunta. ¿Tienes pareja? —insisto una vez más.

—No, qué va.

—¿Habéis cortado hace poco?

—Nunca he tenido pareja.

—Vale —murmuro—. ¿Nunca te ha interesado nadie? Que tampoco sería raro, eh. A mí tampoco me ha gustado nadie nunca. Ni siquiera he tenido enamoramientos tontos de pequeña… Cata y Brianda, en cambio, siempre han estado locas por encontrar novio. Mencía, fascinada por una profesora de Inglés… Y yo… Bueno. A mí, las relaciones de pareja no me podrían interesar menos.

—En mi caso, nunca me he interesado por… mucha gente… En fin, en mi instituto no había mucho donde mirar… Solo me ha gustado una persona, y esa persona no me ha correspondido.

¡Ahí! ¡Ahí es donde quería llegar yo!

La miro fijamente antes de preguntar, con una sonrisa pícara:

—¿Quién te gustaba? ¿Darío o Salva?

Raisa enrojece hasta las cejas.

—¡Jimena! ¿Qué pregunta es esa? ¿Tan evidente soy?

—Sí. Sí que eres tan evidente. —Me río—. Venga, responde, por favor, que estoy muy triste y necesito miserias ajenas para consolarme.

—Qué tonta eres… —Suspira Raisa—. Me gustaba Salva. Nosotros hemos sido mejores amigos desde… ¿Siempre? Me gustó casi desde el momento en el que lo conocí. Y nada, él no siente lo mismo y ya está. Son cosas que pasan.

—Lo siento. Debe ser una mierda.

Raisa se encoge de hombros.

—No pasa nada. Al menos mi frustración me da material artístico.

—Por eso no te cae bien mi hermano, ¿no? Le tienes celos.

—¡Ostras, que ya parezco la mala de la película! ¡Tu hermano no es un ángel caído del cielo! Si empezamos con mal pie, fue por su culpa. Y, además, al principio no se portó demasiado bien con Salva. En fin, que no me líes. Darío y yo no somos amigos-amigos, pero tampoco me cae mal. Lo tolero.

—Lo toleras… —repito.

—Que sí, ostras. ¡Me alegro de que Salva y él estén juntos! Ellos se quieren y son felices, y está todo bien, de verdad.

—Vale, vale, lo que tú digas… —No estoy muy convencida.

—Bien. Ahora que yo te he contado esto, dime, ¿la pastilla es para tu amiga la pelirroja?

—Se llama Cata. —Suspiro—. Tú también lo has adivinado fácil, ¿no?

—Si el pijo de ayer es tan imbécil como para presentarse donde su novia como un energúmeno y sacarla así de la fiesta…, deduzco que también es tan imbécil como para acostarse con ella sin condón.

Tiene toda la razón del mundo. Menudo imbécil. Menuda mierda.

Hemos llegado a unos columpios sin apenas niños, ya que todos ellos parecen estar en la atracción principal del parque: el barco pirata, así que decido sentarme en uno de ellos y espero que mi perro sea capaz de mantener la compostura durante unos minutos por lo menos.

—¿Está bien tu amiga? —pregunta Raisa sentándose en el balancín al lado del mío.

Me encojo de hombros porque la verdad es que no tengo ni idea.

—Ella dice que sí.

Es lo mismo que respondí cuando Darío me preguntó ayer.

León llega a la fiesta pegando voces, pero Cata me dice que está bien. La veo triste porque han discutido, pero ella me dice que está bien. Me dice que está bien, pero después me pide que le compre una pastilla anticonceptiva. ¡¿Cómo va a estar bien?! Sé que me miente porque yo también le estoy mintiendo a ella.

Y, joder, Darío y Raisa me preguntan porque suponen que yo sabré cómo está ella. Porque es mi mejor amiga y debería saberlo, ¿no? Debería saber cómo está y cuidarla y protegerla.

—Lo siento —responde Raisa—. Esa situación también es una mierda…

Por alguna razón, el corazón comienza a latirme desbordado en el pecho, las manos empiezan a sudarme y tengo que frotarlas frenéticamente sobre mis vaqueros. Creo que mi cuerpo sabe lo que voy a decir antes incluso de que abra la boca. Quizás, mi cuerpo me está suplicando que no lo haga, que no lo diga.

—¿Te puedo contar algo? Pero… no lo puede saber ni Darío ni nadie. ¿Vale?

—Puedes —afirma Raisa—. Por el principio de confidencialidad de profesora a alumna, no diré nada.

Ni siquiera me sale sonreír.

—Esto… ¿Recuerdas que aparecí de repente en mi casa en Nochevieja? Darío se quedó muy sorprendido porque se suponía que me iba a quedar a dormir en casa de Cata, mi amiga, la pelirroja. Yo… Siempre estoy con ella en Nochevieja, y ese día me lo estaba pasando muy bien… El caso es que… Bueno. Ella subió a su habitación con mis otras amigas y yo me quedé sola en la piscina… De su casa, su casa tiene piscina porque es gigante, ya te lo puedes imaginar… —Clavo la vista en el suelo, barajando la posibilidad de callarme, pero sé que es un punto de no retorno—. Me quedé sola en la piscina con León…, su novio. El de ayer. León siempre me ha caído de maravilla, ¿sabes? Es majo y divertido y yo qué sé… Solo estábamos hablando. Yo no quería nada con él, ¿vale? Nada. Solo estábamos hablando y de repente… No sé qué pasó, pero de repente él empezó a meterme mano… debajo del bañador. Me… tocó. Tendría que haberle dicho que parara, lo sé. Pero no sabía cómo hacerlo. Entonces él intentó besarme, y yo conseguí apartarlo y me fui corriendo.

No he sido capaz de mirarla a la cara en ningún momento de mi discurso, que he recitado casi de carrerilla. No la miro y siento que el rostro me arde de la vergüenza, del enfado y de la expectación.

—Jimena…, tienes que denunciarlo —es lo primero que dice Raisa cuando termino de hablar.

—¿Qué? No… No es como si me hubiese… —No termino la frase. No digo la palabra.

—¿Y qué? Sigue siendo una agresión sexual, Jimena. Y tienes que denunciarlo porque, si no, ese chaval va a seguir tocando a chicas sin su consentimiento y…, por otro lado…, Cata es tu amiga, y su novia, tienes que decírselo porque no puede seguir viviendo en la ignorancia y…

Sus palabras confirman lo que yo ya sé: que lo he hecho todo mal. Que lo he hecho mal desde el principio y hasta ahora.

Mi perro, antes quieto a nuestro lado, se aúpa y mueve el columpio intentando llegar hasta mí y lamerme la cara.

Raisa se calla de repente.

—Lo siento —dice—. Perdón. Perdóname, Jimena. Esto no es lo que necesitas oír ahora. Perdón.

Mi perro, que no puede alcanzarme con sus patas y no soporta verme llorar, empieza a ladrar sin control.

Sin pensármelo dos veces, me balanceo hasta el columpio de Raisa y le doy un abrazo. Ella

tarda un poco en reaccionar, pero lo acepta y me constriñe con fuerza contra su pecho, acariciándome el pelo con cuidado.

—Tendría que haber hablado con Cata desde el principio —sollozo, llenando de mocos su sudadera—. Soy gilipollas. Lo he hecho todo mal.

Raisa no dice nada, simplemente me abraza con fuerza.

—No has hecho nada mal, Jimena. Se va a solucionar, va a salir todo bien —dice contra mi oído, y sigue abrazándome y consolándome hasta que no me quedan más lágrimas y mi perro, por fin, deja de ladrar.

PARTE 2

14. CATA

Qué Nos Va A Pasar, Reina Republicana

Vuelvo a tener diez años y Jimena vuelve a ser la única persona a la que quiero ver en el mundo. Así me siento cuando aparece en casa. Papá y mamá llevan todo el fin de semana fuera, y Encarna, tras haber preparado el desayuno, también tiene el día libre.

El caso es que llevo prácticamente toda la mañana sola, sentada en el sofá y mirando algún punto fijo de la pared frente a mí. No soy capaz de sentir… Nada. Hasta que llega ella, con su cara de susto y de enfado.

—Ten. —Me tiende una caja—. En principio no deberías tener efectos secundarios, ni dolor ni nada. Quizás… Yo qué sé, tienes cansancio general o mareos… Así que hoy descansa.

Asiento.

—¿Qué hago? Me la tomo con agua…, ¿y ya?

—Sí. Venga, siéntate y te la traigo.

Obedezco, y ella regresa con un vaso lleno. Al cogerlo, me doy cuenta de que me tiemblan las manos, así que trato de respirar hondo y serenarme.

—¿Y si no funciona? ¿Y si ya estoy embarazada? —pregunto.

—Esto pierde efectividad con el paso de las horas, pero no hay nada de lo que preocuparse. No… no ha pasado tanto tiempo, ¿no? —Me mira, pero yo no consigo recordar la hora exacta—. Luego… está el tema de las ETS, igual podrías ir a mirarlo…

—No voy a ir al médico, Jimena. —Niego con la cabeza—. Esto… Eso sería exagerar mucho. Son… son cosas que pasan, ¿no? Un susto pequeño. Lección aprendida. Además, yo confío en León.

—Vale.

No puedo esperar más ni tampoco debería hacerlo, así que me tomo la pastilla y después me bebo el vaso de agua entero.

—¿Ya está? —pregunto, mirando a Jimena, que aprieta mi mano con fuerza.

—Ya está. —Sonríe.

—Gracias.

—De nada. ¿Quieres que veamos una película? También puedo preparar palomitas.

Asiento, dejándome caer en el sofá y tapándome con una manta hasta el cuello.

Vemos *Princesa por sorpresa* y me río con la escena en la que Mía se cae por las gradas del instituto, cuando le hacen el cambio de imagen, y me emociono con la del baile y el final. Y me siento un poco mejor porque estoy viendo mi película favorita, con mi mejor amiga, y todo lo demás parece que no importa.



—*¡Romeo! ¡Romeo! ¡Oh, si yo tuviera la voz del cazador de cetrería, para llamar halcones! Si yo pudiera hablar a gritos, se filtraría mi voz hasta la gruta de la ninfa Eco, y la ensordecería repitiendo el nombre de mi Romeo* —dice Jimena, subida en una silla para simular que está en el balcón y leyendo el guion de Romeo y Julieta en el móvil.

Hace un rato hemos terminado las hamburguesas de un local vegano, y estamos otra vez en el sofá, cribando las mejores escenas de Romeo y Julieta para poder aportarlas mañana en clase.

—*¡Qué cautivante se escucha el tono de mi amada en la plácida noche, defensora de los amantes! Más dulce es que música en oído alerta* —respondo yo.

—*¡Romeo!*

—*¡Alma mía!*

—Joder, qué larga es la escena del balcón —comenta Jimena, bajándose de la silla y viniéndose conmigo al sofá a robarme la manta que me tapa.

—Pero es la más bonita… y el ama de llaves de Julieta aparece, ¿no? Esa sería Brianda. Habrá que pensar en ellas cuando escojamos las escenas…

—Pero aquí el ama habla muy poco…

—Con Mencía será más fácil porque si es Paris, Paris aparece mucho y también está la escena del final, cuando Romeo lo mata, que es brutal.

Entonces, Jimena, que está pegada a mi costado, se queda mirándome fijamente con los ojos marrones de las mil tonalidades.

—Oye, Cat, ¿por qué me has llamado a mí y no a Brianda o a Mencía para que te consiguiera la pastilla? —inquiere.

Su pregunta me sorprende. ¿Esta chica es boba?

—A ver, tía, yo… A Brianda y a Mencía las quiero muchísimo. Muchísimo de verdad. Pero tú… tú eres la primera persona que se me viene a la cabeza siempre que necesito ayuda en algo. Eres Jimena. Llevas siendo mi Jimena desde que éramos pequeñas. Estaba claro que iba a llamarte a ti. Aunque no sé si tú sientes lo mismo…

En vez de responderme, mi amiga me da un abrazo, empapándome entera de su aroma a coco. Descanso la cabeza en su hombro hasta que, poco a poco, nos despegamos la una de la otra.

—Claro que siento lo mismo… De hecho, tu regalo de cumpleaños…

—Ya te he dicho que no hace falta que me lo des.

—Son dos entradas para ver Romeo y Julieta. En junio, cuando ya hayamos hecho la obra, para no contaminarnos…

Me río.

—¿Entradas? ¿Solo para nosotras dos?

—Claro, porque Romeo y Julieta somos nosotras… —dice, mirándome fijamente—. Pero las dos entradas son tuyas así que puedes ir con León o…

Siento una punzada en el estómago. Niego con la cabeza.

—No. Iremos nosotras. Muchas gracias.

De repente, me doy cuenta de que Jimena tiene los ojos llorosos. Abre la boca y la cierra

inmediatamente después.

—Esto… Te quería pedir perdón, Cata. Siento mucho haberte mentido y haberte dicho que me fui porque Jonathan tenía apendicitis. Lo siento.

—¿Qué pasa? —Me río—. Jonathan te gusta, ¿o algo? Aunque te pega más Isaac. ¿Querías verlos y no sabías cómo decírmelo?

—No, no es eso.

—¿Me lo vas a contar?

—Me da miedo que te enfades —suspira, apartando sus ojos de los míos.

—No voy a enfadarme.

—¿Me prometes que no te enfadarás, entonces?

—No, tía, joder —digo, medio en serio y medio en broma—. Yo no te lo prometo, que si luego haces algo grave y me quiero enfadar tendremos una movida… Pero te prometo que, si me enfado, el enfado no durará mucho.

Jimena sonríe de medio lado.

—Venga, compro. —Baja la mirada y se muerde el labio antes de seguir hablando—. Vale. Tú…, ¿te acuerdas de que después de abrir los regalos subiste a tu habitación a ponerte el bikini? Las gemelas se fueron contigo y yo me quedé con León.

No me esperaba eso. Mi estómago se constriñe antes de tiempo, preparándose para el golpe.

—Me acuerdo —digo.

—Estábamos en la piscina y él intentó besarme, yo lo aparté, me asusté y me fui corriendo. Cata, siento muchísimo no habértelo contado antes.

Las palabras brotan de los labios de Jimena como agua de una fuente, sin detenerse y empapándome entera y calándome de frío.

No sé qué decir.

—Yo… —balbuceo.

—¿Me crees? —pregunta Jimena, y puedo sentir su desesperación.

Frunzo el ceño. Claro que le creo. Es mi mejor amiga y ella nunca me mentiría. ¿Por qué iba a hacerlo? Aunque… ¿Dónde nos deja eso a León y a mí? Me doy cuenta de que no he respondido.

—Te creo —digo con urgencia, y ella me constriñe la mano con más fuerza, como si buscase otra reacción—. No… No pasa nada, Jim. Yo… Hablaré con León, ¿vale?

Mi amiga frunce el ceño antes de responder:

—Vale.

—Vale.

No hay más palabras ni más agua que sale de la fuente, pero yo sigo empapada y aturdida.

Jimena es mi mejor amiga y ella no ha hecho nada malo, pero, entonces, ¿por qué me siento tan enfadada?


Disney
PRINCESA
POR
SORPRESA


POP
CORN

CHAT JIMENA-RAISA

Hoy

23:00

RAISA
Hola, ¿cómo ha ido con tu amiga?

JIMENA
Ya se lo he contado, no te preocupes.

RAISA
Perdón, tampoco te quería insistir tanto. ¿Estás bien?

JIMENA
Perfectamente.

RAISA
Vale, pues nos vemos esta semana para clase de mates, ¿no?

JIMENA
Supongo.

15. JIMENA

Apocalypse, *Cigarettes After Sex*

No sé por qué esperaba algo diferente. No sé por qué esperaba que, yo qué sé, hubiesen roto… O algo… El lunes al final de la clase, cuando León vino a recoger a Cata en la puerta del instituto, yo no entendía nada. Supuse que aún no habían tenido tiempo de hablar y por eso estaban bien juntos. Pero hoy vuelve a suceder, vuelven a estar aquí, besándose y riéndose delante de mí, con los cuerpos unidos en la puerta del instituto, la mano de él en la falda de ella.

—Me tengo que ir, chicas —se despide León dándole un último beso a Cata. Pero parece que no se despida solo de ella, sino también de todo el corrillo de estudiantes que los observan.

—Qué envidia… —suspira Brianda.

Me entran ganas de sacudir a mi amiga y contarle toda la verdad. Pero, de todas formas, aun sin saber toda la verdad, ella estuvo en la fiesta y vio cómo León la trataba. ¿De verdad sigue teniéndole tanta envidia?

Mencía debe haberlo percibido, aunque sea un poco, porque en clase de Historia deja caer una notita en mi mesa.

¿Todo bien? Hoy estás muy callada.
M.

En Historia, como en todas las asignaturas, yo me siento con Cata, que lee la notita que me ha escrito Mencía por encima de mi hombro y se toma la libertad de girarse hacia ella y hacer un gesto con los pulgares arriba.

—¿Qué te pasa? —pregunta, mirándome con el ceño fruncido.

—Lo sabes perfectamente —siseo.

No llegan más notitas en el resto de la clase. Cata y yo no volvemos a dirigirnos la palabra y, de hecho, ella ni siquiera me mira. El timbre que marca el final de la clase suena poco después. Recojo mis pertenencias, y, cuando salgo al pasillo para dirigirme al aula siguiente, la pelirroja me agarra de la mano y me lleva hasta el cuarto de baño más cercano. Una vez que estamos dentro, abre todos los cubículos para asegurarse de que no hay nadie dentro y cierra la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto, arrinconada contra la puerta del baño.

—Perdón —dice Cata, únicamente—. Siento no haberte contado nada de lo que hablé con León y haber fingido que todo seguía igual… Es un tema un poco difícil…

¡Gracias! Joder, menos mal que podemos hablar las cosas.

—Ya —digo—. Ya imagino que es difícil y supongo que no es tan sencillo romper con alguien así como así…

—¿Romper? —pregunta Cata, sorprendida—. ¿Quién ha dicho nada de romper? No… Hablé con León ayer sobre esto, conversamos mucho rato y… Bueno, él no lo hizo bien. No lo hizo nada bien. Y no sirve de excusa, pero había bebido, y todos hacemos cosas raras cuando bebemos, ¿no? Me ha pedido perdón y he elegido perdonarlo.

Ha elegido perdonarlo. Soy la persona más estúpida del mundo, la más ingenua. ¿Cuándo se me ocurrió pensar que ella me pondría por encima de su novio? ¿Cuándo se me ocurrió pensar que me creería? ¿Y por qué no pude contarle todo lo que pasó? Soy estúpida e ingenua, pero

sobre todo soy una cobarde. Tendría que habérselo dicho. ¿Por qué no se lo dije todo?

—Pero… ¿me crees? —insisto.

En vez de responderme, mi amiga se agarra a mi espalda y me encierra en un fuerte abrazo. Me permito a mí misma relajarme, aceptar su cariño.

Poco a poco, sus brazos se deshacen y nos separamos.

—Por supuesto que te creo, Jimena —dice—. Pero también confío en él… Me ha pedido perdón. Me ha dicho que lo que hizo fue por el alcohol y la tontería, y que no volverá a suceder. Es mi novio, Jimena. León me quiere y yo lo quiero a él. Llevamos dos años juntos… Hemos pasado por mucho, los dos nos hemos esforzado mucho por esta relación y sería absurdo tirarlo todo por la borda solo por un error.

Parpadeo unas cuantas veces, incapaz de procesar lo que me está diciendo.

—Tía —añade Cata—. No me mires así, joder.

—¿Que no te mire cómo?

—Pues como si fuese estúpida. Tú… tú no lo entenderías, Jimena. ¡Nunca has tenido… pareja! Las cosas parecen muy claras y sencillas desde fuera, pero te aseguro que no tienes ni idea de lo difícil que es en realidad.

No lo entenderías. ¡Estoy tan harta de que me digan eso!

—¿Qué es tan difícil? —pregunto.

—¡Querer a alguien! —grita Cata.

Yo nunca he tenido pareja y hay muchas cosas que no soy capaz de entender, pero sí que he querido a personas. Quiero a Cata, por ejemplo, y eso nunca me ha parecido difícil.

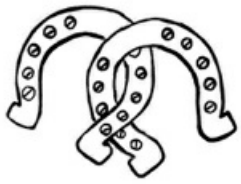
Tengo ganas de decirlo, de verbalizar esto, pero me quedo en silencio, con las manos convertidas en puños.

—Claro que te entiendo, Cata… No pasa nada.

—¿Podemos aparcar el tema y ya está? Te juro que sería mucho más fácil para mí.

¿Quiere hacer como si no hubiese pasado nada? ¡¿Me lo está diciendo en serio?!

—Vale —murmuro—. No te preocupes, vámonos a clase.



Desearía poder cancelar la cita con mi madre en el día de hoy. No es que no tenga ganas de verla ni mucho menos, pero me siento tan cabreada y tan triste que lo que menos me apetece es estar con ella.

Verás, hay dos tipos de personas:

Por un lado, las que, cuando te ven triste o enfadada insisten porque quieren saber qué te pasa y quieren que dejes inmediatamente de estar triste y de estar enfadada.

Por otro, esas personas que prefieren darte tu espacio.

Mamá es de las primeras y papá es de las segundas. No juzgo a mamá ni mucho menos, pero yo también soy del primer grupo de personas y por eso en estos momentos no me aguanto ni a mí misma.

Hemos quedado para comer en un restaurante francés que queda cerca de casa de mamá, en el

que hacen unas crepes y unos zumos espectaculares. Mamá lleva ya un rato tanteando el terreno para descubrir qué me pasa, aunque yo ya le he insistido, nada más verla, en que estoy bien y que solo he dormido mal hoy.

Durante la primera media hora, antes incluso de que el camarero llegase a la mesa a preguntarnos qué queríamos comer, la he interrogado a ella para desviar su atención y me ha estado hablando de los casos que lleva en el momento (es abogada especializada en hacienda y esas cosas) y de que ha empezado por fin a reformar el baño de casa y que tiene muchas ganas de que lo vea.

—¿Todo bien en casa? —me pregunta después de que ambas escogemos unas crepes de espinacas y queso gorgonzola—. ¿Tu padre está bien?

—Perfectamente —respondo—. Con muchísimo tiempo libre, ya lo sabes.

—¿Y Alma?

—También está bien.

—Tu padre me pidió consejos legales con la amenaza de Cayetano, para ir cubiertos por si al final compartía la denuncia. Cuando me enteré de lo mal que lo pasó Alma con su primer marido, le mandé un mensaje de inmediato. Ante todo, las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras, ¿no crees?

Asiento, y mamá le da un sorbo a su vaso de Kombucha. Mamá siempre anda soltando discursos sobre la importancia de la sororidad y el feminismo, y lo agradezco porque la verdad es que Alma y ella nunca se han llevado bastante bien. Por nada en concreto, he de decir, simplemente mamá estaba un poco recelosa al ver que la mujer entró en casa tan pronto, con hijo incluido, y supongo que le dio rabia que papá «rehiciera» su vida antes que ella. Mamá, hasta donde sé, no tiene pareja. Ella dice que es porque no tiene tiempo para nada, pero yo creo que sí que tiene tiempo, pero que sola está a gusto…

La entiendo.

Mamá es una mujer preciosa y que transmite elegancia y seguridad por cada poro de su cuerpo. Tiene los ojos y el cabello azabaches, como yo, pero ella tiene el pelo corto por debajo de las orejas, lleva gafas de una montura delgadísima y la frente que no se arruga por el Botox.

—Bueno, me alegro de que esté bien, entonces. Es una mujer muy fuerte, eso está claro… ¿Y tú, cariño? ¿Cómo va la equitación? Hace mucho que no me cuentas nada…

Es una pregunta trampa.

Mamá sabe que si no le cuento nada es porque llevo un mes sin montar a caballo. Mi entrenador se lo ha hecho saber.

Yo echo de menos montar y a mi caballo todos los días, pero también me aterra volver y que todo sea diferente.

—No tengo tiempo para ir a la hípica y tampoco tengo ninguna competición por delante, así que no pasa nada…

—Cuando vuelvas, no te reconocerán ni los caballos… —murmura ella, y sé que estaría frunciendo el ceño si pudiera hacerlo.

—Mamá, déjalo.

—Tu padre y yo estamos de acuerdo en que cuanto más lo retrases más te costará volver a reincorporarte.

—¡Tampoco es como si papá y tú hablaseis a menudo! —le escupo—. No finjas que estáis en la misma onda, ostras… Si tanto hablases con él, sabrías que ni siquiera sé si me apetece volver a montar a caballo, y si hablases un poco más conmigo, lo sabrías también…

Mamá sigue desmenuzando su crepe en silencio, como si mis palabras no le afectasen lo más

mínimo.

—No seas injusta —dice únicamente.

—Perdón —musito—. Estoy muy cansada, eso es todo.

—Ya veo las ojeras, ya… —Pongo los ojos en blanco—. Ay, cariño, yo solo me preocupo por ti, si te pasa algo… ¿Has discutido con tus amigas? ¿Con Cata?

¿Pero qué…? ¿Cómo lo sabe?

—¿Qué dices?

—Por los ensayos de la obra… Sois las protagonistas, ¿no? Eso estresaría a cualquiera.

Respiro hondo, tranquila porque mi madre no haya desarrollado poderes de lectura mental, que ya sería lo último.

—Está todo bien.

—Y con las gemelas, ¿bien? El otro día me encontré con su madre en el supermercado, pero a ellas hace siglos que no las veo… ¿Siguen estando tan gorditas?

—¡Mamá! —exclamo.

—Jimena, cariño, qué susceptible eres, solo pregunto porque, cuando vi a su madre, me dijo que estaban viendo a un nutricionista…

Estoy a punto de responder o levantarme y morderle o algo así, cuando el teléfono vibra a mi lado y veo que recibo un mensaje de León. No solamente es un mensaje. Primero llega uno, después otro y después un tercero. Noto las manos sudorosas, tan sudorosas que casi se me resbala el cuchillo que sujeto.

—Voy un momento al baño —digo.

—¿Te has enfadado?

—No, mamá, no me he enfadado…

—Cariño, si estás enfadada, dímelo y lo solucionamos, no quiero estar mal contigo…

—¡Mamá! ¡Estoy bien, solo tengo ganas de cagar! —exclamo. Eso hace que se calle y me deje ir.

En el cubículo del baño, me dejo caer sobre la taza bajada. Me muerdo el labio con agresividad al darme cuenta de que mis manos tiemblan cuando cojo el teléfono y entro en la conversación.

LEÓN

He hablado con Cata, me ha dicho que le contaste lo de nuestro NO BESO. ¿Querías que tuviera movida con ella o qué?

LEÓN

En fin, no pasa nada. No hemos roto ni nada. Yo qué sé, simplemente pensaba que eras más madura y que no te comportarías como una niñata.

LEÓN

Me has decepcionado.

16. CATA

Exhale, Sabrina Carpenter

Después de clase, Cayetano me acompaña a casa y comemos juntos mientras vemos un episodio de Mentes Criminales, nuestra serie de conforto. A continuación, le ayudo a preparar un árbol genealógico para clase mientras lo escucho quejarse de lo jodidamente absurdo que es que le manden trabajos tan tontos estando en primero de bachillerato.

Estoy de acuerdo con él, claro, pero también me resulta bastante divertido porquenues, para hacer el trabajo un poco más original, decido que podemos dibujar las cabezas de nuestro árbol genealógico y disfruto de lo lindo desempolvando mis acuarelas y dándole vida a todas las cabezas pelirrojas de nuestra extensa familia.

Escuchamos música y las horas pasan rápido a nuestro alrededor. Pero después, Cayetano tiene que irse.

Yo no quiero que se vaya.

O quiero irme con él.

Lo que no quiero es estar sola, pero no puedo decirle eso.

Le envío un mensaje a mi novio para preguntarle si quiere venir a casa, aunque sé de sobra que está ocupado.

Les escribo a mis padres, que me dicen que llegarán por la noche y que me traerán sushi para cenar, aunque cualquiera puede fiarse…

Desde el fin de semana pasado tengo la paranoia de que, de alguna manera, Encarna se haya enterado de lo de la pastilla anticonceptiva y se lo haya dicho a mis padres. Imagino que papá y mamá ya saben que mi novio y yo tenemos relaciones, aunque nunca hayamos hablado del tema, pero todo sería diferente si supieran lo de la pastilla… ¿Cómo reaccionarían? ¿Cómo reaccionaría León? Sé que es imposible que se enteren porque lo tiré todo y me aseguré de no ir a ninguna farmacia, pero aun así la paranoia está ahí y fantaseo simultáneamente con la idea de que me pillen y con la idea de que no lo hagan.

No le escribo a Jimena, claro, porque si viene a casa querrá hablar de León y discutiremos, y del mismo modo no puedo escribirles a las gemelas porque Jimena se enterará y discutiremos. Joder, ¿cómo de mal he gestionado las cosas si de repente no hay nadie a quien puedo acudir en el mundo?

Todo me demuestra lo sola que estoy.

Debería estudiar para el examen de Matemáticas, debería hacer los deberes de Inglés, debería empezar a pasar apuntes de Historia, que después siempre se me acumulan. Pero no me apetece estudiar, no estoy concentrada para estudiar. Ya que tengo las acuarelas sacadas y extendidas encima de la mesa, quizás podría hacer un dibujo, pero tengo un cuaderno nuevo tan bonito que me da pánico estropearlo. No tengo hambre, pero me preparo un yogur con muesli, fresas y chocolate, que me como buscando llenar un vacío que…, por supuesto, no desaparece. Limpio lo que he usado en la cocina, despejo la mesa de todo el material de dibujo y subo a mi habitación que se me antoja enorme pero muy pequeña a la vez y que tiene un olor un poco raro.

Limpio la habitación y la recojo de principio a fin, pero algo sigue molestándome.

Es la cama. La cama está mal hecha, es evidente. Mi cama es de matrimonio, gigante, llena de cojines. Encarna lavó la funda y la sábana hace poco, después de que León se quedara a dormir,

pero creo que si me aferro a las almohadas que él y yo compartimos puedo seguir notando su olor… y el mío.

Yo no quiero oler nada.

Retiro la funda nórdica con mucho esfuerzo y dejo al descubierto la sábana que cubre el colchón. Hay una arruga que la atraviesa entera y que está consiguiendo sacarme de quicio. Intento alisarla. Intento hacer que la arruga, que el pliegue, desaparezca, pero no hay manera. No hay manera. Grito y las lágrimas se deslizan por mis mejillas de pura frustración. Resuelvo que la única solución es deshacerme de la sábana también, así que me estiro como puedo y la retiro, lanzándola ferozmente contra el suelo. Jadeo por el esfuerzo. Miro a mi alrededor. Veo la funda y la sábana deshechas en el suelo, las almohadas tiradas y apiladas las unas sobre las otras, el colchón completamente desnudo…

Me dejo caer sobre el colchón observando todo el trabajo absurdo que he creado, preguntándome cómo lo voy a arreglar todo por mí misma y sabiendo que, aun así, todo el trabajo no llenará el vacío de la tarde que tengo por delante.

Me doy rabia cada vez que veo que mis manos tiemblan, que mi voz tiembla, que estoy sola, que he perdido el control.

No puedo dejar de llorar.

17. JIMENA

La mujer de verde, IZAL

Desde pequeña he querido ser veterinaria porque el amor que siento por los animales no lo he sentido por nadie más.

Empecé a montar a caballo cuando tenía siete años. Me parecía fascinante poder subirme a un animal, establecer una conexión emocional con él y cómo ese caballo me podía caer mejor y hacerme sentir mejor que muchas personas. La hípica era un lugar en el que, sin importar cómo hubiese sido mi día o semana, siempre iba a salir sintiéndome bien.

De los siete a los quince años, montar a caballo se convirtió en mi lugar seguro. Vladimir, mi caballo negro, era lo único que podía llamar mío, aunque la nuestra no fuera una relación de propiedad. Consideraba que yo era de Vladimir en más sentidos de los que él era mío, por todos los sentimientos que le procesaba. No importaba que mis padres se hubiesen separado, no importaba que me saliese mal un examen o que discutiese con una amiga, no importaba que mi padre tuviese una nueva mujer y que hubiese una nueva persona desconocida viviendo en casa… No importaba nada porque yo seguía teniendo a Vladimir. Montar a caballo no era solo una oportunidad de mejorar cada día en las competiciones y exhibiciones de doma, sino una oportunidad de estabilidad, de ser feliz pasase lo que pasase. Desde los siete años, me convencí a mí misma de que los caballos siempre estarían para mí del mismo modo incondicional en el que yo estaría para ellos, y que mis sentimientos no cambiarían jamás.

Hay una razón por la que no quería ir a la hípica ni volver a las competiciones: me negaba a aceptar que mi relación con los caballos había cambiado, e ir a montar hoy ha sido la constatación de este hecho.

Jimena, reacciona.

Montar a caballo exige estar siempre alerta, con los sentidos enfocados en una única tarea, y eso es algo que ahora mismo me parece imposible.

No diré nada, no te preocupes.

Mi entrenador siempre se ha cansado de decir que montar a caballo exige concentración, y yo nunca he necesitado escucharlo porque era algo que brotaba naturalmente de mí. Yo cambiaba una vez que entraba en la hípica y todos mis sentidos se ponían en el caballo.

Eres una niñata. Me has decepcionado.

Pero ahora no puedo concentrarme. Simplemente es imposible. Intento tocar a Vladimir, escucharlo, prestarle atención, centrarme en sus sentimientos, pero él siente también los míos y se altera con mi alteración.

—¡Jimena, concéntrate! —exclama mi entrenador.

Y yo intento concentrarme, intento concentrarme, pero no soy capaz de hacer un simple cambio de velocidad con precisión.

—Jimena, ¿dónde tienes la cabeza? —repite mi entrenador, y yo tengo que contenerme para no acercarme y meterle un puñetazo.

Vladimir no quiere seguir aquí; yo, tampoco. Vladimir se revuelve y hace que yo pierda el equilibrio.

He perdonado a León.

—Jimena, ¿qué te pasa?

Eres mi mejor amiga.

—Lo siento, será mejor que acabe por hoy —digo, evitando la mirada de reprobación de mi entrenador.

¿Me crees?

—Es lo que pasa cuando te tiras semanas sin entrenar, que después vuelves y no te sale nada… La equitación es compromiso, Jimena. Sin compromiso, no tenemos nada.

Nunca has tenido pareja, no lo entenderías.

Yo solo quiero salir de aquí. Decirle a mi madre y a mi padre que he cumplido, que he ido a entrenar y poder estar otras dos semanas sin pisar la hípica con la excusa de los exámenes. Que, por cierto, saqué un puñetero cuatro y medio en el último examen de Matemáticas. Es mejor que el dos del anterior, pero sigue dándome vergüenza.

¿Cómo es posible que mi vida se haya convertido en esto?

En cuanto me marcho del circuito de la hípica llevando a Vladimir conmigo para dejarlo en el establo, veo a mi profesora de matemáticas particular esperándome con los brazos en jarra.

Yo aún la hago esperar un poco más, pues aprovecho que estoy en la hípica para subir un par de historias a Instagram añadiendo la frase de mierda «mi lugar seguro» a una fotografía en la que se ven los caballos. Soy una hipócrita, sí, pero ahora mismo la hipocresía es lo único a lo que puedo aferrarme.

—¿Quieres saludar a Vladimir, Raisa? —le pregunto a la chica.

—Nada me apetece menos, gracias.

Y yo me tengo que reír, o al menos intentarlo. Espero que no haya visto el bochornoso espectáculo que he protagonizado, incapaz de montar a caballo de manera decente después de ocho años de práctica. En realidad, creo que sí lo ha visto, pero por lo menos no saca el tema.

Hemos quedado para estudiar matemáticas en la hípica, concretamente en la cafetería del centro, porque estoy tan ansiosa y tengo tan poco tiempo libre que no se me ocurría otro sitio en el que quedar. Por supuesto, a Raisa le pagarán un plus por el desplazamiento.

—¿Qué? ¿Tus padres se han mosqueado por tu nota en el examen de matemáticas? —pregunta, una vez que nos hemos establecido en la mesa de la cafetería.

—No, qué va, dicen que hay mejoría y que es cuestión de seguir esforzándome un poco más… —Los ojos se me desvían hacia unas compañeras de la hípica que observan sin ningún tipo de decoro la mesa en la que estoy sentada y cuchichean, seguro que, sobre mi ausencia en las últimas competiciones y en los entrenamientos en general.

—Bien, yo opino lo mismo, enseguida estarás sacando buenas notas en mates —responde Raisa—. Espera… ¿Qué haces?

Raisa hace esta pregunta al darse cuenta de que no estoy mirándola y que, por contra, clavo la vista en las desgraciadas de Eugenia y María y les enseño los dedos corazón de mis manos mientras les saco la lengua y frunzo el ceño.

—Responderle a esas imbéciles.

—¿Todo bien? —inquiere Raisa.

—No estoy pasando por mi mejor momento, y venir a la hípica solo me lo recuerda —explico —. ¡De verdad! ¡¿Qué os pasa?!

Las dos chicas cuchichean un poco más y siguen hablando entre ellas.

De repente, Raisa me mira con profundidad y delicadeza, e incluso toma una de mis manos y la estrecha con fuerza, antes de decir:

—Lo estás haciendo todo muy bien, Jimena. Es normal que sea difícil, pero poco a poco las cosas se solucionarán. Si quieres hablar del tema, estoy aquí.

Habla con tanta dulzura que me entran ganas de llorar.

—Normal que sea tu única amiga, Raisa, eres tan dulce que das diabetes —murmuro.

Raisa se hace la ofendida y aparta la mano.

—¡Pues soy la única de tus amigas que no habla mal de ti a tus espaldas!

—¡Auch! —exclamo, ofendiéndome también, pero las dos nos reímos.

—Y te recuerdo que la nuestra es una relación económica, así que centrémonos en las matemáticas. —Raisa saca un estuche de su bolso y yo, mi cuaderno—. Por cierto, hablando de personas que toman confianzas a la mínima, creo que en unos días Jona creará un grupo para la fiesta sorpresa de mi cumpleaños. Me dijo que te metería a ti y a tus amigas también. Me estuvo preguntando por lo de Cata y demás, pero no te preocupes porque no le conté nada… Te lo digo solo para que estés preparada.

—¿Me estás avisando de tu propia fiesta sorpresa de cumpleaños?

—Es el siete de febrero. Mi cumple es el catorce, pero es un mal día, así que siempre lo adelanto.

—¡Has nacido en San Valentín! ¡Ya decía yo que vas de dura, pero eres la más blanda! —Raisa pone los ojos en blanco ante mi comentario—. En serio, ¿por qué sabes sobre tu propia fiesta de cumpleaños sorpresa?

—No me fio una mierda de estos cabrones, así que siempre me encargo de avisarles.

—¿Será en el local mugriento del otro día?

—Eso creo. Si no queréis venir, lo entiendo.

—¡No me perdería tu falsa fiesta sorpresa de cumpleaños por nada del mundo! —exclamo.

Raisa pone los ojos en blanco de nuevo y me señala los apuntes.

—Jimena, algún día aprobarás matemáticas, y me preocupa lo que puedas hacer sin mi amistad…

CHAT CUMPLE REINA

Hoy

23:00

JONATHAN
Holaaaaaaaaa!!!!!!!! He creado este grupo de WhatsApp nuevo para hablar del cumpleaños de la reina mora. Es el 14 de febrero, pero lo celebramos en el garito PRIVADO.

PELAYO
OLEEEE

JONATHAN
Gracias por tu entusiasmo!!!!
Este es un mensaje para decir a las Cayetanas que estais formalmente invitadas.

CHAT TOTALLY SPIES

Hoy

23:10

BRIANDA

EYYY chicas, ¿os parece bien lo de la fiesta? Por hablarlo entre noostras antes de decir nada.

MENCÍA

A nosotras nos parece bien, pero Cata, si tú no quieres ir lo entendemos, no vamos ninguna y ya.

CATA

Tuve movida con León porque no le dije lo de la fiesta. Si se lo hubiera dicho no habríamos tenido problema.

JIMENA

¿Y te apetece venir?

CATA

Sí, no sé, por qué no, ¿es el antro de siempre?

JIMENA

Sí, pero lo cierran para nosotros.

BRIANDA

Vamos, ¿entonces?

CATA

Que sí, joder, por mí sí

18. CATA

Música Ligera, Ana Mena

Cuando tenía diez años, me enfandé con mis padres porque no me habían comprado el vestido que yo quería para la boda de sus amigos. Yo soñaba con un vestido colorido y de princesas, con tul y volantes, y mamá optó por uno blanco, plisado y excesivamente elgante. Cuando digo que me enfadé, me refiero a que cogí una rabieta tremenda, de esas de tirarte al suelo y berrear y suplicar.

«Si no te comportas como una adulta, te quedarás en casa y no vendrás a la fiesta», dijo mi madre.

Y yo no tuve otro remedio que dejar de llorar, alisarme el vestido e ir a la fiesta. Me pasé todo el día prácticamente conteniendo la respiración, sin dirigirle la palabra a mis padres para que supiesen que seguía enfadada y al mismo tiempo forzándome a ser una buena hija y ser amable y educada con cada desconocido que se ponía por delante.

Pues, bueno, eso me pasa hoy. Desde hace semanas, no me puedo creer mi propia vida.

¿Qué estoy haciendo de camino a una fiesta para una chica que me cae mal?

LEÓN
Avísame cuando llegues <3

Ojalá León hubiera venido conmigo hoy. Sé que no es una persona precisamente grata para mis amigas en estos momentos, pero yo me sentiría mucho más cómoda y protegida con él a mi lado.

Joder, ¿cuántas veces vamos a retrasar nuestra fiesta de pijamas? ¿Desde cuándo mis mejores amigas no quieren pasar tiempo conmigo?

¡Una noche juntas! Es lo único que les he pedido y, de alguna forma, siempre acaban cambiando los planes para irnos al mismo antro…

Bueno, es Jimena la que se encarga de cambiar los planes, en realidad.

Me estoy esforzando mucho por conseguir que mi relación con Jimena sea igual que siempre. Por mucho que lo niegue, no dejo de pensar en el casi beso que le dio León y en la discusión que tuve con mi novio por eso… Creo a Jimena, por supuesto. Tampoco dudo de la versión de León. Para mí, creerles a los dos no es incompatible, pero desde luego me habría ahorrado muchos problemas posicionarme en contra de Jimena…

¿Y ella me lo paga prefiriendo estar con sus nuevos amigos que conmigo? ¡Yo solo quiero que mi relación con mi mejor amiga sea igual que antes, y ella no hace más que volver a enfadarme!

CATA
¡Ya estoy!

El local sigue oliendo a moho cuando llegamos esta vez. Han intentado decorarlo un poco más y en medio hay una fotografía gigante de Raisa en blanco y negro bastante poco apropiada, ya que hace parecer que en vez de en una fiesta de cumpleaños estemos en un velatorio.

LEÓN
¿No me mandas una foto?

CATA
Pero si ya viniste el otro día.

LEÓN
Estaba tan borracho que ni me acuerdo.

A su mensaje añade una instantánea en la que se lo ve en su habitación jugando a la Play.

—Chicas, una foto —le digo a mis amigas.

Me esfuerzo por mover a Brianda, Mencía y Jimena hasta la mesa en la que hay comida debajo de la foto de Raisa, buscando el mejor ángulo del local y asegurándome de que los chicos no aparezcan. Finalmente, hago el selfi.

—Es para León —explico, sonriente. Miro la foto una vez más antes de mandarla, asegurándome de que está perfecta.

En la foto, Brianda y Mencía aparecen muy juntas, Mencía pone el brazo por encima del hombro de su hermana. Jimena está al lado, debajo de la foto de Raisa, comiéndose un pincho de tortilla. Pero ahora, cuando miro a mi amiga, puedo ver el juicio en su mirada. Más que verlo, puedo sentirlo, taladrándome por completo. Tengo ganas de pedirle que me lo diga a la cara, lo que sea que esté pensando, pero no lo hago.

LEÓN
Guapísimas <3 disfruta, princesa.

Es verdad que han hecho un esfuerzo por adecentar todo este sitio. Raisa, la cumpleañera, que luce un traje de chaqueta y pantalón de color gris, intenta reclamar la atención de todo el mundo, haciéndose oír por encima de la música.

—Muchas gracias por venir a todas y a todos —dice—. Aunque por la foto que habéis dejado ahí esto parece un funeral, hoy estamos aquí para celebrar mi cumpleaños. En fin, podéis comer.

—Reina, ya te podrías haber currado el discurso —suspira Jonathan.

Estoy de acuerdo con Jonathan, pero las palabras de Raisa dan pie a que el resto nos acerquemos a la mesa con comidas y cubatas. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que, si no me cayesen tan mal, esta gente que baila por la pista de manera arrítmica podría considerarse divertida. Pero no es el caso. Sigo sin aguantarlos.

¿Lo que más me ha costado identificar y más rabia me da? La relación de Raisa y Jimena. Hasta donde sé, ella es su profesora de Matemáticas. ¿Desde cuándo eso da pie a una amistad? Parece que ahora Raisa es más amiga de ella… que yo.

Estamos cerca de una hora bailando y comiendo, cuando Isaac y Salva aparecen con una enorme tarta de chocolate llena de velas.

Cantamos cumpleaños feliz y después llega el momento de darle los regalos.

—Creo que es una bicicleta —dice Jonathan cuando Salva aparece con un pequeño paquete.

—Tío, pero si el regalo lo hemos comprado todos a medias —se queja el chico a modo de respuesta.

—Si haces literalmente la misma broma siempre, pierdes la poca gracia que pueda tener —recrimina Raisa.

—*Mimimimi*, todo son quejas, reina mora, a ver si empiezas el año con más optimismo… Además, cuando veas esto, te vas a caer de culo.

Confirmo que se cae de culo cuando tiene en sus manos una tableta gráfica de última generación y un lápiz táctil.

—Me tenéis que estar vacilando —la chica parece emocionadísima.

—Ahora tenemos un poco más de presupuesto grupal… —comenta Salva.

¡Y reconoce que Pelayo y Darío están ahí por su dinero!

Raisa tarda menos de un segundo en abalanzarse sobre él para darle un abrazo, al que se acaban sumando todos, a excepción de Darío, que está un poco apartado.

Después se acerca Jimena y le tiende otra caja que la chica abre a la velocidad del rayo.

—Madre mía —dice al desenvolver el paquete y encontrarse con un tocadiscos. Abraza a Jimena y le da un beso en la frente—. ¡Muchas gracias!

—Pareces la típica chica a la que le gustaría tener uno y comprarse discos en mercadillos…

—Lo es, lo es —confirma Salva.

Cuando terminan su momento de intimidad las interrumpo, cogiendo el regalo que teníamos preparado de las manos de Brianda.

—Nosotras también te hemos comprado algo. —Le tiendo una cajita aún más pequeña, tanto que ni siquiera Jonathan hace un chiste.

—¡No teníais por qué! —exclama Raisa.

Pues no, no teníamos por qué.

Después lo abre y encuentra una pulsera dorada que será lo más caro que le regalan desde la primera comunión (aunque, bueno, no creo que ella la haya celebrado. Es árabe, ¿no? No me queda muy claro nunca. Además, sus amigos la llaman «reina mora», lo que me resulta un poco raro).

—Mil gracias, chicas, es preciosa.

—El placer es todo nuestro. —Sonrío, y por el modo en el que ella me devuelve la sonrisa, juraría que nuestra enemistad es mutua.

¿Le habrá dicho algo Jimena sobre mí?

Nos hacemos muchísimas fotos después, algunas con una cámara analógica de Salva, y yo me esfuerzo por no preocuparme porque León pueda ver alguna de estas en Instagram. Es como si lo hubiera invocado, porque mi novio me llama y yo salgo del local para evitar los ruidos y la música altísima.

Le explico lo que le hemos regalado y qué estamos haciendo en general. Le mando también una foto de Raisa con nuestra pulsera, y a él tampoco le queda muy claro cuál es su nacionalidad.

Una vez que entro, la música está más alta y yo me sumerjo en un baile descoordinado sin dejar de beber.

—¿Tu novio no ha venido? —me pregunta entonces Jonathan, el chico que es todo altura y trenzas, cuando los dos estamos al lado de la mesa con las bebidas. Frunzo el ceño.

—Tío… —le dice su amigo.

Ya hablé de esto con León. Él ya tenía claro que, después de lo sucedido el otro día, seguro que esta gente pensaría mal de él y lo juzgarían sin conocerlo. Me dijo que sería el centro de atención, que todos preguntarían y que por eso sería mejor que no fuera. Yo le dije que la solución sería que él hubiera venido conmigo, porque así habrían entendido lo genial que es. Pero tampoco podía obligarlo, claro.

—Tenía cosas mejores que hacer —le respondo a Jonathan.

No me siento precisamente cómoda con esta conversación.

—Claro, claro, pero que sepas que está invitado —murmura Isaac a su lado—. A veces parece un poco raro, pero de verdad que siempre nos gusta invitar a todo el mundo.

—Si no, no hacemos negocio —ríe Jonathan.

—¡Oye, como si estuviésemos viendo un duro por esto!

—Bueno, el tema es que no todas nos sentimos tan cómodas enseguida para quedar con desconocidos —mascullo.

Las chicas se han acercado a mi alrededor casi como si viesen venir de antemano la pullita que le he dejado a Jimena.

—¿Estás hablando de mí? —pregunta mi mejor amiga de inmediato.

—Has congeniado con ellos enseguida, ¿no? —replico.

—Es que Jimena es una tía de puta madre —dice Jonathan, pero, aunque sea un tío tonto de remate, se da cuenta enseguida de que la conversación no va con él y se calla.

—¿A ti no te gusta conocer gente nueva? Brianda y Mencía se han mostrado encantadas —solo le falta añadir que a quien no le gusta es a mi novio.

—Me encanta conocer gente nueva, lo que me jode es que quedes más con ellos que con nosotras. Joder, llevo meses diciendo de hacer algo juntas y no quieres —le recrimino.

—Bueno, hay tiempo para todo —dice Mencía, intentando mediar.

—Lo sé —sentencio—. Solo es raro que Jimena nunca haya sido muy cercana a su hermanastro y de repente prefiera salir con él más que conmigo. Sobre todo cuando siempre ha echado pestes de su novio y sus amigos. —Me vuelvo hacia ella para preguntarle directamente —. Cuando estuvieron en tu casa en Nochevieja, ¿no dijiste que te alegrabas de tener un perro para evitar que te robaran?

—¡Auch! Eso ha dolido —exclama Salva, pero también se da cuenta enseguida de que la conversación no va con él y retrocede.

—¿Me estás llamando falsa? —sisea Jimena.

—Falsa se te queda corto.

—Yo por lo menos no salgo con gente que no me respeta —replica ella.

Las palabras caen sobre mí como golpes. Un calor abrasador me sube por el estómago hasta llegar a las mejillas. Intento moverme y me doy cuenta de que estoy temblando.

Todos a mi alrededor me miran. Me juzgan.

Me acerco a Jimena hasta que su aliento me golpea en la cara.

—Ni se te ocurra meterte con mi novio —siseo, dándole un pequeño empujón.

—Después de lo de la piscina, él está metido hasta el fondo. —Aún tiene narices de sonreír de medio lado y devolverme el empujón.

Dejo de sentir las piernas.

¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha podido traicionarme con una sonrisa en la cara? ¿Está disfrutando de humillarme? El calor que siento dentro asciende por mi cuerpo y se convierte en lágrimas que se deslizan por mis mejillas como si fuesen puro fuego.

Jimena no es de fiar. Fueron las palabras de León cuando le conté lo que me había dicho Jimena sobre su beso. *Jimena lo malinterpretó todo. No es tu amiga de verdad.* Yo defendí a Jimena. Creí en ella, ¿y así es como me lo paga? ¿Humillándome delante de todo el mundo?

León tiene razón. Jimena solo quiere hacerme daño y poner barreras a nuestra relación.

No lo pienso cuando mi puño se mueve a más velocidad y le da en el pómulo. Jimena cae al suelo. Brianda y Mencía corren hacia nosotras, y Raisa y Darío hacen lo mismo. Pero la chica tarda nada en ponerse de pie y golpearme en el pecho.

—¡Eres una amiga de mierda! —me grita, y sus palabras me hacen más daño que su golpe.

—¡Eres una hija de puta! —sollozo, y quiero agarrarla del pelo y arrastrarla hasta el suelo, pero los brazos de Brianda me sujetan, mientras Mencía y Darío aguantan a Jimena.

—¡Eres una hija de puta! —repito—. ¡Eres una hija de puta y la peor amiga del mundo! Lo que pasó en la piscina fue culpa tuya, y lo sabes.

Lo último que veo antes de marcharme del local es el rostro de Jimena fragmentado por las lágrimas. Mencía se queda con ella; Brianda me sigue y no se atreve a decir nada mientras yo pido un taxi que me llevará hasta casa.

19. JIMENA

Fool, Little Red

Desde niña, siempre me he sentido fascinada por las películas o series protagonizadas por dos mejores amigas. La primera fue *Tú a Londres y yo a California,* con Lindsay Lohan interpretando a dos hermanas gemelas, y después todas las series de mi infancia en *Disney Channel*. Dos mejores amigas que permanecen siempre unidas de un modo incluso enfermizo. Hay muchas relaciones a su alrededor: familiares, intereses románticos… Pero las mejores amigas siempre lo son todo la una para la otra. A mí, con mi núcleo familiar cambiante y mi nulo interés en tener una pareja, siempre me consoló saber que, pasara lo que pasara, Cata y yo nunca nos fallaríamos.

Pero, claro, yo fallé en Nochevieja, y después ella me falló a mí y de repente estamos en una fiesta de cumpleaños y ella me ha pegado un puñetazo en la mejilla delante de todos. Aún siento la marca del golpe y la sangre invadiendo mi boca.

El golpe no ha sido como de película: de esos que van a cámara lenta y sirven solo para preceder un montaje lacrimógeno de reconciliación. No. Esto ha sido de verdad. Y yo me he abalanzado sobre ella con más furia de la que he sentido jamás y habría multiplicado cada golpe si no me lo hubieran impedido.

Lo que pasó en la piscina fue culpa tuya, y lo sabes.

Todo esto ha sucedido de verdad.

Y no ha sido bonito.

Mientras Mencía se quedaba conmigo, Brianda ha ido a estar con Cata, que, según me ha contado, se ha marchado a casa en taxi. Las gemelas han sido las siguientes en marcharse. Imagino que me habré despedido de ellas, pero no consigo recordarlo.

Ahora, los amigos de mi hermano y yo hemos salido del local y nos encaminamos hacia el McDonald’s más cercano. Como si fuesen dos guardaespaldas enemistados, a un lado tengo a Darío y al otro, a Raisa.

Si hubiese sabido hablar cuando han propuesto lugares para ir, habría pedido que evitásemos el McDonald’s, que por algo soy vegetariana, pero literalmente no recuerdo haber tenido esa conversación. Yo simplemente me he dejado llevar.

El local a las tres de la mañana está a rebosar de gente. Nos hacemos con una mesa enorme y todos, a excepción de Raisa, se marchan a decidir qué quieren comer. Ella está a mi lado, acariciándome el hombro. Si dice algo, yo no la escucho.

Darío llega poco después y se sienta al otro lado. Trae consigo una bolsa con hielo.

—Estoy bien —suspiro, rechazando el hielo.

—Pero te ayudará a desinflamar la mejilla —insiste mi hermano, así que accedo y me coloco la bolsa.

—¿Se nota mucho? —pregunto. Raisa y Darío se encogen de hombros, y eso confirma la peor de mis sospechas. Pues claro que se nota, con lo que me duele, lo raro sería que no se notara—. Joder, mi padre me va a matar, a ver cómo se lo cuento…

—¿Qué queréis de comer? —Se levanta Raisa—. Voy a pedir.

—Una hamburguesa mini, que no tengo mucha hambre —comenta mi hermanastro.

—¿Y tú, Jimena?

—Pues unas patatas fritas, que es lo único que no tiene carne.

—Es verdad, no lo había pensado.

—No pasa nada.

Raisa asiente y se marcha a la cola con el resto. He dejado la bolsa de hielo, pero mi hermano la recoge y me la vuelve a colocar en la mejilla con delicadeza. *Que no lo haga, que no lo haga, que no lo haga. Por favor, que no me abrace.*

Pero mi hermano lo hace. Pasa el brazo por encima de mi hombro y me estrecha contra él con delicadeza. Con su contacto, todo vuelve de golpe. Los ojos enfurecidos de Cata, sus lágrimas, su golpe, sus palabras: *eres una hija de puta. Lo que pasó en la piscina fue culpa tuya.* Eres una amiga de mierda. Dejo de ver y las lágrimas calientes se cuelan por mis labios. Me doy cuenta, así, de que estoy llorando. Por eso y porque Darío no me aparta, sino que me acerca más y me atrapa con sus brazos. El hielo cae al suelo y yo abrazo a mi hermanastro, enterrando la cara en su hombro mientras él me acaricia la espalda rítmicamente.

Estamos así un buen rato. Salva, Jonathan, Pelayo, Isaac y Raisa llegan después con la comida y no hacen ningún comentario cuando me ven llorar. No me preguntan cómo estoy ni intentan consolarme, simplemente dejan la comida delante de nosotros y continúan con la conversación que estaban teniendo.

Lo agradezco con todo mi corazón.

No sé cuánto tiempo pasa, pero en cierto momento dejo de llorar y me centro en comer las patatas. Para colmo de males, están demasiado saladas. Joder, con lo difícil que es hacer mal unas patatas fritas…

—¿No iban a hacer una hamburguesa con la cara de una cantante? —pregunta Jonathan entonces porque el chico siempre tiene conversaciones de otra galaxia.

—Hermano, no era eso, iban a hacer un menú con su nombre —dice Salva.

—Pero ¿le van a poner su cara o no? Porque la tía está buenísima —replica Jonathan—. ¡Auch! —añade después, porque Raisa le ha pegado un golpe en el hombro—. Que no lo digo por mí, joder, digo que eso tiene su público.

—Los caníbales, por ejemplo —dice Isaac.

—No, no serían caníbales porque un caníbal se come algo de su misma especie, y una hamburguesa no es tu especie —apuntilla Raisa, poniendo los ojos en blanco.

—Si tiene una cara humana, puede ayudar a pasar el mono a un caníbal humano que está intentando dejar los malos hábitos —aclara Jonathan.

Sigo teniendo la cara manchada de lágrimas, pero al mismo tiempo no puedo dejar de reírme ante las absurdeces que estoy escuchando. Voy a intervenir para dar el nombre de la cantante de pop de la que hablan, cuando me doy cuenta de que Pelayo, a mi lado, tiene la cara muy hinchada y está balbuceando.

—Pelayo, ¿estás bien?

No responde, pero consigo reclamar la atención del resto.

—Joder, se le está hinchando la cara —dice Raisa.

—Me cago en mi puta vida —masculla Jonathan.

El chico, sentado al lado de Pelayo, se levanta, lo coge en brazos y se lo coloca en la espalda con las piernas en alto. Con el brazo que le sobra, saca el teléfono móvil y marca con la punta de la nariz.

—¡Estoy llamando a un taxi, hostia! —exclama y no deja que sus amigos lo ayuden.

No hace falta que llame a nadie, porque, en cuanto sale, ve a un grupo esperando otro taxi y se mete por medio, abriéndose paso entre empujones.

—¿Qué haces? —inquiere uno de los chavales.

—¿No ves que tiene un *shock* anafil…? Como sea. Tenemos que irnos a Urgencias cagando leches —dice.

El chaval hace amago de oponer resistencia, pero después ve la cara de cabreo de Jonathan y se lo piensa mejor.

En el taxi no hay espacio para todos, así que en el primero entramos Jonathan, Pelayo, Darío y yo. Darío, porque está aprovechando para llamar a los padres del chaval hinchado y yo, porque tengo la carta de ventaja de la niña triste. Busco en internet qué hacer cuando alguien tiene una reacción alérgica. Pone que, si no se tiene nada encima para el *shock*, hay que ir a Urgencias inmediatamente. Por lo menos eso lo estamos haciendo bien.

Tenemos suerte de que Jonathan rinde de maravilla bajo presión y también de que mi hermanastro haya ido en el primer taxi, porque enseguida comenta que vayamos a un hospital privado porque Pelayo tendrá seguro. Eso hacemos y, aun así, la sala de Urgencias está llena. De todas formas, en cuanto ven el estado de Pelayo, lo tienden sobre una camilla y se lo llevan a un box. Jonathan lo sigue corriendo, llevando las gafas del chico, que se le han caído, en la mano.

En cuanto los dos desaparecen, mi hermanastro y yo nos sentamos y nos limitamos a esperar a que llegue el resto; yo, con la cabeza reposando en su hombro. No tardan mucho en aparecer.

—¿Está todo bien? —pregunta Salva, sentándose al otro lado de Darío y estrechándole la mano.

—No lo sé, ha entrado Jonathan —explica Darío—. Nos ha dicho una enfermera que es una reacción alérgica, que lo pincharán y enseguida estará bien. Que hemos hecho bien al llegar tan rápido.

—Como para no venir, si parecía ya un pez globo —masculla Raisa.

—¿Y a qué será alérgico? —inquiere Isaac.

—Ni idea, es la primera vez que va a un McDonald’s —responde Darío.

—Menudo peligro ser un pijo…

—Fijo que son las salsas, que las carga el diablo.

Silencio.

—Oye, ¿cuánto tiempo llevan saliendo Jonathan y Pelayo? —se me ocurre preguntar.

Mi pregunta cae sobre ellos como si fuera una bomba nuclear. No reaccionan, simplemente parpadean muy despacio y poco a poco sus ojos se vuelven sobre mí, con escrutinio.

—¿Qué dices? —Darío es el primero en hablar con un hilo de voz.

—Jonathan y Pelayo no están saliendo —murmura Salva.

—No, no están saliendo —repite Raisa.

—Desde luego que no.

Se vuelve a hacer el silencio, pero puedo escuchar los engranajes de sus cerebros moviéndose y barajando cada posibilidad.

—Aunque es verdad que últimamente pasan muchísimo tiempo juntos, pero porque trabajan juntos —dice Salva.

—Exacto.

—Además, Pelayo es hetero —aclara Darío.

—Pelayo también pensaba que tú eras hetero —comenta Raisa.

—Ya, pero si estuviesen saliendo, nos lo habrían dicho —replica mi hermanastro.

—Claro, no tienen motivos para ocultarnos nada.

—Nos lo habrían dicho, ¿no? —repite Salva.

—Yo estoy flipando —murmura Isaac, que no ha abierto la boca en todo el rato.

Permanecen así, en silencio, durante un rato que se me hace eterno (porque tengo que contener

la risa, básicamente), hasta que el teléfono de Darío empieza a vibrar con insistencia.

—Son los padres de Pelayo, me dicen que están al caer —explica mi hermanastro.

Y, de hecho, solo pasan unos minutos hasta que los vemos aparecer. Son, evidentemente, los padres de Pelayo: un hombre y una mujer de más de sesenta años, muy bajitos, ambos vestidos con un traje de chaqueta. Los dos tienen el mismo corte de pelo blanco y con flequillo, como si fuesen dos hermanos gemelos extrañísimos. Él lleva incluso un bastón dorado con el que se apoya mientras se mueve por el pasillo. ¿Se han arreglado para venir a un hospital a las tres de la mañana? O eso, o los hemos pillado saliendo de una reunión de trabajo importantísima.

Yo ya estoy acostumbrada a ellos, porque los he visto un par de veces, pero entiendo las caras de extrañeza de mis nuevos amigos, que los observan con los ojos aún más abiertos que antes.

—Joder, no creo que estos dos acepten a Jona como novio de su hijo —murmura Salva entonces.

—¿Qué dices de novio ahora? —Darío lo mira con el ceño fruncido.

—No sé, tu hermana me ha rayado.

—Darío, pero levántate y habla con ellos, ¿no? —comenta Raisa—. Está claro que te están buscando.

—Claro, es verdad —dice él.

Se pone de pie de inmediato, acercándose a la pareja, pero estos dos pasan de largo y se dirigen a un chaval enorme con la cabeza llena de trenzas. El padre de Pelayo le da a Jonathan una palmadita amistosa en la espalda y la mujer le agarra la mano con preocupación. Darío está a un lado, siendo ignorado.

Si Darío y sus amigos estaban alucinando tras mi pregunta, ahora la boca se les ha caído al suelo del todo.

—¿Estos se conocen? —murmura Raisa, mientras Jonathan y los padres de Pelayo entran juntos hacia el box.

Jonathan, junto a los padres de Pelayo, pasa cerca de una hora en el box. Asumimos que el chico está bien, por eso de que no escuchamos lloros ni gritos, pero en ningún momento salen a decirnos nada. Y sé que, en esa hora que Darío, Isaac, Raisa, Salva y yo pasamos quietos en la sala de espera, hay una única pregunta rondando su mente. ¡Y me alegro de no ser la protagonista, por fin!

Cuando Jonathan sale del box para tomarse un café, responde a nuestras preguntas con un simple:

—Conozco a sus padres del curro. Son buena gente.

De verdad, a veces tengo la sensación de que este chico podría ver el mundo arder a su alrededor y no se daría ni cuenta.

El caso es que por fin vemos a Pelayo, que ya está mucho menos hinchado, y nos confirman que ha sido una reacción alérgica, probablemente a alguna salsa (aunque necesitarán más pruebas para confirmar eso).

Como tienen que dejarlo en observación y sus padres se quedarán con él, llega el momento de despedirnos.

Salva y sus amigos se van juntos andando a sus casas, mientras que Darío y yo cogemos un Uber.

—Menuda noche —murmura mi hermanastro cuando estamos los dos en las puertas de

nuestras habitaciones, a las que hemos conseguido llegar sin despertar a nadie (¡bien!).

—Qué peligro tiene Pelayo, madre mía, no se lo puede sacar de casa. —Río y él esboza una media sonrisa.

Me pregunto si estará pensando en la pregunta que he hecho en Urgencias y ha desatado el caos, pero cuando me habla me doy cuenta de que está pensando en otra cosa.

—¿Cómo estás? —quiere saber.

—Estoy mejor… Ya no me duele —respondo rápidamente—. Me voy a dormir ya, descansa.

Frunce el ceño y parece que va a decir algo, pero que al final cambia de opinión.

—Buenas noches —se despide.

Entro en mi habitación, cierro la puerta detrás de mí, saludo a mi perro y por fin puedo reconocer, al menos a mí misma, que no me siento mejor. Más bien todo lo contrario. Cuanto más tiempo pasa, peor me siento. Me meto en la ducha y el simple contacto del agua hace que todo el cuerpo me duela. Me seco, me pongo el pijama y evito mi reflejo en todos los espejos.

MENCÍA

¿Pelayo está bien?

Antes le he contado que habíamos acabado en Urgencias, esta vez de verdad, así que la pongo al día con la situación. Imagino que mi amiga estará durmiendo porque, con la tontería, son casi las cinco de la mañana. Me tumbo en la cama y Óscar se estira y se acurruca a mi lado.

Quiero irme a dormir, pero el corazón late demasiado fuerte en mi pecho y mi mente continúa vagando sin control. Cojo el móvil y busco ejercicios de respiraciones en internet. Sigo un tutorial, abrazo a Óscar y el malestar disminuye por unos momentos.

Tengo la vista fija en el techo mientras sigo respirando, haciendo una cuenta regresiva de cincuenta a cero que reinicio desde el momento en el que acabo. No sé cuánto tiempo pasa, pero mi móvil tiembla en una notificación y mi cuerpo tiembla con él.

Lo que abro no es WhatsApp, como habría esperado, sino TikTok.

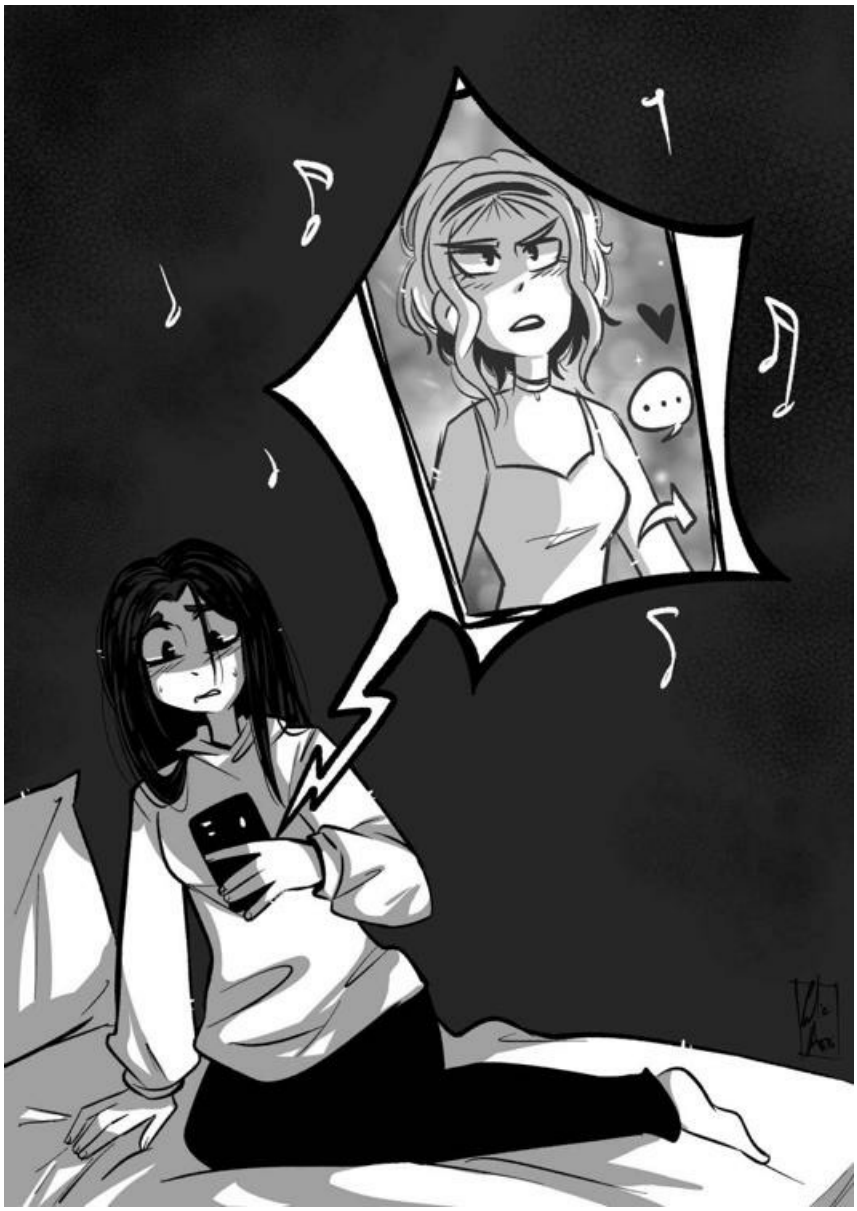
Me incorporo en la cama.

Y no sé qué esperaba, pero desde luego no a Cata vocalizando y entonando algunas partes de la canción *Traitor* de Olivia Rodrigo.

And ain't it funny
How you said you were friends?
Now it sure as hell don't look like it
You betrayed me
And I know that you'll never feel sorry
For the way I hurt, yeah

Sigue con la misma ropa con la que ha ido a la fiesta: un vestido morado con los hombros al aire, el cabello pelirrojo recogido, los mechones escapándose y enmarcando su cara, los labios rojos…

En mitad del vídeo aparece la siguiente frase: «para qué tener enemigas cuando tu mejor amiga te apuñala por la espalda». Sé que, cuando canta, me está buscando y sus palabras se dirigen exclusivamente a mí. Aunque no hace falta que lo diga, pues estoy etiquetada en la publicación.



CHAT CATA-CARLA

Hoy

04:40

CARLA

TÍA, ese TikTok que has subido ha sido por Jimena, no????? Claro, si la has etiquetado. Madre mía, qué puta locura. Qué os ha pasado???? Qué nos estás ocultando?????

CHAT CATA-BALMA

Hoy

05:00

BALMA

EYYYYY CATTTTTT ¡Estoy con Carla y estábamos viendo tu TikTok cuando nos hemos dado cuenta de que lo has borrado! ¿Por qué lo has hecho? No sé qué os ha pasado pero seguro que Jime se lo merecía. ¡Jimena siempre va de guay y de mosquita mierta y luego es la peor! Vuelve a subir el vídeo tía, nosotras te apoyamos.

NOTIFICACIÓN TIKTOK: JIMENA TE HA ETIQUETADO EN UNA PUBLICACIÓN

CHAT CATA-REBECA

Hoy

07:55

REBECA

Ehhhhh???? Tía?????? Tíaaaaa!!!! Lo has visto????? Has visto el vídeo que ha subido Jimena????? Es una respuesta, no???? Bueno, está clarísimo, si estás etiquetada... Qué os ha pasado??? No entiendo nada! Entonces es todo por León? Menuda zorra!!!!

21. CATA

No puedo vivir sin ti, Los Ronaldos

Son las doce del mediodía, pero apenas he dormido un par de horas hoy. Todavía estoy en la cama de mi habitación, abrazándome las piernas, mientras hablo con León con el teléfono en manos libres.

—No tendrías que haber grabado ese vídeo. —Su tono de voz al otro lado de la línea es suave y calmado, pero cada una de sus palabras cae sobre mí como piedras.

—¡Ya lo sé! Pero ¡tendrías que haberla escuchado en la fiesta!

—No tendrías que haber ido a la fiesta.

Aguanto las lágrimas porque no quiero que mi novio me escuche llorar.

—Ya lo sé. Ya sé que no tendría que haber ido, pero… Jimena es mi mejor amiga y…

—¡Jimena no está bien de la cabeza! ¡¿Acaso no has visto el tiktok que ha subido?! Y lo peor es que ha sido culpa tuya. Tú fuiste la primera en caer en su juego, Cata… Las dos os comportáis como unas niñatas. ¡Si me lo hubieras dicho…!

No hace falta que termine la frase. Si se lo hubiera dicho a él, me habría ayudado a entrar en razón y yo no habría subido ese estúpido vídeo. Y Jimena tampoco habría subido el suyo.

—¡Lo he borrado! —exclamo.

—¡¿Y qué?! —El corazón me da un vuelco cuando alza la voz—. Cata, ¡el daño ya está hecho! Aunque hayáis borrado los vídeos, la gente los ha visto. Has provocado a esa chica y, para colmo, me ha metido a mí en su juego… Joder. ¡Me ha escrito mucha gente preguntando qué ha pasado! ¿Te parece justo que tenga que lidiar con esto por vuestra estúpida pelea?

Yo siempre quise mantener a León al margen, pero unas horas después de publicar mi video, Jimena compartió otro en el que se veía su rostro y su mejilla ligeramente amoratada. Aparecía la misma canción que yo utilicé pero con otra frase:

«Para qué tener enemigas cuando tu novio te apuñala por la espalda y en vez de enfadarte con él atacas a tu mejor amiga».

—Bueno…, tú también…

No termino la frase, pero no dejo de pensar en la piscina y en que, si él no hubiera intentado besar a mi amiga, tampoco estaríamos en esta situación. Jimena sí que tenía razón en algo, y es que León ha estado metido en esto desde el principio.

—¡No me jodas! ¡¿En serio vas a sacarme el tema ahora, Cata?! Te pedí perdón. Si no me quieres perdonar, dímelo y cortamos, ¿vale? ¡Si quieres, cortamos! Porque no puedo seguir teniendo esta discusión…

—¡No quiero cortar! Y tampoco quiero discutir.

—Pues entonces deja de hacerme sentir como una mierda.

—Lo siento —digo con la voz temblorosa.

Se hace el silencio al otro lado de la línea y yo hago un esfuerzo por imaginar su rostro, sus expresiones, su manera de cerrar los puños, y me pregunto qué estará pensando y qué estará a punto de decir.

—Ya lo sé, Cat, yo también lo siento… —Suspira León—. Escucha, no vuelvas a entrar en su juego, ¿vale? Deja ya de hablar con Jimena y las cosas se solucionarán solas.

Asiento, tragándome las lágrimas.

—Vale. ¿Estás enfadado? —pregunto, porque odio no poder verle la cara a través del móvil.

—No, Cat, no estoy enfadado. Solo un poco cansado.

—¿Vas a venir a casa?

—No puedo, princesa. Tengo examen esta semana y tengo que estudiar.

—Pero podrías estudiar aquí, ¿no? —insisto.

—Tengo que estudiar de verdad… Sin distracciones. A ti tampoco te vendría mal concentrarte un poco, ¿no crees?

Tiene toda la razón. Mis notas en este trimestre están cayendo en picado y ya nunca entrego mis trabajos a tiempo…Debería pasar el domingo estudiando, pero sin él al lado estaré todavía más distraída.

—Estudiaré todo el día —confirmo—. Pero luego hablamos, ¿no?

—Sí, Cata, hablamos luego —dice y, por su voz, sí que parece realmente cansado—. Te quiero, princesa.

Una sonrisa crece en mis labios y atraviesa mi rostro de lado a lado.

—Yo también te quiero, León.

Después, el chico cuelga. Yo continúo abrazándome las piernas con las manos y necesito unos cuantos minutos para disminuir el ritmo de mi corazón. Odio haber vuelto a sacar el tema de Nochevieja porque lo único que consigo así es que León se enfade conmigo y que yo también me enfade con él. Odio discutir con León, me paso todo el tiempo con el corazón encogido, como si literalmente tuviera un embudo en el pecho…

Odio discutir con León, pero odio todavía más estar sin él.

Y hoy vuelvo a estar sola.

CHAT LEÓN-JIMENA

Hoy

00:01

LEÓN
He visto un vídeo. La verdad es que no me imaginaba que fueras tan rencorosa y tan falsa.

LEÓN
Si quieres algo, ven y dímelo a la cara.

LEÓN
Deja de meterte con mi novia y deja de meterte en mi relación.

22. JIMENA

Getaway Car, Taylor Swift

La foto debe ser de hace al menos un año. En la playa, Cata aparece de espaldas con la melena roja brillando y mirando el mar y el horizonte. En la primera foto, aparece sola de espaldas y en la segunda, acompañada de un León que la coge de la cintura. Desde que me he subido al coche para ir al instituto, no he dejado de mirar esta publicación de Instagram. Hay dos razones. La primera: que Cata nunca, nunca, sube publicaciones. Y la segunda: recuerdo el día de la foto a la perfección. Las gemelas, Cata y yo fuimos a hacer un picnic en la playa. León llegó después y nos acompañó a ver el atardecer. Yo estaba ahí, aunque no aparezca en la foto.

—¿Me has oído? —la voz de mi padre me saca de mis pensamientos.

—¿Qué? —Alzo la vista.

—¿Quieres que hable con los padres de Cata? Tu madre los vio el fin de semana pasado…

Siento un retortijón en el estómago.

—¡Ni hablar! Esto es una tontería, lo arreglaremos nosotras…

Desde que volví de la fiesta con un moratón en la mejilla, papá no ha dejado de ser la persona más pesada de la tierra.

—Igual sí que es buena idea que hablen con sus padres —murmura Darío, a mi lado.

Retiro lo dicho. Mi hermanastro supera a mi padre en ser pesado. Lo miro y me aseguro de que vea cómo pongo los ojos en blanco.

—Hija, has dejado la equitación, no mejoras tus notas y ahora esto. ¡Si Cata se está metiendo contigo o estás teniendo problemas en el instituto…!

—¡Joder, papá! ¡No tengo ningún problema! —grito—. ¡Cata no se está metiendo conmigo ni está pasando nada raro entre nosotras, hostia! ¡Somos amigas!

—¡Por Dios, si Cata estuvo a punto de romperte la mandíbula! ¡Las amigas no hacen eso!

Discrepo. Se nota que hace mucho que mi padre dejó de tener quince años…

Por suerte, ya hemos llegado al instituto Germán Otálora y, después de dejar a Darío, vamos directos al segundo destino. Cuando salgo del coche, ni siquiera me despido de mi padre.

En la puerta del instituto, apenas hay grupos de chicas charlando. Desbloqueo el teléfono y me doy cuenta de que llego un par de minutos tarde. Me bajo un poco la falda del uniforme y me encamino hacia la clase. Creo que ahora toca Lengua, cosa que me da muchísima pereza.

—¡Hola! —me dice una chica de otro curso por el pasillo, y después saludo a un par más, mostrando mi mejor sonrisa. Juro que, de todas las chicas que me sonríen, solo conozco a un par.

Debe ser que se sigue hablando de nuestra pelea en TikTok. Después de que Cata borrara su vídeo, yo hice lo mismo con el mío, pero ya lo han visto todos. La situación se ha ido de madre. Tengo que respirar hondo un par de veces antes de entrar en el aula, mentalizándome para soportar todas las miradas y preparándome para dar siempre las mejores respuestas.

En Lengua, siempre me siento con Mencía y Cata se sienta con Brianda en la mesa de atrás. Pero, esta vez, las tres están en una mesa alejada, cerca de las ventanas. Las gemelas me saludan cuando aparezco, y dejo caer mi mochila en mi mesa.

Entonces lo veo. Dos palabras escritas con rotulador rojo sobre el marrón de la madera.

ZORRA ROBANOVIOS

Dos palabras separadas, pero que van inseparablemente unidas.

ZORRA ROBANOVIOS

Escucho un par de risas y miro a mi alrededor, donde mis compañeras de clase cuchichean. Siento que estoy boqueando, como un pez que se da cuenta de que no puede respirar fuera del agua. No digo nada. Rebeca, Balma y María no dejan de reírse, y el resto solo observan en silencio. Yo tampoco puedo hablar. No soy capaz de decir nada.

¿Qué debería hacer? ¿Una reverencia? ¿Tendría que aceptar esas palabras y hacerlas mías? ¿Reclamarlas para que no me hagan daño? Lo que realmente quiero es irme de clase y esconderme en el baño.

ZORRA ROBANOVIOS

—¡Yo no he sido! —grita Cata, pero ni siquiera me mira cuando se acerca a la mesa en compañía de las gemelas.

—¿Quién ha sido? —pregunta Brianda.

No hay respuesta. Escucho un ruido en el pasillo. Debe ser la profesora a punto de llegar, porque mis compañeras están sentándose en sus pupitres.

¿Qué hago? ¿Me siento?

Mencía aparece a mi lado y se sienta sin decir nada. Saca un pañuelo de su mochila, lanza un escupitajo y hace que las dos palabras desaparezcan.

23. CATA

Cuando tu vas, Chenoa

Lo peor es que a veces se me olvida que estoy enfadada con Jimena. Como siempre, al levantarme y vestirme, lo primero en lo que pienso es en mandarle una foto de mi pieza de ropa extra a la espera de que ella se ponga la misma. Ya no lo hago. Desde el inicio del año no me permito mandarle ninguna foto y aun así seguimos coincidiendo sin querer. Por eso, para evitarlo, hace semanas que me pongo el uniforme sin nada más. Pero aun así… me compro el almuerzo o saco de mi mochila un zumo de uva, y tengo que contenerme a mí misma, porque el primer impulso es darle la mitad. Estrenan un nuevo capítulo de nuestra serie favorita y ella es la persona con la que quiero comentarlo. Suspendo un examen y quiero ir hasta ella para que me dé un abrazo.

Mi mente sabe de sobra que estamos enfadadas, pero mi cuerpo… a veces me traiciona. Y entonces recuerdo nuestro enfrentamiento. «Yo por lo menos no salgo con gente que no me respeta». Y su mirada mientras lo decía: firme, con una media sonrisa atravesando su rostro y con la seguridad de que sus palabras me harían daño. Sigue doliendo tanto como antes.

Sé que yo me pasé, pero ella no tenía derecho a sacar a relucir algo tan íntimo. Lo que hizo León… Se suponía que nadie iba a saberlo. Ella me traicionó al contarlo. Se rio de mí. Y sé que no tendría que haberle pegado y tampoco que haber subido ese estúpido TikTok, pero… Ella no tendría que haber dicho eso. Y menos aún en público.

Miro WhatsApp mientras me muevo por el pasillo hacia el aula de teatro.

LEÓN
Hoy tenías ensayo, ¿verdad? ¡Suerte!

CATA
Sí, gracias

En realidad, el ensayo oficial ha sido esta mañana, pero vamos retrasadas, así que hemos decidido aprovechar el recreo para seguir por nuestra cuenta, aun sin la profesora Gutiérrez.

LEÓN
Tiene que ser complicado ensayar con Jimena estos días... pero imagino que ya estarás comprometida...

CATA
Sí. No puedo dejarlas colgadas por tener un problema con mi coprotagonista.

LEÓN
Bueno... Pues no dejes que Jimena se meta en tu cabeza. ¡Ánimo!

Demasiado tarde. Jimena ya vive aquí dentro.León también, claro, y a veces pienso que los

dos se pelean tanto por el espacio que no me dejan hueco para mí misma.

CATA
Hablamos luego.

Me apresuro a guardar el móvil en el interior de mi falda antes de que una profesora que se cruza conmigo me descubra.

Ya en el aula, estoy a punto de tropezarme con una madera con forma de arbustos que se utilizará como decorado, y eso basta para que todas las miradas se dirijan a mí.

—¡Hola! —las saludo—. Habíamos acordado seguir ensayando en el recreo, ¿no?

—Falta Jimena —dice Genoveva—. ¿Viene contigo?

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—¡¿Cómo va a venir con ella?! —inquiere Balma—. ¡Si se llevan a matar!

—¿Podéis dejar de hablar de mí en tercera persona? Estoy delante. —Suspiro.

—Pues dinos, ¿va a venir?

Yo desvío la mirada hacia Mencía y Brianda, que están en el fondo del aula.

—Le estoy mandando un mensaje… —responde Brianda.

—De todas formas, para que venga y se quede recitando sus frases tiesa como un palo como ha hecho antes…

Tiene razón. Ahora mismo somos las actrices con menos química del mundo.

—Me parece que yo me voy a ir, paso de perder el patio por esto… —dice Rebeca.

—De todas formas, no se puede ensayar Romeo y Julieta sin Romeo —añade Geno.

—Yo flipo. La guarra de Jimena le quita el novio a Cata y las que nos jodemos somos nosotras y toda la obra de teatro… ¡Pues menudas protas hemos elegido!

Las palabras de Balma son como balas que, aunque no van dirigidas a mí, me rozan y me hieren igualmente.

—¡¿Qué mierdas dices?! —exclama Mencía, acercándose—. ¡Jimena no le ha quitado el novio a nadie!

El corazón se me encoge en el momento en el que Balma me mira con una sonrisa y dice:

—Jimena no ha conseguido quitárselo, pero lo intentó, ¿no? Mucho ánimo, Cat, yo también he querido liarme con tu novio demasiadas veces…, pero eso no se hace.

—Has hecho bien en escribirle eso en la mesa… —añade Rebeca.

Frunzo el ceño.

—¡Yo no le he escrito nada! —exclamo.

Pero da igual, porque mis compañeras abandonan el aula todavía hablando de Jimena, de León y de mí, y probablemente convencidas de que soy la que ha escrito en la mesa de Jimena.

—¿Por qué no les has dicho que es mentira? ¡Jimena no ha intentado nada con León! —insiste Mencía, mesándose el flequillo rubio y dejando ver unos escandalosos pendientes con forma de corazón.

No sé qué responder.

Sé que lo que ha dicho Balma es mentira, Jimena no intentó hacer nada con León. Y no es justo que toda la clase piense que es una zorra. Pero… Lo que pasa es que ahora se ha empeñado en romper nuestra pareja. Me ha dicho a la cara que mi novio no me respeta y que me ha apuñalado por la espalda.

Eso tampoco está bien. No está nada bien. Eso no lo hacen las amigas. Sé que soy una cobarde que solo quiere sobrevivir al resto del curso, aun así… Lo que dicen de Jimena me hace sentir

protegida. Porque prefiero que piensen que Jimena me ha intentado robar el novio a que me juzguen e intenten alejarme de León.

—En realidad, nosotras no sabemos lo que pasó —murmura Brianda, haciendo un mohín—. ¿Por qué no nos contáis nada?

—No es fácil de explicar… —me quejo.

Porque no es solo lo que pasó en Nochevieja. Son demasiadas cosas como para ponerlas en orden.

Mencía tiene la mirada perdida en su teléfono, con el nombre de Jimena brillando. Ha debido llamarla, sin respuesta. Después, mi amiga se acerca a su hermana y apoya la cabeza en su hombro.

—Yo solo digo que, por encima de todo, vosotras dos sois amigas. Vais a tener que solucionar esto.

Suspiro.

Si tu amiga y tú os decís cosas hirientes, os hacéis llorar, no pasáis tiempo la una con la otra y lleváis días sin hablaros…, ¿se puede considerar de verdad que sois amigas?

24. JIMENA

Santos que yo te pinté, Amaia

ZORRA ROBANOVIOS

Las palabras siguen transcritas en mi cerebro, por mucho que Mencía las borrara del pupitre. Lo último que me apetecía hoy era ir al ensayo de Romeo y Julieta, así que me he pasado todo el recreo encerrada en el cuarto de baño, comiéndome un sándwich como si fuera la protagonista de una película americana cliché. No he respondido a ninguno de los mensajes de preocupación que me han mandado las gemelas, y durante la clase tampoco les he dirigido la palabra.

No se merecen que les haga el vacío, pero hoy no quiero hablar con nadie.

Cuando salgo del instituto con la cabeza gacha y me encamino hacia el Otálora, me cruzo con la melena pelirroja de Cata. Ella me mira y durante unos instantes me convenzo de que me pedirá perdón o de que, por lo menos, me dirá algo. No es así. Ella también agacha la mirada y cambia de dirección para no ir hacia el instituto masculino.

Parece mentira, he aguantado bien las ganas de llorar hasta ahora y solo con verla estoy a punto de hacerlo.

Muevo la cabeza y respiro hondo reemprendiendo mi camino. Me abrazo fuerte a mi chaqueta, con el frío calando en mis huesos. En la puerta del Germán Otálora, los chicos ríen y charlan, y yo me siento más segura y tranquila porque por lo menos sé que no soy su tema de conversación. Mi hermanastro está apoyado en la valla del aparcamiento, charlando con un Pelayo que parece haberse recuperado favorablemente del fin de semana.

—¡Hola, Pelayo! —lo saludo—. ¿Cómo estás? Creo que no visitarás el McDonald’s en una temporada, ¿no?

El chico sonríe y me coge de los hombros para darme dos besos.

—¡Hola, Jimena! Más bien, por el resto de mi vida…

—Pues sí, más vale prevenir…

—Hola —me saluda Darío también.

Voy a darle dos besos cuando veo a León salir del instituto, seguido por Cayetano y algunos amigos. De repente no me acuerdo ni de cómo me llamo, aunque me obligo a tranquilizarme. ¡Solo faltaría que ahora no pudiera ir a ver a mi hermano por miedo a encontrarme con él! Aunque no me relajo. Creo que Darío me dice algo, pero no lo escucho. Solo miro a León, con su melena ondeando en el viento y su ceño fruncido.

¿Camina hacia mí o solo me lo estoy imaginando? Retrocedo, como por inercia.

—¡¿Qué cojones haces aquí?! —grita León, agarrándome por los hombros—. ¿Has venido a seguir mintiendo?

Intento apartarlo y estoy a punto de trastabillar. Darío apenas tarda unos segundos en reaccionar y propinarle un empujón a León para separarlo de mí.

—¡¿Qué te pasa en la puta cabeza?! —le grita mi hermanastro—. Como le toques un pelo, te voy a matar.

León le devuelve el golpe y los dos se enzarzan en un sinfín de empujones.

—No te metas, ¡es una mentirosa! ¡Está obsesionada conmigo! —sigue diciendo León.

A nuestro alrededor se ha creado un círculo de personas que observan la pelea con expectación

y, antes de que pueda darme cuenta, descubro que ya estoy llorando y mi cuerpo entero tiembla.

Cayetano y Pelayo intentan mediar, hasta que el pelirrojo opta por pegarle un golpe a León y sujetarlo por la cintura cuando el chico intenta moverse. Yo me quiero mover también, pero Pelayo me acaricia la espalda e intenta consolarme.

—¡¿Qué estás haciendo?! —grita Cayetano—. ¿Se te ha ido la olla?

—¡No te metas tú también, joder! —increpa León—. Esto es por tu prima, ¿vale? Y por la zorra de su amiga no deja de meter mierda entre nosotros.

—¡Ni se te ocurra insultarla! —grita mi hermanastro, haciendo que León intente ir de nuevo a por él. Por suerte, Cayetano sigue sujetándolo e impide que se mueva.

—Tío, tienes que tranquilizarte —insiste Cayetano—. Respira hondo y vámonos de aquí, que no vas a conseguir nada más que dar el cante.

León todavía respira con dificultad y tiene las manos cerradas en puños. Yo quiero dejar de llorar, pero no lo consigo.

—Sí. Me voy —dice únicamente León y avanza para irse del instituto no sin antes dedicarme una mirada cargada de asco a la que yo no respondo.

—¡Jimena! ¿Estás bien? ¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta Darío, acercándose a mí.

—Sí…, estoy bien.

—Perdonad a León, está muy nervioso —murmura Cayetano, rascándose la nuca.

—No me jodas, tío —replica Darío.

—Pero ¡si os he separado yo! —exclama Cayetano—. Bueno, me lo llevo.

Mi hermanastro no responde y solamente me mira mientras yo entierro las manos en la cara hasta que consigo dejar de llorar.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta Pelayo con un hilo de voz, y yo odio que hayan visto esto y odio que se sientan tan incómodos por mi culpa. De verdad, hay días en los que es mejor no levantarse.

—¿Quieres que nos vayamos a casa, Jimena? —repite Darío.

—¿Podemos ir a dar un paseo antes? —consigo decir por fin—. No quiero que mi padre me vea así.

Darío asiente y nos despedimos de Pelayo. Después, mi hermanastro coloca la mano sobre mi hombro y me indica el camino cuando empezamos a andar.

—Ven —dice, indicándome el camino—. Vamos a ir aquí, al parque detrás de la biblioteca. Ahí le confesé mis sentimientos a Pelayo hace unos meses, ¿sabes?

Alzo una ceja, interesada, porque, aunque sé que lo único que intenta Darío es distraerme, siempre me interesa un buen cotilleo.

—Quiero decir…, no le confesé mis sentimientos por él. Le confesé mis sentimientos en general. Le hablé de mi pasado, de lo de Salva y todo eso… Ahí, detrás de esa biblioteca, Raisa hizo un mural de Rebeldes, y marcó el inicio de… todo. —Hemos llegado al parque, a un lugar oculto entre árboles con un banco delante de un estanque de peces—. También delante de esa biblioteca rompí con Salva. No te imaginas la de mierdas que le dije, Jimena. Y a la semana ya estaba pidiéndole perdón y arrepintiéndome de lo gilipollas que había sido. Ven, siéntate aquí si quieres.

Señala un banco frente al estanque de los peces, y yo me centro en mirarlos.

—Menudos dramáticos somos en esta familia. —Me dejo caer en el banco.

—Y hablando de dramáticos, no te imaginas la que liaste con tu comentario sobre Jonathan y Pelayo, pollito. Salva y sus amigos se han vuelto completamente locos.

Me río.

—¡Solo hice una pregunta! —exclamo.

—¡Menuda pregunta!

—Pero ¿están juntos o no?

—No se sabe, Jimena, no se sabe. —Suspira Darío—. Salva y sus amigos están intentando averiguarlo, pero no hay manera, sobre todo porque les da demasiada vergüenza preguntar a Jonathan. Yo, desde luego, no voy a sacarle el tema a Pelayo. Si no me equivoco, Isaac y Salva tienen intención de seguirlos la próxima vez que queden para algo del curro…

Él se está riendo y yo río también, echando la cabeza hacia detrás, con todo el sol y el viento dándome en la cara. Nos reímos hasta que dejamos de hacerlo y los dos permanecemos en silencio, sin mirarnos.

Me quedo con la vista perdida en el estanque con los peces, intentando alargar estos momentos de silencio porque soy consciente de lo que dirá mi hermanastro en cuanto abra la boca.

—Tienes que hablar con tu padre de lo que ha pasado —dice, y yo noto los ojos llorosos de inmediato.

—No… No hace falta… Solo… solo son tonterías. Quiero decir… León es un capullo, pero solo se ha enfadado por una bronca que tenemos Cata y yo —intento explicarme—. ¿Entiendes? El problema es de Cata y mío. Lo solucionaremos.

Busco los ojos de Darío, esperando conocer su reacción, pero no los encuentro, ya que están fijos en el estanque.

—Si no se lo dices tú, se lo diré yo. —Me mira por fin.

—Tienes que estar de puta coña —murmuro, cerrando las manos en puños.

—¡Ese tío te ha empujado! ¡Te ha insultado! —grita, y yo niego con la cabeza.

—¡Ya lo sé! ¡Estaba ahí!

—Jimena, ¡es una cosa seria! ¡Si no pides ayuda, esto te va a estallar en la cara!

Niego con la cabeza, clavándome las uñas en la palma de las manos.

—No soy como tu madre, Darío.

—¿A qué te refieres?

Me arrepiento antes incluso de que las palabras salgan de mi boca, pero no me callo:

—A que yo nunca dejaría que un tío me hiciera daño.

Durante unos instantes pienso que lo he herido lo suficiente para que me deje en paz, pero entonces él se vuelve hacia a mí y me devuelve cada golpe al decir:

—Ya te ha hecho daño, Jimena.

Siento mi respiración entrecortada y la garganta rasposa.

—¡Te he dicho que solo se ha comportado así por una discusión que tengo con Cata! —grito —. ¡León no es un maltratador! ¡Yo nunca dejaría que me pegase ni a mí ni a nadie a quien quiero!

Darío se levanta y pienso que va a irse. Y quiero que se vaya. Joder, ¡quiero que se vaya! Pero mi hermanastro menea la cabeza y empieza a moverse en círculos, como si estuviera tan incómodo que quedarse en el sitio le resultara imposible.

—Perdón —intento arreglarlo—. No quería decir eso. Lo siento.

Darío respira hondo y se vuelve para mirarme.

—¿Crees que mi padre empezó insultando a mi madre? ¿Crees que empezó empujándola o pegándole? ¿Crees que ella habría sido tan tonta como para salir con un hombre que la tratara mal? —Su voz está cargada de enfado—. Si él hubiera empezado la relación tratándola como una mierda, ella no lo habría tolerado. Ni ella ni nadie.

Me arde la cara de la vergüenza que siento por haberle dicho esto. Darío por fin deja de

caminar y vuelve a sentarse a mi lado.

—Desde fuera… Desde fuera es muy fácil juzgar. Y tú… Estoy seguro de que viste cosas raras en la relación de León y Cata, y de repente a quien ha empujado es a ti. No quiero comparar la situación, solo quiero… Jimena, yo solo quiero ayudarte.

Guardo silencio, abrazándome las rodillas con las manos. Tengo demasiadas cosas que decir ardiéndome en la garganta. Tantas que no sé por dónde empezar.

—Lo siento mucho, Darío —digo únicamente—. Siento haberte dicho eso y siento haber montado este numerito.

—No pasa nada —responde él, cogiéndome del hombro para abrazarme.

—Yo… Yo… Hablaré con mi padre, de verdad. Pero antes tengo que hablar con Cata, ¿vale? Por favor, espera a que hable yo con él…

—Claro. Me esperaré. No hay problema.

Asiento unas cuantas veces, convenciéndome a mí misma, y después me seco la cara con el dorso de la mano.

—Toma, un pañuelo —me ofrece Darío, aunque en realidad lo que me da es un trozo de papel arrugado de dudosa procedencia.

Lo acepto de todas formas y me sueno los mocos.

—Gracias —repito—. Y lo siento. De verdad. No sé qué me está pasando estos días.

—No te preocupes. —Sonríe—. Me alegro de serte un poco útil… Y, la verdad, esto de ser hermano mayor no está tan mal.

25. CATA

Kamikaze, Susanne Sundfor

Hoy es uno de esos días en los que mi primo Cayetano se queda a comer en casa. He preparado la mesa con las ensaladas de pasta que ha cocinado Encarna y lo espero con la televisión encendida y un capítulo de Mentes Criminales listo para ser visto.

Sin embargo, cuando mi primo cruza la puerta, me doy cuenta de que algo va mal.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado con León? —es lo primero que me pregunta—. Jimena ha venido a la puerta del instituto y el tío le ha metido un empujón que casi la tira al suelo…

Me muerdo el interior de la mejilla. ¿Tan difícil es pasar una hora sin hablar de Jimena?

¿Y lo de que le ha empujado? Bueno, eso no ha sido exactamente así. León me lo ha explicado. Él ya lleva un par de días muy quemado por nuestra disputa en TikTok. Todos en su curso se han enterado y no dejan de hacer preguntas y comentarios molestos… Si León ha empujado a Jimena, eso no está bien. Lo ha hecho mal. Pero ha sido un error. Él estaba agobiado y enfadado, y se ha equivocado. Yo tengo un poco de culpa. No he sabido gestionar mi situación con Jimena y me equivoqué al publicar ese TikTok. Ahora, él está irascible y se ha equivocado al empujarla. Pero se arrepiente. Me ha llamado para contarme lo arrepentido que estaba justo después de que sucediera.

—Sí, sé lo que ha pasado —digo, jugando con un macarrón de mi ensalada. Con la cabeza, señalo el plato a Cayetano para animarlo a que se siente a la mesa conmigo. Solo quiero dejar el tema.

—¿Y no te molesta? —insiste.

—Pues claro que me molesta. ¡Ojalá mis problemas con mi amiga no jodiesen mi relación con León!

Cayetano frunce el ceño. Ni me entiende ni me quiere entender. Estoy harta de sentir que me juzgan solo con mirarme…

—Cata, yo sé que Jimena y tú habéis discutido, pero… Joder, no creo que sea muy responsable por tu parte salir con un chico que trata mal a otra chica. Quiero decir, eso le deja en muy mal lugar…

Cayetano se mesa el cabello pelirrojo, ordenando su flequillo detrás de la oreja, y yo estoy tan enfadada que imagino mis manos rompiendo la mesa y haciendo que los platos con la ensalada estallen hasta romperse en pedazos. En lugar de eso, vuelvo a morderme el interior de la mejilla.

—Cata, dime algo —insiste.

—Eres un capullo. —Lo miro a los ojos—. ¡No tienes ningún tipo de vergüenza, Caye! No me puedo creer que me hables de esto con tanta… superioridad, joder. No me puedo creer que finjas que… No sé… Yo… Joder, no me hagas creer que te importan una mierda las mujeres cuando le hiciste lo que le hiciste a Darío.

Mi primo, al otro lado de la mesa, acerca un poco su cara a la mía.

—No sé qué tiene que ver una cosa con la otra, Cat.

—¡¿De verdad no lo sabes?! ¡Te reíste de lo que le pasó a su madre! ¡Sacaste a tu supuesto amigo del armario y después lo amenazaste con difundir una denuncia de violencia de género!

Cayetano niega con la cabeza.

—Darío y yo no somos amigos…

—¡No me jodas! —exclamo—. No sé qué te hizo Darío para que te sintieras tan traicionado y decidieras castigarlo de esa manera. Tú solo querías demostrar quién mandaba, ¿no? Y te importó una mierda reírte de una mujer maltratada.

—Cata, no tienes ni idea de lo que pasó —dice él en voz más baja.

—No, no lo sé, pero lo que hiciste fue sucio y rastrero, y tuvo consecuencias. Su madre lo pasó mal también, ¿sabes? Lo pasó fatal. —Recuerdo mis conversaciones con Jimena—. ¡No eres consciente del daño que hiciste porque solo piensas en tu ombligo! Así que no hables de tratar bien a las mujeres y no tengas los cojones de meterte en mi relación.

Hay un nudo en mi estómago constriñéndome las entrañas. La cara de mi primo, la ensalada que tengo delante y toda esta conversación me provocan hasta arcadas. Cayetano vuelve a mirarme cuando me habla:

—Pues claro que me meto, Cat. Me meto porque te quiero y porque me preocupo por ti. Eres mi familia.

Suelto una carcajada, porque sus palabras suenan tan falsas y tan ridículas que me dan risa. Me levanto de la mesa con tanta furia que mi vaso de agua se tambalea y cae, derramándose.

—¡Y esa es la única razón por la que me respetas, ¿no?! ¡Porque somos familia!

—Eh, sí, esto…, no… —balbucea.

Si es que encima es tonto. Debo haberme pasado mordiéndome la mejilla porque siento la boca llena de sangre.

—¡Vete a la puta mierda! —grito una vez más, antes de abandonar el salón.

26. JIMENA

Una Vez Más, IZZY

—¿Cómo estás, cariño? —pregunta mamá al otro lado de la línea—. ¿Qué plan tienes para hoy?

—Pues ninguno, la verdad. Estaré haciendo deberes toda la tarde y supongo que después veré alguna película con Darío.

Estoy sentada encima de la cama, con las piernas cruzadas sobre la colcha y el teléfono apoyado en ella, con el altavoz puesto.

—¿Y tu padre? —pregunta mamá.

—¿No te dijo que tenía un viaje de trabajo y que se iría con Alma?

—Sí, claro que me lo dijo.

—Pues eso —murmuro, molesta.

—Cariño, es que no termina de parecerme bien que se vaya de fin de semana cuando estás…

Odio las conversaciones con mis padres últimamente porque me hablan de demasiados temas diferentes antes de llegar a lo que de veras me quieren decir: que están preocupados por mí, que consideran que soy débil.

—¡¿Cómo estoy?! —Me doy cuenta de lo mucho que he alzado la voz porque hasta mi perro se asusta.

—Mal, cariño. ¡No sé qué te pasa, pero estás mal! ¿Desde cuándo le gritas así a tu madre?

—¡He dicho que estoy bien!

—No me chilles, Jimena.

—Joder, mamá, no te quiero chillar, pero estoy bien y es difícil explicártelo por teléfono.

—Pues no has querido quedar conmigo y sabes que no me gustan las videollamadas… Cariño, sé que eres adolescente, pero… Papá y yo estamos un poco preocupados por ti. Suspendes, no vas a la hípica. Papá me ha dicho que hace mucho que no ves a Cata y las gemelas…

—Las veo todos los días en el instituto, ¿te parece poco?

—Me parece raro, cariño. Y estás quedando mucho con los amigos de Darío, ¿no? No sé…, no tengo nada en contra, pero no los conozco. ¿Tienes algún *noviete,* o algo?

—No, mamá. No tengo ningún *noviete* —suspiro, exasperada.

—¿Y *novieta*?

—¡Que no, mamá! ¡Que no tengo nada!

—Cariño, está claro que te pasa algo y entenderás que no me parezca bien que tu padre se vaya en estos momentos…

—Por lo menos con él hablo más que por teléfono.

—Bueno, pero eso es porque él tiene la custodia —masculla mamá.

—No, mamá, los dos tenéis la custodia.

—Ya, pero ¿con quién decidiste vivir? —Así es mi madre, no tiene miedo a sacar trapos sucios para ganar una discusión—. Jimena, cielo, se nos está yendo un poco de las manos… Yo solo quiero que estés bien, cariño.

Que esté bien. Me escuecen los ojos.

—Lo sé, mamá. Te tengo que dejar. Te quiero.

Cuelgo el teléfono antes de que mi madre diga algo más.

Que esté bien. Joder, odio cuando los adultos quieren eso. Puedo ver en la cara de mis padres lo felices que están, lo llenos de vida que están cuando lo bordo en una competición de hípica, cuando quedo con Cata o cuando me duele el estómago de tanto reírme. Sé que verme bien los hace felices, que cumplirán la promesa que me hicieron cuando se divorciaron: «que yo sería lo primero, que me querrían y me cuidarían siempre». Pero, de alguna manera, saber que me quieren tanto y saber que desean mi bienestar coloca una presión tremenda sobre mis hombros.

Es algo que, por ejemplo, nunca le he comentado a Cata porque sería injusto. Ella siempre se ha visto ensombrecida por el hecho de que sus padres no la han sabido querer ni cuidar como se merecía, que ellos nunca han estado ahí para ella. Eso le hace daño, pero yo también siento este daño.

Porque ahora me siento mal, me siento jodidamente mal, y su amor se convierte en algo que no sé gestionar y en un peso añadido sobre mis hombros.

Óscar me ve llorar y ladra. Yo suspiro y me muevo por la habitación. Hoy apenas he salido de aquí. ¿Para qué hacerlo? Después de otro día de mierda en el instituto, he comido con Darío —que ahora debe estar estudiando en su habitación—, he cancelado la clase con Raisa y ahora estoy aquí.

Mi habitación tiene tul, como de princesa, pero hace días que me incomoda, y a Óscar también, así que he estado pensando en cambiarlo. Probar a recolocar también las fotos que llenan mis paredes, recoger el armario y ordenar mis libros. He pensado que cambiar mi habitación ayudaría un poco, pero no he hecho nada. Solo veo los mensajes que se están acumulando en mi teléfono. Las llamadas de Mencía y Brianda, que no han dejado de sonar y que he rechazado.

Hoy en el instituto no se ha hablado de otra cosa que de mi pelea con León. Y como nadie sabe qué ha pasado, todo el mundo inventa.

Me acerco a la pared en la que están mis fotos: la foto de mi viaje a Disneyland con Alma, papá y Darío. Yo con Óscar, Óscar de bebé, yo con mis caballos, mis trofeos, y Cata. Siempre Cata. Cata a mi lado poniéndome un bigote con su cabello pelirrojo. Mencía, Brianda, Cata y yo. Las cuatro juntas. También hay una foto sacada de una de mis películas favoritas: *10 razones para odiarte*. Un trozo de cartón morado en el que pone un simple: «El futuro será feminista» que saqué de la primera manifestación del 8M a la que fui en mi vida.

Las lágrimas continúan deslizándose por mis mejillas mientras me pregunto cómo demonios he llegado hasta aquí.

Siempre pensé que, si alguna vez un chico me insultaba o intentaba hacer algo sin mi consentimiento, sabría cómo defenderme. Siempre pensé que sería fuerte, que le pegaría un puñetazo y que haría que se le cayera la cara de la vergüenza poniéndole una denuncia. Siempre pensé que yo no callaría.

Y, sin embargo, desde que empezó el año no he hecho más que callar. No me defendí. No denuncié y ni siquiera tuve el coraje de hablar con León. No le conté nada a Cata y, cuando por fin me atreví a hablar con ella, ni siquiera le dije la verdad.

León me ha llamado falsa, me ha llamado mentirosa, me ha llamado rencorosa y me ha humillado en la puerta del instituto.

¿Cómo he podido aceptar esto?

Me miro en el espejo y no me reconozco. Los ojos vidriosos. Las ojeras. La nariz, los labios formando una línea recta, el cabello negro y liso enmarcando mi cara.

No me parezco a Anne Hathaway en *Princesa por sorpresa*.

Y, joder, tampoco quiero ser ella.

En un momento de revelación, me dirijo al cuarto de baño a por unas tijeras, me siento delante del espejo y continúo observándome. Cuando Fito y Fitipaldis cantó «Quiero mirar tus ojos del color de la Coca-Cola», nos hizo un enorme favor a todas las personas que, como yo, nos hemos sentido poco especiales por tener unos ojos marrones. Los ojos de Cata son verdes; los de las gemelas, azules; y los míos, marrones. Ni miel ni Coca-Cola, marrones. Cubiertos de pestañas largas y con forma almendrada, pero marrones. Tengo una peca en medio de la nariz, entre los ojos. Debajo, la nariz pequeña con cuatro pecas, los labios finos y la barbilla con una espinilla. No se me ven las orejas, apenas se me ve la cara porque el pelo lo cubre todo. Lo tengo largo hasta debajo de los pechos. Siempre me ha encantado hacerme trenzas en las competiciones y por eso nunca me lo he cortado más allá de las puntas. A mamá le encanta mi pelo. A mí me encanta mi pelo.

Ahora… Me repulsa seguir mirándome.

Recojo mi melena en tres mechones, tres coletas diferentes, y me observo con lentitud. Después, cojo las tijeras de mi escritorio y sigo observándome. Las lágrimas caen por mis mejillas cuando decido hacer el primer corte. Tardo un poco en cortar y de repente todo se deshace de la coleta y cae en el suelo por mis piernas.

Siento un subidón de adrenalina, la emoción recorriéndome el cuerpo, la euforia. Sigo llorando con fuerza, pero esta vez sonrío y no me lo pienso antes de hacer el segundo corte. Me arrepiento un poco en ese momento, pero sé que debo seguir y, antes de que quiera darme cuenta, estoy llena de pelo y mi perro se acerca a mí para lamerme la cara y ladrar con insistencia.

Tardo poco en escuchar unos nudillos golpeando mi puerta y la voz de Darío:

—Jimena, voy a entrar —informa, y, antes de que pueda decir nada, el chico ya está dentro.

Me pongo de pie como un resorte y me aparto las lágrimas de los ojos.

—¿Estoy guapa o qué? —pregunto.

Mi hermanastro alza las cejas, sorprendido.

—Muy guapa, claro, te queda muy bien el corte de pelo.

Me obligo a sonreír.

—A mí no me gusta. Pensaba que sí, pero no. ¿Podemos ir a la peluquería a que lo arreglen? —pregunto, cogiendo una gorra y poniéndomela en la cabeza.

—Claro —dice mi hermanastro sin hacer más preguntas—. Vámonos.

De camino a la peluquería, le mando un mensaje a Cata:

JIMENA

¿Podemos hablar?

JIMENA

Siento mucho todo lo que ha pasado. Me he cortado el pelo y quería que lo vieras tú primero. Hay tantas cosas que quiero que veas tu primero...

JIMENA

Te fallé el día de tu cumpleaños. Tendría que haber estado ahí y no estuve. No me atreví a hablar contigo ni a decirte la verdad. Desde entonces, no he dejado de mentirte. Me he fallado a mí misma. No quiero seguir teniendo miedo, no quiero seguir

fallándome. Eres mi mejor amiga. Quiero hablar contigo. Te quiero.

27. CATA

Easy To Love, The Jezabels

—*¡Este es Montesco!* —exclama Mencía, a mi lado, sosteniendo un enorme palo de madera afilado que utilizamos a modo de espada—. *El atrevido desterrado, el asesino de Teobaldo. Cesa, infame Montesco; ¿no basta la muerte para detener tu venganza y tus furores?*

Alguien encuentra graciosa la manera de hablar de mi amiga, porque escucho una risa entre nuestro público mientras yo aprieto con más fuerza mi palo, esperando a que llegue mi momento de entrar en escena.

Esta última semana, hacer ensayos de la obra ha sido prácticamente imposible. Y ha sido tanto culpa de Jimena como mía. Pero ayer ella me mandó un mensaje y hoy ha aparecido con ese corte de pelo tan radical, por la línea de su mandíbula, y que se ha convertido en el único tema de conversación en el instituto, y al llegar a clase la profesora nos ha dicho que ensayaríamos la escena final, así que, no sé, tengo una falsa catana en la mano y me estoy dejando llevar.

—*¿Por qué no te rindes, malvado proscrito? Sígueme, que has de morir* —continúa hablando Mencía, con las mejillas encendidas por el esfuerzo y el sudor perlando su frente.

Esa última frase es mi señal.

Entro en escena, catana en mano, y me coloco frente a ella de un salto.

—*Conde Paris, a morir vengo. Huye de mí: déjame. Te quiero más de lo que tú puedes quererte. He venido a luchar conmigo mismo. Huye, si quieres salvar la vida.*

Mencía estalla en carcajadas y hace un movimiento la mar de curioso con el palo de madera alrededor de su cabeza.

—*¡Vil desterrado!* —exclama, moviendo el palo y colocándolo justo delante de mí—. *¡En vano son tus súplicas!*

—*¿Te empeñas en provocarme? Pues muere…*

Apenas hemos ensayado la coreografía de la escena de la pelea final, así que el resultado es cuanto menos gracioso. Mi amiga y yo nos limitamos a dar vueltas en círculos sobre nosotras mismas, a juntar las puntas de nuestras falsas espadas, a golpear y a gritar de vez en cuando.

Entonces Balma, interpretando al paje, entra en escena con la frase más graciosa de toda la obra:

—*¡Ay, Dios! Pelean: voy a pedir socorro.*

Pero ella no pide socorro. Tanto Balma como Mencía caen al suelo y yo me convierto en la única vencedora, con la falsa espada en la mano alzándose sobre mi cabeza como un trofeo y aceptando los aplausos de mis compañeras.

La escena en la obra original es un poco más larga, pero aquí nos la saltamos y la juntamos con la siguiente, cuando yo, Romeo, encuentro a Julieta tumbada en el suelo y rodeada de flores de papel simulando una tumba.

Jimena lleva todo este tiempo esperando a que acabemos de pelearnos y está tumbada a nuestro lado, con las flores alrededor de su cabeza, los brazos en cruz sobre su pecho y los ojos cerrados. Me arrodillo sobre ella ante la mirada expectante de toda la clase.

—*¡Habla, vive!* —Me aferro a sus brazos colocados sobre su pecho—. *Sí, ¡aún podemos ser felices! Mi buena, propicia estrella, me indemniza el presente de todos los pasados sufrimientos. Levántate, levántate, Julieta mía.* —Tiro de su cuerpo con fuerza hasta levantarla y constreñirla

contra mí—. *Levántate de este antro de la muerte, de esta mansión de horror, transpórtate sin demora a los brazos de tu Romeo.*

—*¡Dios mío!* —Jimena abre los ojos—. *¡Qué frío hace! ¿Quién está ahí?*

—*Tu esposo, tu Romeo, Julieta; vuelto de la desesperación a una inefable alegría. Deja, deja este lugar y huyamos juntos.*

Me alzo, y ella, como un resorte, hace lo mismo y se pone de pie siguiendo el tirón de mi brazo. A nuestro alrededor, toda la clase guarda silencio.

—*¿Por qué así me violentáis? Jamás consentiré. ¡Romeo es mi consorte!* —exclama ella con la voz trémula.

—*¡Ese Romeo soy yo!* —replico, cogiendo sus manos y acercándolas a mi pecho—. *Ni todo el contrario poder de la tierra o de los hombres romperá nuestro vínculo, ni te arrancará de mi corazón.*

—*Yo conozco esa voz; su mágica dulzura despierta mi suspenso espíritu. Ahora recuerdo bien todos los pormenores. ¡Oh! ¡Mi dueño, mi esposo!* Joder, qué heavy que hable de él todo el tiempo como su dueño. ¿Esto lo podemos cambiar?

El comentario de Jimena rompe un poco el momento y escucho a Mencía reírse. La profesora carraspea antes de responder.

—Claro, sabéis que podéis cambiar todo lo que queráis.

—Bien. *¡¿Huyes de mí, Romeo?! Deja que toque tu mano y que guste el cordial de tus labios.* —Jimena se acerca a mí, roza mis labios y acerca mi cara a la suya para besarme, aun sin llegar a hacerlo.

—Yo no entiendo nada —dice Geno al tiempo que suena el timbre que indica el final de la clase, interrumpiéndonos—. Estas dos se agarran de los pelos, se insultan por TikTok y después están a punto de comerse la boca.

Jimena se separa de mí inmediatamente al escucharla y se ríe. La profesora, que también ha sonreído, es la primera en estallar en aplausos. Pronto le sigue toda la clase.

—Juventud, divino tesoro —suspira la profesora—. ¡Brillante, chicas! ¡Ha sido sensacional! Casi me hacéis llorar.

Aunque estemos separadas, la mano de Jimena sigue rozando la mía.

—Una pena que se haya acabado la clase. Vamos, chicas, recoged —comenta.

Nuestras compañeras recuerdan que es la hora del patio y se apresuran a recoger sus cosas.

—Esto… —murmura Jimena entonces—. ¿Podríamos quedarnos en el aula durante el descanso? Estamos a punto de acabar la escena y me gustaría que probáramos a hacerla del tirón, aunque sea con menos intensidad.

Su petición nos sorprende tanto a mí como a la profesora.

—Claro. Lo único es que tengo que hacer guardia en un examen, así que no me podré quedar. ¿Os importaría ensayar solas?

—No…, a mí no me importa —digo yo, sorprendiéndome a mí misma.

—A mí tampoco.

—Bien, pues ensayad aquí y ya volveré yo antes de que se acabe el patio para cerrar la clase.

Me despido con la mano de Mencía y Brianda, que abandonan la clase junto al resto de compañeras, que sé que desearían quedarse a ver si por un casual Jimena y yo discutimos.

—*¡¿Huyes de mí, Romeo?!* —exclama ella cuando nos quedamos solas—. *Deja que toque tu mano y que guste el cordial de tus labios.* —Coloco sus manos contra mi pecho y ella las besa, haciendo que mi cuerpo se estremezca y mis ojos se llenen de lágrimas.

—*¡Oh! No puedo; estoy sin fuerzas; por el contrario, necesito tu débil apoyo.* —Me dejo caer

en el suelo y ella cae conmigo, porque no me suelta—. *¡Cruel veneno!*

—*¡Veneno! ¿Qué dices…, amor mío? Tu balbuciente voz, tus labios descoloridos, tu errante mirada*. —Los ojos se le llenan de lágrimas a ella también—. *¡En tu faz está la muerte!*

—*Sí lo está: lucho al presente con ella.* —Se me quiebra la voz—. *Los transportes que he sentido al oírte hablar, al verte abrir los ojos, han detenido un breve instante su impetuoso curso… El veneno corre por mis venas.*

—*Tú deliras, apóyate sobre mi pecho* —dice ella, saltándose unas cuantas líneas, y yo obedezco. Siento el latido de su corazón en el mío, moviéndome entera a un ritmo acelerado.

—*Extenuadas están mis fuerzas. Entre la muerte y el amor, disputado vaga mi ser.*

—*Nuestras almas nacieron gemelas* —decimos a la vez. Y ella coge mi cabeza con sus manos frías como témpanos de hielo para darme un beso en la frente.

Es un beso de despedida.

La escena acaba ahí, pero yo no quiero que el hechizo se rompa, quiero seguir sintiéndola tan cerca, así que apuro cada segundo. Finalmente, Jimena se separa de mí y se incorpora, todavía sentada en el suelo de la clase.

—Esto ha sido la hostia —murmura.

—Somos unas malditas genios —añado yo.

—¡Y que lo digas! Esta gente de clase no nos llega ni a la altura de los zapatos. Madre mía, ¡tendríamos que estar en Broadway, Cat! ¡Hemos nacido para esto! —La chica se deja llevar por la euforia y me contagia su risa.

—¡Ya ves! No me creo que vayamos a dejar a la gente ver esto gratis…

—Estoy harta de que perdamos dinero todo el rato. —Se ríe.

Clavo mis ojos en los suyos y el hechizo se rompe del todo. No somos Romeo y Julieta. Ni siquiera somos Cata y Jimena. Llevamos mucho tiempo sin serlo y ahora me duele más que nunca. Mi amiga se mesa el cabello detrás de la oreja.

—Esto… Jimena, que no te lo he dicho, estás muy guapa con el corte de pelo. —Alzo la voz —. Pero no te pega con el personaje.

—Pues perdón por no ser Julieta —masculla ella, sonriendo de medio lado.

—Me hizo mucha ilusión recibir tu mensaje, de verdad. Lo leí cuarenta veces, pero no supe cómo responder. —Hago de tripas corazón—. Siento mucho haberte hecho ghosting. Yo… Siento muchísimo todo lo que te he hecho estos meses. Siento no haber hablado contigo cuando tenía que hacerlo, siento mucho haberte pegado en la fiesta y siento haber dejado que hablaran mal de ti en clase.

—Yo también lo siento, Cata —responde ella, mirándome a los ojos y acercándose más a mí —. ¿Quieres que hablemos?

—No lo sé. —Me encojo de hombros.

Sí que me gustaría hablar con ella, solucionarlo. Mataría por hacerlo. Pero el problema de hablar con tu mejor amiga es que siempre sabes cómo empiezan las conversaciones, pero nunca sabes cómo acaban.

Siempre me pasa lo mismo con Jimena. Empezamos a hablar, pero pierdo el control enseguida y llego a sitios que no quería sacar a la luz.

—¿Sabes? He estado pensando mucho en lo que me dijiste hace unas semanas, cuando discutimos por León… Me dijiste que yo no sabía lo difícil que era querer a alguien, ¿recuerdas? —No estoy segura de si me gusta el rumbo de la conversación, pero dejo que siga hablando—. Yo nunca he tenido pareja, Cata. Nunca he querido a nadie… Así… No sé si algún día tendré interés en ello. Pero sí que he querido a personas. Te quiero a ti, Cata. Eres la persona a la que

más quiero en el mundo, y siento no habértelo dicho entonces y haber permitido que acabemos así…

Las lágrimas caen por mis mejillas, dividiéndome el rostro.

—¿Y ahora entiendes lo que te dije? Lo de que era difícil… —pregunto con un hilo de voz.

Ella suelta una carcajada.

—Sí…, joder, claro que lo entiendo. Estas semanas han sido las peores de mi vida, Cat. Pero… pero no ha sido por ti, ¿vale? No ha sido por ti. Quererte a ti no tiene nada de difícil. Te lo prometo.

Quiero romper el espacio y abrazarla, y que repita eso, pero al mismo tiempo siento tantísimas cosas en mi interior que no puedo reaccionar. Soy incapaz de ponerle nombre a mis emociones. Me siento…

Me siento feliz de tenerla a mi lado. Aliviada. Cansada. Triste. Y enfadada. Sobre todo enfadada. Siento la ira en mi interior pitando y vibrando como una bomba de relojería. Estoy enfadada. Estoy jodidamente enfadada.

—Ha sido culpa tuya —digo, masticando cada palabra.

—¿Qué? —pregunta ella, confundida.

—¡Todo! Tú… —la voz me tiembla descontrolada mientras Jimena intenta acercarse a mí; la rechazo—. Tú… Desde el principio, ¡desde que me dejaste sola en mi cumpleaños!

—¡Ya sabes por qué lo hice! ¡Y eso no fue culpa mía! —grita ella.

—Lo sé… Lo sé… Pero tú… Se suponía que… se suponía que me iba a quedar a dormir a tu casa, Jimena. Las gemelas y yo nos quedaríamos en tu casa y haríamos una puñetera fiesta de pijamas.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—¡El día de la fiesta! ¡El día de la fiesta en el local de mierda de los amigos del novio de tu hermano! ¿Por qué de repente te preocupas más por ellos que por mí? ¿Por qué de repente quieres pasar más tiempo con ellos que conmigo?

Jimena frunce el ceño.

—Eso no es cierto, Cata…

—¡Yo no quería ir a la fiesta! —grito—. Os lo dije, joder. Yo os lo dije. ¡Os dije que no quería ir! Pero os importó una mierda y fuimos.

—Cata… —Jimena intenta tocarme, pero yo me vuelvo a apartar.

Creo que sé en lo que está pensando. Se lo veo en los ojos. Sé en qué está pensando porque yo estoy pensando lo mismo.

Joder…, no quiero que me mire. No quiero que piense eso. No quiero que lo sepa, pero abro la boca y sé que voy a decirlo, porque es algo que llevo diciéndome a mí misma mucho tiempo y ahora que le doy la oportunidad aprovecha para brotar de mí.

—Esa noche me acosté con León, y yo no quería hacerlo. No quería.

—La noche antes de que fuese a tu casa con la pastilla. —No respondo a eso porque no es una pregunta, sino una afirmación.

—Yo… No sé cómo pasó, no sé por qué lo hizo, porque esa noche nosotros ya… no nos habíamos acostado realmente, pero ya… ya habíamos hecho cosas esa noche cuando llegamos a casa. Sé que él había bebido y estaba triste, pero lo arreglamos. Lo arreglamos todo y nos fuimos a dormir. Yo… yo estaba durmiendo, Jimena. —Se me quiebra la voz y niego con la cabeza—. Yo estaba durmiendo, y él me despertó porque me estaba… tocando… y…. Le dije que no quería, Jimena. De verdad. Se lo dije por lo menos cuatro veces. Pero… no lo aparté. Tendría que haberlo apartado, pero no lo hice porque a mí solo me apetecía seguir durmiendo, así que

simplemente cedí. Y no… no me lo quito de la cabeza, Jimena. No puedo enfadarme con él, no puedo dejarlo, no puedo hacer nada porque no me lo quito de la cabeza… Estoy tan enfadada… Y sé que es injusto, pero no dejo de pensar en que esa noche íbamos a hacer una fiesta de pijamas las cuatro juntas. Intento… Te prometo que intento pensar con claridad, pero solo dejo de pensar en que todo lo malo ha sido por eso. Que si lo hubiese hecho diferente… todo habría cambiado.

Jimena rompe a llorar de violentamente que no he visto nunca y se abalanza hacia mí para estrecharme contra sus brazos.

—Perdón —dice contra mi oído—. Perdóname, Cata. Perdóname.

Dejo que sus palabras calen, aunque no las merezca porque en el fondo de mi corazón sé que no me tiene que pedir perdón.

—No fue culpa tuya. Perdón por haberlo dicho —sollozo.

—Yo… en tu cumpleaños… te dije que había intentado besarme, Cata, pero… no fue así. No fue solo eso. Me… me… tocó.

—¿Qué? —inquiero separándome un poco de ella, sin dar crédito.

—Cata, si te lo hubiera dicho…, te lo tendría que haber dicho…, si te lo hubiera dicho, quizás las cosas habrían sido distintas.

Por unos momentos lo pienso yo también y quiero gritar, ciega por el enfado.

—No pienses eso —digo finalmente—. No ha sido culpa tuya. No ha sido culpa tuya.

PARTE 3

28. JIMENA

Andar Conmigo, Julieta Venegas

RAISA
Estaré en tu casa en 20 minutos.

Mi profesora particular de matemáticas me manda este mensaje el viernes por la tarde sin opción a réplica. No es la primera vez que me escribe esta semana. Sé que lo hace con buena intención, pero empieza a ser irritante que haya tanta gente preocupada por mi estado. Sé que, si yo viese mi vida desde fuera, también estaría preocupada, pero… Odio parecer tan débil y necesitada.

Mi mente sigue en el aula del instituto, en ese ensayo de Romeo y Julieta. Después de lo que me contó, Cata y yo nos prometimos permanecer unidas, hablar las cosas bien y tomar decisiones. Pero ha pasado un día y no hemos hablado. En clase, nos comportamos como dos compañeras que hace mucho que dejaron de ser amigas. Unas ocho veces al día, nos preguntan por nuestra disputa en redes y por León. Nosotras nos limitamos a no responder. Por lo menos no han vuelto a dejarme un mensaje malintencionado en mi mesa.

Raisa aparece puntual a las seis de la tarde. Lleva el pelo negro y rizado suelto, larguísimo (verlo me da una envidia tremenda, ¡cuánto echo de menos mi pelo largo!), cayendo por encima de sus hombros, un jersey rojo y unos pantalones militares. La mochila cuelga de su hombro.

—Hola —la saludo.

Ella frunce el ceño.

—Vaya, sí que te has cortado el pelo… Estás guapísima, Jimena.

—No lo tengo tan claro…

—De verdad. Te queda genial.

—Creo que aún tengo que acostumbrarme, me siento muy poco yo misma…

La chica no dice nada, saluda a Óscar y entra en casa. Hoy Darío y yo volvemos a estar solos (con Ana, la mujer que se encarga de cuidar la casa). Papá está teniendo unos días bastante ajetreados con reuniones de trabajo y, cuando tiene que hacer algún viaje, Alma va con él. A mí me gusta esta tranquilidad, no me quejo.

Sin embargo, sí que hay algo que me perturba de estos días calmados y silenciosos, algo que se queda en mi piel y me irrita más que la urticaria: sé que se acabarán pronto. En cuanto Cata y yo hablemos, toda esta falsa tranquilidad desaparecerá.

—¿Qué tal todo? —Raisa tantea el terreno como puede, pero creo que enseguida se da cuenta de que hoy sacará poco de mí.

—Bien.

—¿Y tú?

—Bien también.

Esta es nuestra única conversación al inicio de la clase, antes de que empecemos a repasar los contenidos de la clase de matemáticas de cara al próximo examen, que espero aprobar.

—Yo creo que lo llevas bien, niña —sentencia Raisa.

—Todo gracias a ti.

—Evidentemente.

Sonrío.

—Sé que mañana es tu cumpleaños, pero no esperes que vuelva a darte un regalo adelantado —mascullo—. Mañana te felicitaré y ya está.

—Ay, Jimena… ¿Nos tomamos un café, por lo menos?

Suspiro, pero termino por asentir con la cabeza y las dos nos movemos hasta la cocina. Raisa escoge un café de caramelo y yo, uno solo, negro como mi alma.

—¿Y hoy qué quieres? ¿Consolarme, regañarme, compartir tu sabiduría o cotillear? —pregunto, cortante.

—¿Tengo que elegir una de todas?

Me río, porque aunque sea la persona más borde del planeta, Raisa nunca se enfada.

—Quería hablar contigo un rato y ya está, echo de menos cuando tenía que hacerte callar para que me atendieras en clase…

Sonreímos a la vez.

—¿Te das cuenta del gran salto generacional que hay entre nosotras? Estoy segura de que nunca discutirías con nadie por TikTok —digo—. Eso lo sabes, ¿no?

—Salva es muy cotilla, me lo enseñó. Aunque para qué engañarnos, me hago la guay, pero jamás me metería en una bronca así. Sin contar la de los murales…

—¡Tu enfrentamiento con los grafiteros! Algún día tienes que contar bien esa historia… A Cata y a mí, sí, se nos fue un poco de las manos… Mucha gente de mi clase… cree que le he intentado robar el novio y que por eso ella se ha enfadado conmigo. —Me duele decirlo, pero más me duele la cara que pone ella, de lástima—. Creen que estoy colgada por él y que intenté besarlo. Me han escrito cosas un poco feas…

—Menuda mierda.

—Sí… Después Cata borró su tiktok, el que lo empezó todo, creo que porque se lo dijo León.

—Tremendo imbécil…

—No te haces una idea. De verdad que no. Yo… Bueno, fui al instituto de Darío y León me vio y se puso a gritarme.

Raisa abre mucho los ojos.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí. Joder… Todavía me da vergüenza el susto que me dio. Me eché a llorar, Raisa. Delante de todo el mundo. Darío también se asustó, el pobre. Se metió por medio para protegerme y tal… Me dijo que se lo tenía que contar a mi padre.

—¡Por fin estoy de acuerdo con él en algo! ¿Y ya se lo has dicho?

Ya está. Esta es la Raisa que conozco y que a veces me saca de quicio, la que no puede evitar decirte qué debes hacer.

—Todavía no. Darío me dijo que o lo contaba yo o lo haría él —le explico, y las facciones de su rostro se suavizan de nuevo—. Pero me está dando tiempo para aclararme un poco antes.

—Sí. Tómate el tiempo que necesites. —Raisa me agarra la mano con dulzura.

—He hablado con Cata. Ella también necesita tiempo, pero creo que lo vamos a arreglar.

—Me alegro muchísimo. —Sonríe.

—Darío tiene que estar al caer también. Hoy Salva se queda a dormir en casa. —Raisa tuerce el gesto y yo contengo la risa—. ¡No pongas esa cara! ¡Son novios, Raisa! Por cierto, ¿cómo van las cosas en tu *chupipandi*?

—¿Te refieres a cómo van las cosas después de la crisis que creaste?

Ahora sí que me río.

—Sí, me refiero a eso —digo metiéndome lo que queda de mi pelo detrás de la oreja y

sonriendo con suficiencia.

—Pues mal, tía, mal.

—Me dijo Darío que nadie se atreve a hablar del tema con ellos.

—Somos unos malditos cobardes…

—¿Al final Isaac y Salva los han seguido, como me contaste?

—Sí. —Suspira—. Hemos caído muy bajo, lo sé. También he intentado tantear el terreno con Jonathan, pero solo dice que queda tanto con Pelayo por el trabajo.

—Bueno, y será verdad, lo que tenéis que hacer es preguntarle si hacen algo más que trabajar…

—¡No es tan fácil! ¡No sé, no me sale preguntarles…!

Sigo riéndome hasta que Raisa suspira y después me mira directamente a los ojos para decir:

—Puedes quedar con nosotros cuando quieras, Jimena.

—Lo sé. —Con la mano señalo mi corte en la ceja y sonrío.

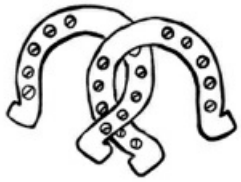
—Vale, corazón. Hablamos mañana y me felicitas bien, ¿vale?

Asiento.

—¿No quieres esperar a Darío y Salva? Llegan enseguida.

Raisa frunce el ceño y niega con la cabeza mientras termina de recoger todas sus cosas.

Se despide una vez más de mi perro y me da un beso en la mejilla antes de marcharse.



Esta noche he podido ver todas las horas cambiando en el reloj. A las seis de la mañana, sigo teniendo un nudo en el estómago, pero he asumido mi insomnio y decido levantarme y mandarle un mensaje a Raisa.

JIMENA

¡¡¡Muchisimas felicidades!!!!

Espero que disfrutes mucho del día. Gracias por haberte convertido en una gran amiga para mí.

También respondo el mensaje que me ha mandado Cata.

CATA

Hoy hablaré con León.

JIMENA

Suerte. Estoy contigo para lo que necesites. Hablamos.

Te quiero

Desde que lo he leído no puedo dejar de pensar en esa conversación que van a tener. En cómo estará ella, cómo estará él, qué se dirán.

Tengo la garganta pastosa, así que decido ir a la cocina a por un vaso de agua. Me ilumino con

la linterna del móvil por el pasillo de casa y casi grito cuando me doy cuenta de que la luz de la cocina está encendida y hay alguien dentro.

—¡¡Ahhh!! —grita la figura de la cocina y da un salto que hace que casi se le caiga la taza que lleva en la mano—. ¡Me cago en mi puta vida! ¡Qué susto me has dado!

—¡¿Yo, un susto?! ¡Un susto me has dado tú a mí!

Salva respira hondo. Lleva unos pantalones con dibujos de los Simpson y una camiseta de color rojo corta por debajo de su pecho y que deja su cintura al descubierto.

—Perdón, perdón —dice Salva, bajando la voz—. Nos hemos asustado mutuamente y ya está.

—¿Qué haces aquí? Son las seis de la mañana…

El chico se rasca la nuca.

—Preparar una infusión para Darío. Ha pasado una mala noche. Ya sabes, con pesadillas y tal. He pensado que tomar una tila calentita le vendría bien.

Asiento, rebajando mis pulsaciones.

Miro la taza otra vez.

—¿Y cómo lo has preparado, si puede saberse?

Salva frunce el ceño.

—Pues en el microondas —responde, como si fuera obvio.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Para qué crees que tenemos una tetera?

—¡¿Crees que sé dónde está la tetera?! ¡Que son las seis de la mañana, Jimena!

Me coloco el dedo índice en el labio para hacerlo callar, señalando que efectivamente son las seis de la mañana y que no deberíamos estar gritándonos, especialmente si Darío está intranquilo.

Meneo la cabeza.

—Oye, ¿y tú qué haces despierta a estas horas un sábado? —pregunta Salva mirándome con preocupación—. ¿Tampoco has dormido bien?

Niego con la cabeza.

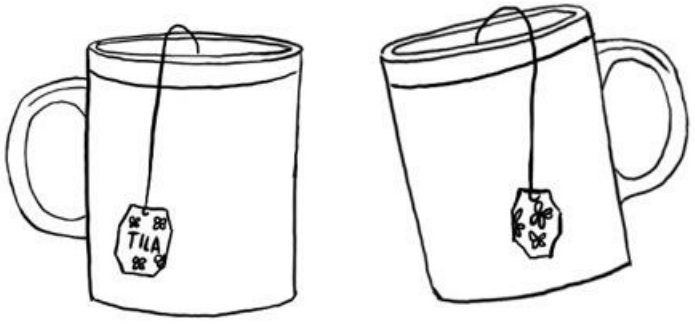
—Pues ten. —Me tiende una de las dos tazas que había preparado—. Tómate la infusión.

El calor que emana de la taza al contactar con mis manos me reconforta, y después Salva me toca el hombro cariñosamente.

—Creo que luego bajaremos al sofá a ver una película. Te esperamos.

Sonrío de nuevo.

Los dos nos encaminamos cada uno a una habitación, y, para mi sorpresa, la infusión me hace sentir un poco mejor.


TILA

CHAT CATA-JIMENA

.

Hoy

21:00

CATA
Qué has hecho hoy?

JIMENA
Nada. Salva se ha quedado a dormir en casa y hems estado viendo películas en el sofá los tres todo el día.

CATA
Qué películas???

JIMENA
Pfffff Ratatuille, Solo en casa y La princesa prometida. Variadito.

CATA
Me encanta La princesa prometida.

JIMENA
¿Te puedes creer que Darío no la había visto?

CATA
WOW. Yo hoy he quedado con León, porque es San Valentín. Quería hablar con él pero no he podido decirle nada porque es San Valentín.

JIMENA
¿Quieres que vaya contigo?

CATA
Yo no. Tendría que haber cancelado el plan o haber hablado con él de todas formas.

JIMENA
No te machaques.

CATA
Ha sido horrible. Estar con él. Los días después de lo que pasó... podía hacerlo. Podía estar com él. Era capaz de olvidarlo o convencerme de que no había sido nada, pero ya no puedo más.

JIMENA
Suena durísimo. Lo siento mucho.

CATA
Mañana hablaré con él. De verdad. Estoy cagada de miedo.

JIMENA
¿Quieres que vaya contigo?

CATA
No, gracias. Prefiero estar a solas con él.

JIMENA
Vale, pero nos veremos en cuanto acabes, ¿quieres? Estoy contigo.

CATA
Vale. Nos veremos después.

29. CATA

Love Is a Losing Game, Amy Winehouse

Desde que estamos juntos, he adquirido superpoderes: lo huelo en el aire mucho antes de que cruce la esquina, siento su tacto en mi piel antes de que él me acaricie, soy capaz de adivinar su mano colocándome el mechón de pelo rebelde detrás de la oreja y preveo cada una de sus palabras o el tono en el que las dirá antes de que frunza el ceño y abra la boca.

Lo siento a mi lado antes de que él aparezca, y su presencia sigue conmigo mucho después de que se vaya.

Hemos quedado en la boca del metro justo delante del centro comercial, porque León quiere aprovechar y comprarse unas zapatillas nuevas.

Mientras lo espero, intento hacerme a la idea de lo que está a punto de pasar, pero siento que es inútil. No soy capaz de imaginarlo, ni lo que diré yo ni lo que dirá él.

León aparece entonces. Lleva el pelo suelto, que le cae a los dos lados de la cara hasta casi los hombros, con ese rubio que siempre me ha vuelto loca.

Su camiseta violeta claro debe ser nueva, pero la cazadora negra se la conozco bien. Sonríe. Sonríe solo para mí. Y yo sonrío antes de que él lo demande con su mirada y me acerco antes de que lo haga él.

En cuanto me ve, acerca sus manos a mi cintura y me aproxima a él para darme un beso en la boca.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—¿Entramos? —pregunta León.

—¿Qué?

—Al centro comercial, a por las zapatillas. Últimamente tienes la cabeza en las nubes, Gallina Catalina.

—Perdón, sí, pero… ¿podemos hablar un momento? Ahí hay un banco, igual nos podemos sentar y hablar… —Las palabras se entremezclan en mi cabeza y no logro formar un discurso coherente.

—Claro, princesa. —Me coge de la mano, entrelazando sus dedos con los míos, y se sienta conmigo.

—León… Tengo que decirte algo. Esto… Hace unas semanas pasó una cosa y no te lo he contado, pero lo tenemos que hablar porque estuvo mal. Estuvo fatal…

Mi novio me suelta y parpadea despacio. Todos esos nuevos sentidos que he desarrollado a su lado se activan y me avisan del peligro, pero yo ya no puedo hacerles caso.

—¿De qué hablas, Cata? —León frunce el ceño, y yo sé que tendría que acercarme a él, acariciarle el rostro e intentar calmarlo…. En vez de eso me echo un poco hacia detrás y él arruga la nariz, confundido.

—Yo… ¿Te acuerdas de la noche en la que estuve en la fiesta de los amigos de Darío? Nosotros… nos acostamos —balbuceo—. Yo… Tú… tú me despertaste para acostarte conmigo. ¿Te acuerdas?

—Supongo que sí. —Sé que está confundido porque yo también lo estoy y siento la punzada de vergüenza y de culpabilidad atravesándome el corazón instantáneamente—. Yo… León, no quería acostarme contigo esa noche. Estaba durmiendo. No… No quería hacerlo.

El chico se pone de pie como si hubiese recibido un calambrazo. Y yo sigo sentada en el banco, mirándolo, de abajo arriba.

—¿Qué dices? No me dijiste que no querías hacerlo.

—Te dije que no, León.

—¡No es verdad!

Me pongo de pie para poder estar a su altura.

—Te dije que no varias veces, León, y te acuerdas. Aunque estuvieses borracho.

—Vale, Cata, es verdad que me dijiste que no, pero después me besaste, ¡joder! Me seguiste el juego, Cata. Me besaste y me seguiste el juego. ¡Querías hacerlo! ¡Nos lo estábamos pasando bien! —Acerca su mano a mi hombro y yo me alejo—. ¡No te apartes, Cata! Joder, no te apartes como si te estuviera haciendo daño.

—Ya sé que no me estás haciendo daño —digo, pero me cubro el cuerpo con las manos y siento las lágrimas anegándome los ojos.

Soy estúpida. Esto es lo peor que podría hacer: mostrarme débil. Lo que necesita León ahora es calma, y no que me aparte y que lo haga sentir aún más mala persona. Tendría que respirar hondo, tranquilizarme, actuar como sé que debo hacerlo.

Pero no puedo. No puedo.

—¡Joder, pues no te eches a llorar! —grita León—. Cata, me besaste, reconoce que me besaste.

—Sí, te besé… —digo, porque es cierto. Porque le dije que no y después lo besé.

—Pues entonces es normal que entendiera que habías cambiado de opinión, joder. ¡A veces cambias de opinión! Joder, yo nunca te haría daño.

Yo no cambié de opinión y él ya me ha hecho daño.

—No cambié de opinión, aunque te besara —digo firmemente, y él capta esa firmeza.

—Bueno, pues entonces fue un malentendido, lo que no tiene sentido es que me lo digas ahora, tanto tiempo después, y me acuses de algo…

—No te estoy acusando de nada. —Niego con la cabeza.

—Ah, ¿no?

—No. Y si me dejaras hablar…

—Te estoy dejando hablar, Cata.

—Yo… Tú… Tú ni siquiera te pusiste condón, León.

—No me dijiste que me pusiera condón.

—Yo…

—¿Cómo voy a adivinar que quieres que me ponga condón si no me lo dices? —insiste él, y yo quiero frenarlas, pero mis lágrimas se deslizan por mis mejillas hasta inundarme los labios.

—Deja de llorar, Cata —repite León.

Hay una habitación especial en algún lugar de mi mente que acumula todas las veces en las que me ha dicho que deje de llorar en vez de darme un abrazo cuando lo necesitaba. Y, aun así, siempre que me he echado a llorar he seguido esperando un abrazo que él jamás será capaz de darme.

—Quieres cortar conmigo, ¿verdad? —insiste León—. Si quieres cortar conmigo, haz el favor de hacerlo, pero no te pongas a llorar y a montar un numerito como una niñata.

—No me estoy comportando como una niñata y no quiero cortar contigo, León. He venido para hablar contigo porque me siento incómoda y me siento mal porque te acostaste conmigo sin mi consentimiento, León. Tú estabas borracho y yo te besé, pero te dije que no y tú seguiste. —Intento ser firme, pero la voz se me quiebra.

—¿Qué me acosté contigo sin tu…? —niega con la cabeza repetidamente—. Estoy flipando, Cat. Estoy puto flipando. Puedes hablar conmigo de lo que quieras cuando te calmes y cuando te comportes como una persona madura. Pero no vengas y me acuses de algo tan grave, cuando sabes que me podrías joder la vida con esta acusación… —León se da media vuelta para irse y yo lo agarro del brazo porque no quiero que se vaya, no así.

—Espera.

—No, Cata, no me espero. Es surrealista que me digas esto. Ya hablaremos cuando te tranquilices.

Reemprende el camino al lugar del que ha salido, y yo me siento en el banco, sola. Solo consigo mandarle un mensaje a Jimena antes de romper a llorar de nuevo.

30. JIMENA

Eso que tú me das, Jarabe de Palo

Cata no llora cuando voy a buscarla frente al centro comercial. Tampoco quiere que la abrace ni me cuenta nada de lo que ha pasado. Sé que ha ido mal, pero tampoco quiero hacer preguntas. Solo quiero estar con ella.

Al cabo de un rato sentadas en el banco, mi teléfono empieza a sonar. Lo cuelgo enseguida.

—¿Quién te llama? —pregunta Cata.

—Nada, es Raisa, que me ha dicho de ir a un... ¿Evento?

—¿Un evento? —Por la forma en la que lo dice, siento que he captado su atención.

—No es el evento que imaginas. Lo han organizado Jonathan y Pelayo, en el local del tío de Jonathan, ya sabes, al que fuimos... —Mi voz se deshace al recordar lo que sucedió esa noche y no sé si es demasiado pronto para regresar ahí—. Dicen que tienen algo que contar.

—Como digan que están liados, Brianda se va a llevar un disgusto…

—Miedo me da. —Río—. Estarán ellos dos, Salva, Darío, Isaac y Raisa. ¿Quieres venir?

—Reconozco que tengo un poco de curiosidad.

No hace falta que lo pensemos más. Las dos cogemos un taxi que nos lleva hasta el local del tío de Jonathan. Por el camino, le cuento a Cata todo el chisme que he recopilado hasta ahora.

—Mi hermano y Salva se liaron por primera vez en la fiesta, como nos contaron, pero después Salva lo convenció para venir hasta aquí en Halloween. Salva empezó a pintar grafitis con la palabra amor por toda Valencia, aquí, dejó uno; también en el instituto, al lado de un mural que hizo Raisa. ¡Y Raisa estuvo superenamorada de Salva! ¡Son mejores amigos desde siempre!— Me sabe mal airear las miserias de mi amiga, pero sé que hará que Cata se sienta un poco mejor. Al menos ahora sonríe.

—Pobrecita —masculla.

—Sí. Pero lo está superando.

—Y lo supera dándote clases particulares... Dándole clases particulares a la hermanastra del novio del chico del que lleva toda la vida enamorada.

—Sí. Ahora que lo dices, es verdad que suena un poco raro.

—Las dos sois bastante raras.

El taxista frena delante del local y siento que mis zapatillas Veja se me llenan de barro antes incluso de ponerme a andar. Menudo asco.

—¿Esta gente no me odiará mucho por el puñetazo que te di en la fiesta? —pregunta Cata—. Perdón otra vez por eso.

No me da tiempo a responder. Raisa aparece con el cabello negro y largo ondeando en su espalda.

—Jonathan no dejará que eclipses su momento odiándote —responde, y después nos sonríe a las dos—. ¿Vamos dentro?

Pero a pesar de sus palabras, sé que Cata está nerviosa, así que le doy la mano y la estrecho con fuerza.

El local está igual que la última vez. Hay menos gente, claro, por lo que se marcan más sus imperfecciones. La luz que entra por las ventanas es más natural, pero mantiene ese olor indescifrable que se me cuela por las fosas nasales e impregna cada poro de mi piel.

Darío se acerca para saludarnos, acompañado por Salva. Los dos fruncen un poco el ceño al verme porque no esperan que esté aquí. Sobre todo porque no esperan ver a Cata.

—¡Hola! —saludan.

—Gracias por invitarme —dice Cata rascándose la nuca. Ella sabe de sobra que no la han invitado, pero no hacen ningún comentario incómodo.

Isaac me saluda también y después lo hace Pelayo, con sus gafas un poco empañadas y la sonrisa en la cara. Se acerca a un mueble delante de la pared lisa del local y enciende un aparato que parece un proyector.

Jonathan hace su aparición. Tiene el cabello lleno de trenzas recogido en una coleta, una sudadera gris oscuro y unos pantalones vaqueros que casi se le caen mientras camina. Saluda a sus amigos y, lo que es más sorprendente, nos mira a Cata y a mí y sonríe, como si de verdad se alegrara de vernos. Con la cabeza, nos invita a sentarnos en unas sillas colocadas en el espacio, delante de la pared.

—Amigos, cayetanas, os hemos traído aquí Pelayo y yo porque vemos que hay algún tipo de problema de comunicación en el grupo o algo, y que, de ser así, tenemos una cosa de la que hablar y, sobre todo, que pediros explicaciones —dice y después mira a Pelayo—. Pff, lo estoy diciendo de puta pena. Pelayo, luego sigues tú. —A continuación, le da a un botón del proyector.

Una imagen aparece proyectándose en la pared, aunque no se ve bien porque Jonathan la está tapando.

—Jona, apártate, que no se ve —dice Raisa.

—Tú mira esto, reina mora, que es la prueba A —masculla él.

Entonces lo vemos con claridad: son Isaac y Salva, ataviados con una bufanda que les envuelve la cara, gorros y gafas de sol. Solo les falta los periódicos con dos agujeros. Estallo en carcajadas.

—Pelayo, pon la prueba B.

En la siguiente imagen, al lado de Isaac y Salva, se puede ver a Raisa que no lleva un periódico, pero sí una revista del corazón. Ahora la que se ríe, sin poder contenerse, es Cata.

—No, si aquí no se libra nadie. Pelayo, prueba C. —En esta nueva fotografía, vemos a los tres desde un nuevo ángulo.

Intento dejar de reírme y Cata me mira, cómplice. De repente, hemos vuelto a esas clases del instituto en las que las dos empezábamos a reírnos por alguna tontería y el profesor terminaba sacándonos fuera.

—¿Tienen los acusados algo que decir? ¡¿Por qué os ha dado por espiarnos a Pelayo y a mí?!

—Pues porque queríamos saber qué pasa entre vosotros —murmura Salva, enrojeciendo por completo.

—¡Lo sabía! —exclama Cata—. ¡Sabía que estaban juntos!

Mi amiga se tapa la boca de inmediato y sigue riendo mientras me dedica una mirada que quiere decir: «Pobre Brianda, va a estar destrozada».

—Bueno, si queríais saber algo, ¡¿por qué no nos lo habéis preguntado?! —insiste Jonathan. Pelayo se mueve, se acerca a él y quedan los dos delante de la imagen del proyector.

Ahora Cata y yo somos meras espectadoras.

—Pues porque es una cosa muy privada, tío —dice Isaac.

—Somos amigos, se supone que podemos hablar de cosas privadas —murmura Pelayo.

—¡No, es mejor espiarnos! —masculla Jonathan.

—¡En mi defensa diré que no fue idea mía! —exclama Salva.

—¿Cómo que no? —interviene Darío—. ¡Fue literalmente idea tuya!

—Chicos, ya sabemos que está fatal, de verdad —dice Raisa.

—Es que no sabíamos cómo afrontarlo... Nosotros, bueno, ¡fue Jimena! ¡Es culpa de Jimena! —Salva me incrimina y Jonathan me dedica una mirada de enfado, aunque sé que no es un enfado real. Yo me limito a poner los ojos en blanco—. Jimena nos preguntó que cuánto tiempo llevabais juntos, y nosotros nos rayamos que flipas y empezamos a pensar que nos estabais ocultando algo.

—¡Nunca os hemos ocultado nada! —alza la voz Pelayo.

Los murmullos que había en la sala cesan de golpe, y creo que todos contenemos el aliento preguntándonos si esta era la revelación que estábamos esperando.

—Entonces... vosotros... —murmura Darío.

—A ver, yo no diría que estamos saliendo-saliendo, pero... —empieza Pelayo.

—¿No? —pregunta Jonathan acercándose a él un poco más. Pelayo se coloca bien las gafas, que se han resbalado por el puente de su nariz, y carraspea. Lo mira como diciendo: «Mejor que hablemos esto en privado».

—Bueno, yo diría que estamos... viéndonos, ¿no? —insiste Pelayo—. ¡Pero no como amigos! Como más que amigos.

—Estamos viéndonos, pero no como amigos, sino como otra cosa que no tiene nombre, pero no es una amistad —continúa Jonathan —. Yo creo que queda claro. Y si no, ahora podéis hacernos tres preguntas.

Pero nadie parece listo para preguntar, todos están boquiabiertos.

—¿Cuánto tiempo lleváis... viéndoos? —hablo yo finalmente.

—Joder, es muy difícil responderte a esto... Llevamos poco.

—¿La semana después del día en el que quedamos para que vieras el hotel y tal...? Ese día nos dimos un beso.

—Hace un mes y, ¿cinco días…? —murmura Jonathan—. ¡Tampoco lo tengo en el calendario! —Se ríe—. Joder, tíos, ¿podéis dejar de poner esa cara tan rara?

—Perdón, esto es muy fuerte —murmura Salva.

—¿Vais en serio? —pregunto yo de nuevo.

—Chicos, cayetana junior está acabando con todas vuestras preguntas. ¿Y qué quieres que te responda a eso?

—No sé, en el hospital parecía que te llevabas muy bien con los padres de Pelayo... —Miro a Cata, que no entiende nada y le digo en voz baja—. El día de nuestra pelea, acabamos en el hospital porque a Pelayo le dio una reacción alérgica en el McDonald 's. Llegaron los padres de Pelayo y fueron a hablar con él directamente.

—Claro, nos llevamos bien, los padres de Pelayo son la polla. Los conozco del curro, no de que hayamos tenido una cena familiar, ¿eh? Tampoco flipéis.

Parece que Salva, Darío y el resto han vuelto a la vida.

—Pues me alegro muchísimo, tíos —dice Isaac. Desde luego, este chico no se caracteriza por hablar mucho, pero, en esta ocasión, esa frase es la única que necesitan escuchar para que la tensión desaparezca.

Todo se llena de risas y comentarios positivos, y muchísimas preguntas. Cata sigue riéndose, repitiendo que lo sbaía y hablándome de Brianda. Yo quiero unirme a la celebración también, pero entonces mi móvil vibra y, al ver el nombre de León en la pantalla, empiezo a temblar.

LEÓN

No vas a parar hasta que rompas mi relación con Cata, ¿verdad?

La garganta me arde y por mucho que intente concentrarme en mi respiración y regresar al momento que estoy viviendo, no lo consigo. Me pongo de pie y salgo del local.

León sigue escribiendo.

LEÓN

¿Qué pasa? ¿Estás rabiosa porque siempre la he preferido a ella?

Darío no se ha dado cuenta, pero Cata sí y parece que Raisa también porque siento la presencia de ambas detrás de mí.

LEÓN

Pues quédate tranquila, le has comido la cabeza pero bien.

Llegados a este punto, no hay nada que tenga que ocultarles o, sobre todo, sé que no hay nada que me merezca soportar sola. Así que les enseño la pantalla de mi móvil para que puedan ver lo que me está escribiendo. Con miedo, pero sin vergüenza.

LEÓN

Ojalá Cata se entere de lo zorra que eres.

Escucho la respiración entrecortada de Cata a mi lado, y la miro a ella y miro a Raisa en busca de consejo, aunque al final soy yo la que lo da:

—Cat, tenemos que hablar con nuestros padres.

31. CATA

Everything I've Ever Lost (is Coming Back), Marem Ladson

No pude conciliar el sueño en toda la noche. Supongo que en algún momento me quedé dormida, pero enseguida me desperté con el corazón desbordado. Mañana… u hoy, dependiendo de cómo se mire, por la mañana, antes de clase, hablaré con mis padres.

LEÓN
Ojalá Cata se entere de lo zorra que eres.

Cuando leímos ese mensaje, supimos que no había vuelta atrás. Raisa le dijo a Jimena que hiciera captura de pantalla de todos los mensajes que León le había mandado, por si acaso le daba por eliminarlos. Así que eso hizo mi amiga y, con un nudo en el corazón, tuve que ver todas las barbaridades que le había dicho desde Nochevieja.

Todo por mi culpa.

Todo por haber decidido salir con la peor persona posible.

La persona a la que voy a denunciar. Joder. Solo de pensarlo me invade un miedo pegajoso. Y por eso no puedo dormir, aunque sean las seis de la mañana y aunque me duelan los ojos y cada parte del cuerpo.

CATA
Jimena, estás despierta? Puedes llamarme?

Tarda poco en responder. Me acurruco en la cama y coloco el teléfono en mi oído, escuchando su voz.

—Estoy de los nervios, tía —es lo primero que le digo.

—Yo también. ¿En qué piensas?

—Yo… Pues… Pienso en que he estado buscando en internet cuál es el procedimiento para poner una denuncia y no he encontrado nada… En todas partes hablan de que hay que ir al médico, y yo no fui al médico.

Sí, eso es parte de lo que ocupa mi mente. Pero hay más cosas que no le digo.

No le digo que pienso que denunciar no va a servir de nada porque, si de veras quería hacerlo, tendría que haberlo hecho antes.

Pienso que, si de veras no quería acostarme con León esa noche, tendría que haber hecho todo lo posible para frenarlo. Tendría que haber dicho que no más veces, tendría que haber gritado, tendría que haberlo golpeado. Y si no di mi consentimiento, tendría que haberlo contado inmediatamente. Tendría que haber hablado con Jimena, con mis padres, con León… Y tendría que haber ido al hospital.

Es lo primero que aparece en internet.

Yo no fui al hospital y ahora es demasiado tarde. Todo esto es una estupidez y no va a servir de nada.

Pero eso no se lo digo a Jimena porque ella confía en mí y no quiero decepcionarla.

—No pasa nada, Cat —dice Jimena—. No pasa nada. Se lo contaremos a tus padres, iremos a

la policía y nos dirán qué hay que hacer. Hay un protocolo…

—¿Cómo voy a probar algo que ha ocurrido… en mi cama, con mi novio? No… No tiene sentido. Él… No me pegó. No me hizo nada. ¿De qué va a servir que lo denuncie?

Contengo las lágrimas mientras espero a que me responda.

—No pienses en eso ahora, lo vas a denunciar por ti y porque es lo correcto.

—Y León… No me parece bien hacer nada sin avisarle primero, sin pedirle su versión. —Se me quiebra la voz.

—Pero ya has hablado con él, Cat. Lo has intentado…

De hecho, ayer le escribí, pero dejó en visto mis mensajes.

—Ya, pero él no parecía entenderme y yo, no sé, igual podría intentarlo otra vez, prepararlo bien…

—No va a cambiar nada… —dice mi amiga, y sé que es verdad.

—Ya lo sé. Pero no quiero hacerle daño —confieso.

—Él te hizo daño a ti, Cata. —El corazón se me rompe un poco—. Y tú pretendes denunciarlo.

—Ya, ya lo sé, pero… ¿qué pasará después con él? ¿Qué harán en el insti cuando se enteren? Ya me han preguntado mil veces que si hemos dejado de salir…

—No lo sé, Cata… Sé que es una mierda, pero al final se cansarán. No durará para siempre.

Me aparto una lágrima de la cara y me quedo en silencio, escuchando su respiración al otro lado de la línea. Después, hablo por fin:

—Ayer no dejaba de pensar en lo bien que te queda este corte de pelo. No sé si te lo he dicho.

—Ya me lo has dicho, Cat, pero gracias.

—Siento mucho todas las cosas horribles que te ha dicho León. Siento no haberme puesto de tu parte.

Jimena calla y tarda un poco en decir:

—No pasa nada. De verdad. León es el único culpable. —Guardo silencio—. ¿Hablarás con tus padres después de clase o antes?

Respiro hondo.

—Antes. En menos de dos horas. Esta es la única mañana en la que desayuno con mis padres, y después mi primo vendrá a recogerme para ir al instituto… A una mala lo tendré de apoyo moral. —Sé que Jimena hace una mueca al otro lado del teléfono, pero yo lo digo de verdad, sé que Cayetano estará a mi lado—. Ya te contaré en el insti.

—Vale. ¿Quieres que… quieres que yo también hable con mi familia? Mi padre y Alma están en casa y podría hablar con ellos después de clase… Así… así podría denunciar yo también. Supongo que servirá para algo.

Se me corta la respiración.

Joder, vamos en serio. No hay vuelta atrás.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—Claro —dice.

—Vale. Me parece bien. Gracias.

—Bien… Esto, Cata, intenta dormir, ¿vale? Te veo mañana.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.



—Cata no se inventaría algo así —dice Cayetano.

En lo alto de las escaleras de mi casa, escucho a mis padres continuar con su discusión. Decir que la charla ha ido mal es quedarse corta. Una parte de mí ya estaba convencida de lo que iba a pasar, pero ha dolido igual.

—¡Pues claro que no! ¡No digo que se lo haya inventado! —exclama mamá—. Pero va a parecer que lo denuncia solo por llamar la atención.

—Si ella quiere denunciar, la tenéis que apoyar. Yo la apoyo —añade mi primo.

—No te digo que León no sea un caradura, no te digo que haya hecho daño a nuestra niña y te prometo que pagará por ello, pero es un error sacar estas cosas a la luz porque siempre te acaban salpicando en la cara —sigue papá—. Y la familia de León es amiga de nuestra familia. A tu padre tampoco le hará nada de gracia este asunto.

—¡¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto?!

—Que todos somos familia. Y a todos nos afecta, ¿no te enteras?

—¿Qué somos ahora? ¿Una puta mafia? —insiste Cayetano.

—¡Cállate! —estalla mi padre—. Joder, no te enteras de nada.

—Cata no tiene la culpa, y el que debe pagar es León, eso está claro, pero no va a conseguir nada de esta manera —escucho a mamá.

—La triste realidad es que no tiene pruebas. Sabemos cómo va esto… Nos pagarán algo en el mejor de los casos y después tendremos que aguantar los malos rollos para siempre.

—Pero ¡¿habéis escuchado lo que ha dicho?! ¡Joder, no sé cómo os preocupáis por quedar mal cuando León la ha…!

—¡León es su novio! —interrumpe mamá—. Fue su decisión estar con él, así que lo que ha pasado es responsabilidad de León, pero también de ella.

Siento un retortijón en el estómago y las náuseas que me sacuden el cuerpo. Cree que ha sido culpa mía. Mi madre dice algo después y Cayetano habla también, pero siento que tengo los oídos taponados. No oigo nada. A duras penas puedo respirar.

Subo hasta mi habitación y cierro de un portazo. Después le mando un mensaje a Jimena.

Voy a seguir con esto, le pese a quien le pese.

Al cabo de un rato, escucho unos nudillos golpeando la puerta de mi habitación, pero no quiero abrir a nadie.

—Soy Cayetano —escucho—. ¿Podemos hablar, Cat?

—No quiero. Lo siento —digo.

—Esto… Lo entiendo. No te preocupes. Quiero decirte que… Joder, no sabes cuánto siento todo lo que ha pasado.

No quiero verlo. No quiero ver a nadie.

—¡¿Acaso tienes culpa de algo?! ¡Joder, no me digas que lo sientes! ¡Es una puta gilipollez!

—Siento que hayas escuchado lo que han dicho tus padres, siento que hayan reaccionado como unas putas mierdas de personas y siento que yo no sea suficiente para cambiar tu experiencia, pero… yo estoy contigo, ¿vale? Cata, estás haciendo lo correcto. Y te quiero.

Como él ha dicho, no es suficiente y no lo será nunca, pero lo agradezco de todas formas.

CHAT CATA-JIMENA

Hoy

08:00

CATA
Se lo he dicho a mis padres. Ha ido fatal. No iré a clase.

JIMENA
Lo siento mucho. Te veo luego. ¿Sigues queriendo que hable con los míos y se lo cuente todo?

CATA
SÍ.

32. JIMENA

Like My Father, Jax

Siempre me ha resultado reconfortante el concepto de «mejor amiga». Se dice que los amigos no son como los hermanos, porque las amistades se eligen, pero yo siempre he tenido una idea distinta. Yo no elegí a Cata y ella tampoco me eligió a mí. El mundo nos puso simplemente la una al lado de la otra en clase y decidimos continuar juntas. Eso segundo sí que fue una elección: seguir creciendo juntas, dedicarnos tiempo.

«Mejor amiga» sonaba emocionante y adulto, y hacía que mis ojos se iluminaran. «Mejor amiga» significaba que nuestra relación prevalecería por encima de todas.

Durante la jornada en el instituto, no hago más que darle vueltas a cómo ha cambiado ese concepto en mi mente y lo transcendental que suena ahora.

Mis compañeras de clase no dejan de preguntarme por Cata, y las gemelas están preocupadas, pero yo no soy capaz de hablar.

Solo puedo pensar en la conversación que tendré con mis padres.

Cuando salgo del instituto, me dirijo al Otálora para volver a casa acompañada de Darío, y, al estar ahí, delante de esa puerta, me doy cuenta de que me tiemblan las piernas y tengo las manos sudadas.

El miedo es una cosa curiosa porque, por mucho que mi mente me recuerde que no debo temer a León, mi cuerpo sigue recordando sus manos, su agresividad y cada una de sus palabras de odio. Mi cuerpo sigue teniendo miedo.

Pero León no está y Cayetano tampoco, tal como me dijo Cata. Darío aparece enseguida acompañado de Pelayo. Lo saludo y una sonrisa atraviesa mis labios al pensar en lo que sucedió en la reunión en el local de Jonathan.

Pelayo, Darío y yo emprendemos el camino a casa en silencio.

Hasta que no me quedo a solas con Darío no bajo la voz y le comento:

—Alma y mi padre están en casa, ¿verdad?

—Eso tengo entendido, sí.

—Vale… Esto… —Respiro hondo antes de hablar—: Voy a contarles lo de León. Hay un par de cosas que no sabes tú y que te van a sorprender. ¿Te importaría quedarte conmigo mientras hablo con ellos? Joder, estoy de los nervios.

Darío frunce el ceño y sé que en su cabeza se barajan todas las posibilidades sobre qué podría querer contar. Quizás se imagina ya algo. Quizás no. Sea como sea, tenerlo de mi parte me tranquiliza.

CATA
¿Ya estás en tu casa?

JIMENA
Sí.

CATA
Suerte, hablamos luego.

Mi padre y Alma están sacando los platos limpios del lavavajillas mientras se ríen y escuchan a Los Inhumanos. El vello se me eriza. Sé que en unos minutos destruiré toda esa felicidad.

Papá se gira al escucharnos entrar y me saluda con una sonrisa.

Está muy contento. Demasiado contento. Joder, voy a fastidiarle el día. Joder, ¿cómo voy a poder mirarlo a los ojos a partir de ahora? Él, desde luego, ya nunca me verá igual.

—Chicos, Alma y yo estábamos pensando en ir al cine esta tarde... A ver la película de…

—Wes Anderson —completa la frase Alma.

—Eso. La nueva de Wes Anderson. ¿Os apetece? —pregunta, dejando el último plato limpio.

Darío me dedica una mirada de urgencia y yo siento ganas de vomitar. Claro que quiero ir a ver esa película, pero no lo haremos. Esta tarde no habrá cine para nadie porque les voy a fastidiar el día, la semana, el mes y hasta el año. Voy a fastidiarlo todo.

—Esto… Yo… Os tengo que contar algo. Es serio.

—Déjame que lo adivine, ¿quieres dejar equitación? —pregunta papá, aún sonriendo—. Cariño, si ha dejado de gustarte, puedes decirlo.

—No, papá, no es eso. Vamos a sentarnos, mejor.

Su sonrisa desaparece de golpe. Se sienta a la mesa, acompañado de mi madrastra. Darío y yo estamos en un lado y ellos dos en el otro, mirándonos frente a frente.

—¿Estás bien? —insiste papá, y yo me niego a responderle.

Darío, a mi lado, me dedica una pequeña sonrisa, como si quisiera darme ánimos.

—Lo que os voy a contar es un poco difícil… —empiezo—. Esto… Ya conocéis a León.

—El novio de Cata, ¿no? —pregunta papá.

—Sí. Es el novio de Cata. Últimamente he estado teniendo algunos problemas con él… O, más bien, él conmigo. —El cuerpo de papá se tensa de inmediato y yo me arrepiento de lo que le voy a decir antes incluso de hacerlo—. También con Cata. Me ha estado mandando mensajes, insultándome… Ha tenido un poco que ver con la discusión que he tenido con Cata…, pero es por él.

—Cariño, ¿qué estás intentando decir? —pregunta Alma con dulzura.

Pero yo no la miro a ella porque solo tengo ojos para mi padre. Sé que no hay manera correcta de decir lo que tengo que decirle y, sobre todo, no hay manera de lograr que le duela menos. Así que simplemente hablo.

—En Nochevieja fui a pasar el día en casa de Cata, iba a quedarme a dormir ahí, pero no lo hice. Lo sabéis, ¿no? Estuve con Darío. El tema es que… Bueno… Yo volví a casa porque… León me tocó sin mi consentimiento. En la fiesta. León me agredió sexualmente. —Utilizo las palabras que necesito, por muy duras que sean, y después respiro hondo y entrecierro los ojos.

Lo primero que escucho es el ruido que hace mi padre al levantarse de la mesa. Abro los ojos y lo veo más enfadado que nunca, y veo a Alma instándolo a sentarse de nuevo. Darío, a mi lado, tiene los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué?! —pregunta papá—. ¡¿Dónde estaba yo?!

—Era Nochevieja, papá, no estabas en casa. Y yo no estaba en casa tampoco. Estaba con Cata.

—¡¿Y quién había en casa de Cata?! —grita—. Joder, ¡estabas en casa de Cata! ¡Se suponía que tenías que estar a salvo ahí! Os dejamos solas porque se suponía que ibas a estar a salvo ahí. Tú… Luego… No… No contaste nada, hija. ¿Cómo no nos contaste nada?

Nunca lo había visto tan enfadado. No solo es su voz o sus palabras las que gritan mostrando la tensión. Es todo su cuerpo. La vena de su cuello, sus manos cerradas en puños… Parece que hace un esfuerzo imposible por contenerse a sí mismo y la rabia que bulle en su interior.

—No sabía cómo hacerlo, no entendí bien lo que había pasado… —balbuceo.

—¡No es excusa! —Papá se levanta de nuevo y, esta vez, en vez de intentar retenerlo, Alma lo sigue hasta que los dos cruzan la puerta hasta la cocina.

Darío me agarra la mano y los dos nos quedamos quietos, paralizados, escuchando a papá y Alma hablar en la habitación contigua.

—Es mi niña —lo escucho decir.

—Ahora mismo tienes que tranquilizarte y escucharla, así solo vas a hacerla sentir peor.

Darío y yo no hablamos mientras mi pierna, que golpea el suelo, cobra vida propia y mi cuerpo entero tiembla. Sigue sosteniendo mi mano, como si yo fuese un globo y él, mi único nexo con el suelo.

Papá y Alma aún tardan un tiempo en volver.

—Cariño… ¿Había alguien en la fiesta en ese momento? ¿Alguien que viese algo? —pregunta.

Quiero decirle que no, que no había nadie, que estaba yo sola. ¿Con esto quiere decir que, si no había nadie cerca, no me creerán?

—Cielo, no te decimos esto porque no te creamos... —interviene Alma—. Solo queremos que hagas un esfuerzo y lo pienses.

Jimena, muévete.

Una lágrima se desliza por mi mejilla en el momento en el que los recuerdos aparecen en mi mente.

—DJ Zeta… Eh… Zacarías… No recuerdo su apellido —digo finalmente—. La familia de Cata siempre contrata a un DJ para las fiestas en casa. Cuando… pasó…, Cata y las gemelas se habían ido arriba y yo estaba sola con León en la piscina. Cuando salí, vi al DJ.

—¡¿Y no hizo nada?! —exclama Darío, a mi lado.

—No… Yo… No sé si vio a algo… Solo me vio salir del agua…

—Pero te vio a ti, ¡al menos tendría que haberte preguntado si estabas bien! —insiste Darío.

—De acuerdo, Jimena. Está bien. —Alma sonríe de manera tranquilizadora.

—Nosotros… Hablaré con los padres de Cata, contactaré con ese DJ y me aseguraré de que nos ayude —dice papá.

—¡No va a servir de nada! —sollozo—. No… Nosotras no… No tenemos ninguna prueba. Tengo… tengo los mensajes que me ha mandado León, pero…

—¿Qué mensajes? —pregunta papá—. Enséñamelos.

—No te voy a enseñar nada.

Mi padre se pone de pie y se acerca a mí.

—Dame el móvil, Jimena. Dame el móvil y enséñame los mensajes.

—Ricardo, tranquilo…

—Joder, es una cosa privada, no quiero…

—Jimena, ¡te he dicho que me enseñes el puto móvil, estoy hablando en serio!

Lo hago. Se los enseño. Los cuatro los leemos, un mensaje detrás del otro. Los mensajes del principio, en los que León me llama guapa y afirma sentirse muy a gusto conmigo. Esos mensajes en los que se mostraba agradecido por contar con mi silencio. Los mensajes del final, en los que me he vuelto rencorosa y falsa y una persona despreciable.

Tras acabar de leer, papá no dice nada y yo ni siquiera me atrevo a mirarlo a los ojos.

—¿Y qué quieres hacer…? ¿Quieres denunciarlo? —pregunta Alma.

Asiento con la cabeza.

—Y Cata también quiere —digo.

—¿Ese malnacido también le ha hecho algo a Cata? —pregunta papá.

Un balbuceo se escapa de mi boca sin lograr convertirse en palabras. Después respiro hondo y me muestro lo más firme posible porque creo que esa es la única manera de afrontarlo, a pesar del miedo.

—Sí. Y las dos queremos denunciarlo.

33. CATA

Clay, Grace VanderWaal

De lo que pasó desde que entré en comisaría con Jimena a mi lado, solo tengo recuerdos vagos, como si los sucesos no me pertenecieran a mí, sino a otra persona y yo lo estuviera viendo desde fuera.

Me hicieron un examen médico, tal como decían en internet, aunque no le vea el sentido teniendo en cuenta la cantidad de días que han pasado desde lo ocurrido.

Yo no dejaba de preguntarme: «¿Cómo voy a probar esto? ¿Cómo voy a probar lo que me ha pasado denunciando semanas tarde y habiendo sido agredida por mi novio?».

Esto no se parecía en nada a una violación de libro, de esas de callejón oscuro y de violador que te apunta con un arma.

No. Lo más doloroso es que lo que pasó esa noche se parecía mucho, muchísimo, a lo que había pasado en tantas otras noches. El ritual era exactamente el mismo, con la única excepción de que yo no quería hacerlo.

¿Cómo iba a demostrarlo? Sería su palabra contra la mía, ¿alguien podía ir a la cárcel solo en base a palabras? ¿Acaso quería que León fuera a la cárcel?

Recibí varios mensajes de León ese día, y con cada uno de ellos sentí una nueva punzada de culpa. Pensé varias veces en dejarlo todo y olvidarme del tema.

Pero después…

Yo le había dicho que no y me aferraba a eso.

Yo no quería.

Había tenido el valor de decírselo, de hablar con mis padres, de llegar hasta aquí, y tenía a Jimena a mi lado, mirándome con esos ojos gigantes.

Denuncié en comisaría y después lo hizo Jimena, porque, aunque los hechos se juzgarían por separado, siempre podíamos denunciar a la vez. Eso ayudó. La escuché contar su historia y me pregunté cómo era posible que me hubiese puesto del lado de León en tantas ocasiones.

Jimena enseñó los mensajes de texto que había recibido. Explicó lo que pasó en la puerta del instituto cuando León la insultó y la agarró. Yo me pregunté una vez más cómo había podido confiar en León.

Me sentí mal cuando pregunté si podíamos poner una orden de alejamiento. Incluso cuando me dijeron que sí, que teníamos derecho a ponerla, sentí que estaba exagerando. Mi familia, a pesar de dejarme claro que estaba cometiendo un error, trajo al mejor abogado que conocían. Y eso también ayudó.

Conté lo sucedido una vez detrás de otra con miedo a no parecer lo suficientemente mal o lo suficientemente rota. Porque yo no me sentía rota y desde luego no me sentía mal. Porque no sabía cómo estar mal después de tantos, tantos días forzándome a estar bien.

Fue la primera vez en la que relaté lo que había sucedido de manera cronológica, deteniéndome en los detalles. Cómo estaba él. Cómo estaba yo. El olor de las sábanas, mis sábanas. El olor del alcohol.

Que habíamos tenido una bronca antes, los detalles de todo eso, porque les pareció relevante. Que los dos habíamos bebido mucho, que él estaba enfadado al principio y después no. Que fuimos a mi casa y tuvimos relaciones sexuales.

La sensación de despertar angustiada en mitad de la noche al sentir sus manos en mi cuerpo.

Que tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando y él siguió, aunque yo ni siquiera estuviera despierta del todo. Cuando pude le dije que no. Le dije que no. Le dije que no y después lo besé, y él me besó, y yo no sentí miedo porque no quería sentir nada. Solo quería que acabara.

Sí, seguimos juntos después. No, no tenía miedo.

He contado incluso que le pedí a Jimena que me comprara una píldora anticonceptiva porque él no utilizó condón. Que sí que habíamos utilizado condón todas las veces anteriores. Que no usamos condón esa noche porque yo no se lo pedí. Porque yo no quería.

No, no tenía miedo entonces.

Sí, sí tengo miedo ahora.

Contarlo todo. Llorar. Volver a contarlo a otra persona diferente. Llorar un poco menos.

Que mis padres me acompañen, pero ni siquiera me miren.

Regresar a casa sin saber qué pasará después.

Con Jimena. Siempre con Jimena.

CHAT 4 ESO

Hoy

16:40

CARLA
Cata, es verdad que has cortado con León????? Qué os ha pasado????

REBECA
Jimena, al final tienes vía libre con él!!!!

BALMA
León ha dicho que le has puesto una denuncia porque no te atrevías a romper con él! Tiene que ser una puta broma!

CAYETANA
No nos vas a decir nada tía???

CARLA
Yo estoy flipando!

GENOVEVA
Tías, lo que ha dicho León de la denuncia es verdad. Mi hermana vio ayer a Cata y a Jimena delante de comisaría.

CARLA
Qué pinta Jimena en todo esto???

GENOVEVA
Pobre León... Además con las denuncias falsas nos ponen en peligro a todas.

BALMA
Lo que hace la peña con tal de llamar la atención

TOTALLY SPIES

Hoy

17:30

BRIANDA
Me imagino que habéis leído el grupo de clase... qué ha pasado???

MENCÍA
Chicas, nos sentimos un poco dejadas de lado, la verdad.

JIMENA
Perdonad. Os parece bien que mañana quedemos media hora antes de clase? Y lo hablamos todo.

BRIANDA
Okay

34. JIMENA

To Be Alone With You, Sufjan Stevens

Cata apenas me mira cuando se sube a mi coche esta mañana y tampoco habla mientras nos dirigimos al parque cerca de la biblioteca, en el que hemos quedado con las gemelas.

—He pensado que podríamos llamar a este parque «el parque de las conversaciones importantes». Aquí, Darío y yo tuvimos una conversación importante en mayúsculas hace unos días y me contó que en este mismo parque le confesó sus sentimientos a Pelayo.

Ahí es cuando mi amiga me mira y alza una ceja. Lo sabía, ¡le encanta un buen cotilleo!

—No me mires así… Darío le confesó sus sentimientos en general, no sus sentimientos por él. ¡En ese momento ya estaba superpillado de Salva!

—Y hablando de esa panda… ¿Cómo vamos a decirle a Brianda que Jonathan y Pelayo están juntos? —pregunta Cata entre risas cuando llegamos al banco situado justo delante de la charca de los peces.

—Si es que le vamos a romper el corazón… —Suspiro, sonriendo también.

Nos sentamos y después nos ponemos de pie inmediatamente al ver a las gemelas aparecer con su uniforme de clase.

—Creo que voy a vomitar de los nervios.

—Va a salir bien, Cat.

Cualquiera que nos viera desde fuera no pensaría que nosotras cuatro somos amigas. No nos miramos como lo harían las amigas. Unas amigas no deberían mirarse con tanto… ¿Enfado? ¿Tanto miedo a hacerse daño?

—Hola —Mencía nos saluda con una enorme sonrisa y se acerca a nosotras para darnos un abrazo a cada una. Cuando nos hemos abrazado y vuelve a colocarse al lado de su hermana, puedo ver que Brianda la reprende con la mirada.

—Espero que nos pidáis disculpas —reclama Brianda—. Se supone que somos amigas y durante estos días no nos hemos enterado de nada de lo que os ha pasado. Os hemos mandado mensajes, os hemos dado tiempo, y lo único que hemos conseguido es que nos hagáis el vacío. Tengo la sensación de que habéis jugado con nosotras.

—Bri, no te enfades... Seguro que nos lo pueden explicar.

Estamos a punto de sentarnos en el banco cuando un llanto rompe nuestra conversación. Cata está llorando y entierra su cara entre las manos antes de decir:

—Lo siento mucho.

—Perdón, perdón, Cata, no estamos enfadadas contigo —dice Brianda, acercándose a ella para darle un abrazo.

Mencía la abraza también.

—Escucha, si has cortado con León, eso no es grave, solo nos ha molestado tener que enterarnos por las demás. Pero no estamos enfadadas contigo...

—No, no es eso... —solloza Cata.

—¿Qué pasa entonces?

—Chicas, sentaos. —Cojo aire y me armo de valor.

Sé que no soy la protagonista de esta historia y que nunca podré hablar por Cata. Pero, en los minutos siguientes, regreso al pasado y les cuento exactamente lo que pasó en la fiesta de

Nochevieja. Ya he perdido la cuenta de las veces en las que he tenido que contarlo, dando más o menos detalles. Una pensaría que se vuelve más fácil con el tiempo. Que te acostumbras a la sorpresa en el rostro de las personas a las que se lo cuentas, a que no puedan mirarte a los ojos o a la pena repentina. Pero no es así. Y al mismo tiempo, sí que lo es. No sé si se vuelve más fácil o te vuelves más impermeable a todo. Les hablo de lo que me pasó a mí y de que, en vez de hablar con Cata, me quedé callada. Les hablo de cómo es descubrir que eres más cobarde de lo que esperabas, o quizás que, a veces, la valentía aparece en una forma distinta a la idea que tenías de ella.

Entonces, Cata empieza a hablar.

—Quedé con Jimena justo al día siguiente de discutir en la fiesta, porque necesitaba que me consiguiera una pastilla del día después.

Porque Cata es la protagonista de esta historia y, mientras yo vivía la mía, ella estaba ocultando la suya. Entiendo entonces que en el momento en el que quedamos yo estaba deseando contarle algo que al final no me atreví a verbalizar y que ella, al mismo tiempo, estaba ansiando decirme algo que no pudo.

Fijo la vista en el estanque y en los peces cuando Cata lo dice:

—La noche antes de la pastilla del día después, yo no quería acostarme con León. Se lo dije, y él lo hizo de todas formas.

No quiero mirar a mis amigas. Cata no las mira tampoco.

—¿Entonces es verdad que lo habéis denunciado? —pregunta Brianda.

—Sí —responde Cata por mí. Ya no llora y su voz es firme.

—¿Y qué va a pasar ahora? —quiere saber Mencía.

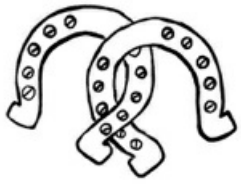
Cata se encoge de hombros. Brianda le da un codazo a su hermana y dice:

—Eso no es lo importante ahora. Siento muchísimo no haber estado con vosotras en la comisaría, apoyándoos. Siento haberte dicho tantas veces que León y tú hacíais una buena pareja. Yo… No sé. Supongo que solo veía lo que quería ver.

—No pasa nada. Yo también me esforcé mucho por que pareciera que estábamos bien —habla Cata—. Ahora…, bueno, ahora empiezo a darme cuenta de todas las cosas que estaban mal en nuestra relación.

Volvemos a abrazarnos. Los minutos que siguen a este momento no son fáciles porque nadie te prepara para vivir esto, y nosotras solo hacemos lo posible para seguir.

Pero ahora estamos juntas. Ahora vamos a seguir juntas.



En la llegada al instituto no hemos tenido que hablar de nuestra estrategia, pero adoptamos una igualmente. Desde el momento en el que atravesamos la puerta, las cuatro somos un muro infranqueable.

Mencía me agarra a mí, yo a Cata y Cata a Brianda. Si alguien nos habla, no respondemos.

Muchas de las personas quieren saber lo mismo que nos preguntan a diario por WhatsApp. «¿Cata ha roto con León? ¿León y Jimena están juntos? ¿Es verdad que has puesto una denuncia?».

Porque eso es lo que se aseguró de decir León: que Cata lo había denunciado por despechada, porque él le había dicho que no quería seguir con ella y porque ella prefería mentir y hundirle la vida que aceptar eso.

Hemos formado una pared de hormigón armado que nadie puede atravesar. No reaccionamos a las miradas. No reaccionamos a los comentarios. Da igual que alguien venga de buenas a preguntarnos la fecha de un examen o hasta la hora. No dejaremos a nadie acercarse al muro porque, si alguien lo golpea, aunque sea un poquito, corremos el riesgo de que todo se venga abajo.

Tenemos clase de Matemáticas y ahí nos dividimos. Brianda y Cata por un lado, y Mencía y yo por el otro. Hasta la profesora está cuchicheando cuando nos ve aparecer. Y al acercarnos al pupitre de Cata, yo veo el mensaje que le han escrito antes incluso de que lo haga ella.

Solo dos palabras: ***PUTA MENTIROSA***.

Eso basta para que todo nuestro bloque se venga abajo.

CHAT JIMENA-RAISA

Hoy

17:00

JIMENA
He sacado un seis en mates.

RAISA
Oleeeeeee!!!!! Toma ya, Jimena! Eres la mejor!
ENHORABUENA!!!!

JIMENA
Gracias!!!

RAISA
Oye, ¿cómo va todo?

JIMENA
¿Quieres saber cómo fue denunciar? Horroroso.

RAISA
Lo imagino. Lo siento. Y entiendo que no sean cosas que quieras hablar por mensaje, pero como no consigo verte...

JIMENA
Estoy ocupada. Estoy bien.

RAISA
¿seguro?

JIMENA
No. Ha sido muy difícil. Soy incapaz de hablar de esto sin llorar. Y hablé con mi madre y... Creo que lo peor de todo esto es que mis padres lo estén pasand mal por mi culpa.

RAISA
No por tu culpa.

JIMENA
Ya. Pero les he causado problemas. Ahora están muy sobreprotectores. No saben cómo hablar conmigo. Creo que se sienten culpables, Darío también, por no haberme ayudado antes.

RAISA
El único culpable es León.

JIMENA
Lo sé. Te dejo ya, Rai. Quedamos pronto.

23:00

RAISA
Querida alumna, no sé si estarás durmiendo pero he tenido una idea. ¿Tienes plan para mañana por la noche?

35. CATA

Mía, Belén Aguilera

JIMENA
Llego a tu casa en un rato. Siento el retraso.

Mis padres han pasado los últimos tres días de viaje de trabajo, así que he estado yendo y viniendo de la casa de Jimena. Hoy no quería dormir sola, así que le he pedido a Jimena que se quedara conmigo. Me ha dicho que vendría a las diez, pero ya casi son las once y aún no ha aparecido.

Inquieta, recorro mi habitación dando vueltas en círculos.

Mi móvil vibra ante la llegada de un nuevo mensaje de Jimena

JIMENA
¡Asómate al balcón!

Frunzo el ceño, pero obedezco. Cuando me asomo al balcón de mi habitación, que da a la puerta de casa, me sorprende descubrir que Jimena no está sola. La acompañan Raisa, con la melena recogida en una gorra gris, y las gemelas, sonriendo con los mofletes sonrojados.

—¡Baja, Romeo! —me grita, aunque en nuestra obra de teatro la que está en el balcón siempre sea ella.

No entiendo nada y los nervios, el miedo y la ilusión son una combinación extraña en mi estómago. Bajo corriendo a alcanzarlas. Brianda y Mencía son las primeras en correr hacia mí y estrecharme entre sus brazos.

—Tenemos una sorpresa —explica Jimena.

—No me digas…

Le doy un fuerte abrazo y, después, un beso en cada mejilla de Raisa.

Decido no preguntar nada sobre a dónde nos dirigimos o sobre el propósito de esta escapada nocturna. No cogemos el metro y tampoco ningún taxi o medio de transporte. Vamos andando, las cinco juntas en completo silencio hasta llegar a un punto algo alejado de mi barrio, entre mi casa y el instituto, que finalmente reconozco como un parque al que alguna vez he ido a hacer botellón.

Esta noche no hay nadie.

Cuando llegamos, Raisa empieza a sacar botes de espray de todos los colores: negro, rosa pálido, *azuloscurocasinegro* como la noche, verde menta, amarillo girasol, violeta… Al ordenarlos, parecen un arcoíris en miniatura. La chica me mira y los señala con la cabeza.

—Me ha dicho Jimena que te gusta pintar —dice.

«Me gustaba pintar», estoy a punto de corregirla. No recuerdo la última vez que saqué mis acuarelas del cajón, pero supongo que el amor por la pintura sigue ahí.

—¿Y quieres que lo haga… en la pared?

Jimena ya me contó una vez que Raisa pintaba murales con la falsa identidad de WANDA y que, de hecho, su popularidad no había dejado de crecer en los últimos meses. Eso me parece estupendo, pero una cosa es que lo pinte ella y otra muy distinta es que lo haga yo…

—Solo si te apetece —responde, sonriendo de medio lado.

—Pero yo no tengo idea de grafitis.

—No hace falta. Si te equivocas, pintas por encima y vuelves a empezar.

—Y tenemos todo el tiempo del mundo —añade Jimena.

Siento las mariposas revoloteando por mi estómago.

—¿Y si nos ve alguien? Esto es un delito —pregunto, mirando a Raisa.

—¡No te preocupes! ¡Nosotras te cubrimos! —exclama Mencía, señalando su conjunto de ropa negra, como si quisiera dejar claro que lleva el modelo perfecto para la ocasión.

Deseo oponer resistencia y busco alguna excusa más, pero hay algo en mi estómago que me dice que debo hacerlo. No por ellas, sino por mí.

—¿Me ayudarás? —le pregunto a Raisa, que asiente con la cabeza—. ¿Me ayudaréis todas?

—¡Claro! —exclama Brianda—. Aunque ya sabes que el año pasado suspendí Plástica.

Respiro hondo. Me quito el abrigo, que dejo caer en el suelo al lado de los botes de espray. El frío me golpea y me llega hasta los huesos, que se quejan. Pero me da igual, hoy quiero sentirlo todo, bueno o malo. Me arrodillo y cojo el primer bote de espray, cuyo contenido disparo contra la pared.

Según Raisa, pintar en las paredes es una manera de decir: «estoy aquí, el mundo me pertenece y no pienso irme a ninguna parte». Para ella, es una manera de expresar su individualidad. Yo no me siento así, no del todo. Aunque el bote de espray se convierte en una extensión de mí misma, no estoy pintando sola.

—¿Cómo hago esto? —le pregunto tras descartar un par de ideas.

—Lo primero que tienes que pensar es en qué quieres contar.

¿Qué quiero contar? Tengo los ojos llenos de lágrimas cuando respondo:

—Quiero hablar de mí, de cómo me siento.

Raisa asiente, así que paso a la acción.

Lo primero que hago es el busto de un cuerpo femenino que reclamo como mío. No me da miedo que se vea claro o que al menos yo lo vea claro, porque soy la única que debería reconocerlo. Pinto unos hombros, unos pechos, un lunar al lado del pezón, me detengo en las clavículas y las chicas me ayudan a seguir rellenando cada hueco que dejo por el camino.

Es caótico y luminoso, como una explosión de confeti en la cabalgata de Reyes. Raisa ha acabado con el cuello y ha empezado a rellenar las mejillas y la barbilla afilada. Yo me detengo en la melena pelirroja que ahora cubre los pechos. La cara se ve a medias cuando la golpea el universo en toda su inmensidad.

Eso es lo segundo que quiero dibujar. De mi corazón, nace una galaxia desde dentro hacia fuera y que se expande en todas las direcciones. Hay cometas, planetas y asteroides.

«Estoy flotando en medio del universo. O, más bien, el universo entero está flotando dentro de mí». Así es como me siento.

No hace falta que hable porque las chicas me ayudan a llenarlo todo del cosmos, y yo utilizo el plateado para crear unas estrellas que caen por mis mejillas, deteniéndome en cada trazo.

Estoy hecha de constelaciones y de polvo espacial. Estoy hecha añicos. El universo es infinito y, al romperme, mis trozos se han ido en tantas direcciones que me es imposible alcanzarlos.

El bote de espray todavía me arde en las manos cuando me doy cuenta de que he acabado. No necesito ni más trazos, ni más colores, ni más cometas. Me vuelvo para ver a mis amigas, y creo que ellas lo saben también: se ha acabado, no porque mi obra esté perfecta, sino porque sé que ha llegado el momento de empezar una nueva.



Le hice cientos de fotos a mi primer grafiti y, cerca de las tres de la mañana, Raisa nos acompañó a mis amigas y a mí a casa. ¡No me puedo creer que después de tantos meses por fin estemos haciendo una fiesta de pijamas!

He tirado un par de colchones al suelo, he sacado mantas del armario, y mis amigas y yo hemos construido un fuerte en el que vemos *Romeo + Julieta* mientras comemos palomitas. En mitad de la escena en la que Di Caprio observa al amor de su vida a través de la pecera, Brianda apoya la barbilla en su mano y está a punto de quedarse dormida.

—Creo que soy lesbiana —dice Mencía.

Su hermana se despierta de golpe y da un respingo. Jimena se ríe, y yo, como no sé qué decir, sigo comiendo palomitas a la espera de que mi amiga desarrolle su comentario.

—¡Y me da rabia darles la razón a las de clase! Sobre todo, porque parece que se hayan dado cuenta antes que yo —sigue hablando.

—¡A esas imbéciles no les hagas ni caso! —espeta Jimena—. Tú ve a tu ritmo y nosotras te vamos a apoyar en todo.

—Ya… Gracias… Pero de todas formas… Dudo mucho de que algún día pueda salir con una chica. En clase, desde luego, no hay nadie que me guste y no sé cómo… se liga con alguien… Ni soy especialmente guapa, ni divertida, ni nada.

—¡No digas eso ni en broma! —Brianda se acerca a su hermana y le da un abrazo.

—Solo hay que verte en la clase de teatro, tienes mucho talento para divertir a quien sea —digo, uniéndome al abrazo.

—¡Y también eres la más guapa! Eso lo sé yo bien, que por algo somos gemelas. Cuando seamos mayores, te puedo acompañar a todos los bares… De esos… Que quieras.

—¡Claro que sí! Nos iremos todas de excursión. —El cuerpo de Jimena aterriza sobre el nuestro y está a punto de destrozar el fuerte.

—Es que en las películas todo es muy fácil —sigue quejándose Mencía, zafándose—. Pero, en la vida real, no tengo ni idea de cómo se tontea con una persona y menos aún con una chica. ¡En serio! Porque… que alguien me diga qué diferencia hay entre tontear y ser amable…

—Bueno, aprende algo de esta película —señala Jimena—. Parece que la manera más efectiva de conquistar a alguien es mirarlo a los ojos fijamente y durante mucho rato.

—Pues a mí eso me parece súper creepy.

—No, si a mí también —murmura Jimena.

—¿Y tú por qué tienes tanto interés en ligar de repente? —pregunto, alzando una ceja.

—Eh… Hay una chica en clase de natación…

—¡¿Y por qué no me habías dicho nada?! ¡¿Quién es?! —pregunta Brianda, parando la película de manera definitiva y encendiendo la linterna de su móvil para enfocar a su hermana.

—¡Para, que me haces daño! —se queja Mencía—. ¡Esto es un interrogatorio, jolín! Cuando tenga algo que contar, os lo diré.

Brianda cede y deja de alumbrar a su hermana. Después se levanta y desmonta el fuerte al

quitar una de las mantas. Se lo agradezco, porque ya estaba empezando a agobiarme.

—Pues espero que sea verdad porque si no… —Brianda la amenaza con la linterna—. Además, enseguida te darás cuenta de que esto es tan fácil como tirarse a la piscina… ¿Lo pillas? Por eso de que vais a clase de natación…

—Mencía, ¿ves? Está claro que tú eres la hermana graciosa —dice Jimena.

Y entonces sí que me río a carcajadas.

—Vale, está claro que no soy la persona más graciosa del mundo, pero por lo menos no tengo problema para tirar la caña a nadie… Aunque después nunca consiga pescar nada…

—Bri, ya te dijimos mil veces que lo tuyo con Pelayo era imposible. —Jimena me dedica una mirada que significa: «y eso que no sabe que tiene novio».

—Bueno, claro, es que luego está Jimena, que enseguida ligan con ella, pero ella no se da cuenta de nada.

—No, el tema de Jimena es que ligan con ella y a ella le da igual.

—Chicas, Jimena está aquí, dejad de hablar de mí en tercera persona —exclama ella, alzando las manos—. ¿Qué más me da que liguen conmigo si a mí no me gusta… ni me atrae nadie? —Señala la pantalla del ordenador—. Ni Leonardo Di Caprio de joven, ni Tom Holland, ni la actriz que hace de Julieta, ni nadie.

—Lo que pasa es que todavía no has conocido a la persona indicada —dice Brianda, que después chista para impedir que Jimena replique—. ¡Y tampoco la conocerás si te cierras en banda a cualquiera que se te acerque!

Me clavo las uñas en las palmas de las manos y siento el calor ascendiendo por mi cuerpo. Quiero estar presente en esta conversación con mis amigas, pero no lo consigo.

—¿Me estás diciendo que no puedo cerrarme en banda a alguien que no me gusta?

—¡Yo no he dicho eso! —exclama Brianda.

—Joder, ¡pues créeme cuando te digo que no me cierro en banda! ¿Tiene algo de malo que no me atraiga ni me guste nadie?

Siento mi corazón latiendo desbordado y el calor ascendiendo hasta mis mejillas.

—No, yo no he dicho eso… Pero… —insiste Brianda.

—¡Bueno! ¡Ya está! —grita su hermana.

—Chicas… —me armo de valor para preguntar lo que me martillea en el cerebro—. ¿Y si… si después de lo de León no vuelvo a sentir nada por nadie? —Mis amigas me miran y yo entierro la cara entre las manos—. ¿Y si no soy capaz de querer a nadie nunca más? —Se me quiebra la voz—. ¿Y si me he quedado… tocada para siempre? ¿Y si me he quedado vacía?

Odio que mis amigas me miren con lástima y odio que no sepan qué decir. No quiero que me consuelen, solo quiero saber si algún día dejaré de sentirme como ahora.

Mencía se acerca a mí y me da un abrazo que yo acepto, apoyando la cabeza en su hombro, y al que se unen el resto de mis amigas. Tardamos en separarnos y, cuando lo hacemos, la pregunta sigue en mi mente, devorando cada pensamiento y clavada en mi corazón.

—Cata, es normal que te sientas así, es muy reciente —suspira Jimena, estrechándome la mano—. Pero no durará para siempre.

—¡Pues claro que no! —exclama Brianda—. Hace unas horas estabas pintando el grafiti con los ojos brillantes y llenos de ilusión y… Volverás a estar así de ilusionada. Estoy segura.

Me seco una lágrima de la cara y sonrío.

—Es cuestión de tiempo —confirma Jimena, abrazándome una vez más.

—Y hasta entonces, nosotras te vamos a querer mucho para compensar —dice Mencía, abrazándome de nuevo.

Yo apoyo la cabeza en su hombro y decido creer en ellas.

36. JIMENA

The Adults Are Talking

He soñado con León. No es la primera vez que me pasa, pero no por ello me acostumbro a abrir los ojos con el corazón desbordado y el sudor frío bañándome el cuerpo. Como en todos mis sueños, no ocurre nada en particular. León no me hace daño. Lo que ocurre es cotidiano: León y yo hablando y él colocando su mano en mi cintura en un gesto sin importancia. León diciéndome lo divertida que soy, lo guapa que soy, lo lista que soy y haciendo que me sonroje hasta las cejas. León besando a Cata en los labios y mirándome a mí. Yo paralizada, haciendo lo que él me pide antes de que lo pida. Sin reaccionar.

Jimena, reacciona.

A pesar de tenerlo bloqueado en todas partes, a pesar de la denuncia y a pesar de la orden de alejamiento, su presencia está conmigo hasta en mis sueños.

—Creo que tienes fiebre, cariño —dice papá, después de darme un beso en la frente sudorosa —. ¿Tienes algún examen o clase importante? Porque si no te encuentras bien, puedes quedarte en casa.

—No tengo nada importante hoy.

—Pues descansa. —Papá me da un nuevo beso en la frente.

En otra circunstancia, sé que habría insistido en que cumpliera con mis obligaciones académicas y, como poco, me habría puesto el termómetro. Pero aparentemente ahora soy una Jimena nueva, una que tiene motivos para estar triste y no querer ir a clase. Y me da rabia que se compadezca de mí, que me trate distinto, pero por primera vez estoy demasiado cansada como para oponer resistencia.

Papá me sube el desayuno a la cama: unas tostadas con aguacate, un café y un ibuprofeno de estos que vienen en sobre y que huelen a naranja. Siento que he vuelto a tener cinco años…

Mientras desayuno, escucho como todos se van: papá se marcha al trabajo, Darío se marcha a clase y mi perro se acerca a mi cama sin atreverse a subir.

Después, les mando un mensaje a mis amigas.

JIMENA
Chicas, tengo fiebre. No iré a clase.

MENCÍA
Mejórate, capulla

BRIANDA
Ya te pasamos apuntes, tranqui.

CATA
<3 <3

Escucho movimiento en las escaleras de casa y me doy cuenta de que Alma no se ha ido. En

una mañana normal, se habría ido a pasear, a comprar o a la asociación en la que es voluntaria, pero está aquí. Me molesta que actúe diferente.

Entra ahora en mi habitación. Su pelo rubio ceniza, del mismo color que su hijo, enmarca su rostro lleno de vida, sus ojos grandes y cada arruga de su piel. Como siempre que está en casa, sin importar si hace frío o calor, lleva puesta una bata que le cubre el cuerpo.

—¿Quieres que te suba una infusión? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

»¿Vemos una película?

Niego con la cabeza de nuevo.

»¿Me quedo aquí y te hago compañía?

—Mi padre te ha pedido que me vigiles, ¿verdad? —pregunto con el ceño fruncido.

Alma sonríe y se sienta en mi cama antes de responder:

—Más bien he decidido quedarme para cuidarte. Estás malita, ¿no?

—Estoy harta de que me tratéis diferente —gruño—. El otro día, cuando mi padre me llevó a la hípica, no me dirigió la palabra ni una sola vez. ¡Y eso que intenté sacarle algún tema de conversación! Pero lo hago sentir incómodo.

—No lo haces sentir incómodo. No es eso. Lo que pasa con tu padre es que se esfuerza tanto por decir lo correcto que al final se bloquea y no dice nada… Pero ¡él te quiere muchísimo! Y se siente muy orgulloso de ti… —Arrugo la nariz. La verdad, no creo que tenga motivos para estar orgulloso—. Ayer no dejaba de hablarme de lo valiente que habías sido por volver a la hípica.

—No sé si valiente es la palabra —murmuro—. Aunque la verdad es que nadie se esperaba que volviera… ¡Y mi caballo sigue cabreado! Me gustaría participar en la próxima exhibición, pero no sé si llegaremos a tiempo.

—Bueno, si no es esta, será la próxima.

Y tiene razón. Sonrío, me incorporo un poco más en la cama y abrazo un cojín antes de decir, con un hilo de voz:

—Te enseño algo si no se lo cuentas a mi padre.

—Jimena, esa es una manera terrible de empezar la conversación.

Ensancho mi sonrisa.

—Tienes razón. Puedes decírselo si quieres.

Alma siempre me ha caído bien. Con siempre, digo incluso desde antes de conocerla, cuando a mi padre se le dibujaba una sonrisa en la cara al hablar de ella. Nunca quiso que nos convirtiéramos en una familia de forma forzada, sino que, con calma, fue haciéndose un espacio en mi vida.

Pero esta es la primera vez que estamos así: solas, y es la primera vez que tengo esta imperiosa necesidad de hablar con ella.

Saco mi teléfono móvil y rebusco entre las últimas fotos hasta encontrar el grafiti que pintó Cata hace un par de semanas.

—Fue idea de Raisa, mi profesora de Matemáticas.

—La amiga de Salva, ¿no?

—Sí. Ella pinta murales, aunque esto es un grafiti.

Le enseño el cuerpo de la mujer con todas las estrellas, cometas y constelaciones desgarrando el espacio.

—Fuimos todas juntas: Raisa, Mencía, Brianda, Cata y yo. Cata hizo la mayor parte, que a ella le gusta mucho pintar. Fue un trabajo que duró varias horas, pero… fue maravilloso.

Alma sonríe, pero después repara en el nudo que tengo en la garganta y en cómo me tiemblan

las manos.

—¿Qué te pasa, mi vida?

Niego con la cabeza.

»Puedes decírmelo, Jimena. No responderé si no quieres, pero puedes decírmelo.

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y el calor lo invade todo.

—Ha sido culpa mía —confieso.

—¿Qué? ¿Qué ha sido culpa tuya?

—Lo que le ha pasado a Cata —sollozo—. Ha sido culpa mía.

Alma niega con la cabeza y me abraza, acariciándome el pelo con cuidado. No dice nada.

—Ella es mi mejor amiga, tenía que protegerla y no lo hice. ¿Por qué no le conté lo que me hizo León? Si se lo hubiera contado, habrían roto. Estoy segura. Y él no le habría hecho eso y ahora todo sería distinto…

—No fue culpa tuya, y además no puedes saber qué habría pasado —susurra Alma abrazándome con más fuerza.

—¡Sí, sí que puedo! Íbamos a hacer una fiesta de pijamas las cuatro juntas esa noche, pero yo preferí quedar con Salva y sus amigos porque me sentía tan avergonzada que no podía ni mirar a los ojos a Cata… Fui una cobarde… Tendríamos que haber estado juntas esa noche… Y ahora todo sería distinto. Ella es mi mejor amiga, tendría que haberla protegido.

—Jimena, no podrías haber sabido que iba a pasar.

—Tendría que haberlo sabido.

—Por mucho que quieras a una persona, no puedes saber qué hay en su mente y no puedes protegerla todo el tiempo.

—Pero si lo hubiera dicho antes… Si hubiera sido más valiente… Si lo hubiera hecho diferente, todo sería distinto.

Alma no dice nada y me abraza, acariciando mi espalda hasta que dejo de llorar por fin. Después aparta las lágrimas de mis mejillas, y me mira a los ojos con una repentina y desconcertante seriedad.

—Escúchame, Jimena. Es normal que te sientas culpable, pero no lo eres, ¿vale? Nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Y quiero que te quede claro una cosa: lo hiciste lo mejor que pudiste con las herramientas que tenías. Es muy fácil mirar atrás y recriminarte no haber hecho las cosas de otra manera. Es muy fácil ver tus errores en perspectiva. —Respira hondo antes de seguir hablando—. Pero no hay errores si lo hiciste lo mejor que pudiste. Porque fuiste todo lo valiente y todo lo fuerte que pudiste ser. Y no fue culpa tuya.

Asiento.

»Y eres una buena persona, Jimena. No hay nada malo en tu corazón.

Y por alguna razón, quizás por el tono de su voz, quizás por la fiebre, le creo. Le creo. Y me aferro a esas palabras como un salvavidas.

37. CATA

Cigarette Daydreams, Cage the Elephant

—¿Y qué me dices de Laura la de tercero? —pregunta Brianda, dándole un codazo a su hermana—. Es mona.

—Creo que tiene novio —replica Mencía.

—No, cortaron —aclara Jimena, que siempre está al día con todos los cotilleos.

—Da igual, no me gusta.

—¡Si no mueves ficha con la de natación, algo tendré que hacer! —exclama Brianda.

Desde que Mencía salió del armario, su hermana no ha dejado de buscarle pretendientas.

—¡Déjame ya, pesada! —exclama justo cuando Brianda se abalanza sobre ella para plantarle un sonoro beso en la mejilla.

Las dos se enzarzan en una pelea a base de pellizcos y empujones que Jimena y yo intentamos disolver. Me río y me quedo colgando en mi propia carcajada, enamorada de toda esta cotidianeidad. Ojalá pudiera vivir para siempre en las risas de mis amigas, en sus disputas tontas, en la manera en la que me miran y en el sol de inicios de primavera.

—Si alguien pregunta, ¡yo no os conozco! —exclama Jimena, atravesando la puerta de salida del instituto y fingiendo indignación.

Y yo estoy a punto de reírme una vez más, pero me quedo congelada en la puerta. El vello se me pone de punta y las piernas me flaquean.

Es él. Es León.

Como era de esperar, se ha armado un revuelo considerable en la entrada del instituto. Algunas de mis compañeras y otras alumnas que no conozco intentan hablar con León y parecen más emocionadas que nunca.

Pero León no quiere hablar con ellas. Quiere verme a mí.

León está… raro. Parece triste, cabizbajo. Se ha cortado la melena y la lleva peinada hacia atrás, como tantas veces ha hecho mi primo, cosa que no me hace sentir muy bien. Tiene las manos metidas en los bolsillos y, cuando me ve, sonríe.

—Cata, ¿podemos hablar un momento? —pregunta.

Brianda me coge por un brazo y Jimena me sostiene por el otro, pero ninguna de nosotras es capaz de moverse.

—León, Cata ha roto contigo. No quiere verte —dice Mencía, acercándose a él.

—Mencía, no me jodas —murmura él—. Cata, acércate un momento. Perdóname. Solo quiero hablar contigo un segundo.

—¡¿Es que no aceptas un no por respuesta?! —grita una chica a la que he visto por el pasillo alguna vez, pero a la que no pongo nombre. Al fin y al cabo, todo el instituto conoce la denuncia que le pusimos Jimena y yo. Incluso se han enterado de que tiene una orden de alejamiento de quinientos metros.

Pero él está más cerca que quinientos metros.

—Quiero que me lo diga ella, ¿vale? Cata, si quieres que me vaya, me voy. Pero ¡dímelo!

Quiero que te vayas. Quiero que te vayas. ¿Cómo voy a decirlo si apenas puedo respirar?

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y mis amigas me sujetan más fuerte.

—¡¿Qué coño haces?! —exclama León, y yo me estremezco pensando que sus palabras van

dirigidas a mí, pero no es a mí, es a Balma, que sostiene un teléfono móvil y lo acerca a León.

—Un vídeo, gilipollas —dice la chica con calma. Lleva el pelo recogido en dos trenzas cortas y el ceño fruncido—. Nadie te quiere aquí. Tienes una orden de alejamiento y pienso grabarte por si acaso.

—Yo estoy llamando a la policía —dice Rebeca, otra compañera de clase.

—Pero ¡si no estoy haciendo nada! —grita León—. Joder, ¿no podéis dejarnos intimidad un puto momento? ¡Solo quiero hablar con mi novia!

—No soy tu novia, León —consigo decir, entre lágrimas—. Y te tienes que ir porque tienes una orden de alejamiento.

Rebeca, con el teléfono en la mano, empieza hablar con lo que juraría que es la policía, dando indicaciones de lo que está pasando, y sé que León se está poniendo nervioso. Yo también quiero hablar con él, tranquilizarlo, pero mi cuerpo entero rechaza esa idea.

León menea la cabeza y empieza a caminar, acercándose a nosotras. Jimena me aprieta más la mano.

—¡León, para! —insiste Mencía.

—Solo quiero hablar con ella, ¡no voy a hacerle nada, joder!

Balma se mete a mitad de su camino, teléfono en mano y grabándolo.

—Atrévete a apartarme —dice. Y León no se atreve y de pronto no es solo Balma la que está delante de mí. Todas mis compañeras de clase que aún no han regresado a sus casas están a mi alrededor, protegiéndome, impidiéndole el paso.

—La policía llegará en cualquier momento —añade Rebeca, apareciendo entonces.

—Deberías irte —sentencia Mencía.

Intercambiamos miradas una vez más. Y después, León desaparece.



La policía apareció un tiempo después de que León se fuera, y presté declaración. Cayetano estuvo a mi lado en todo momento, llamó a mi abogado (¿en qué momento me he convertido en una persona que tiene su propio abogado?) y vino conmigo a casa.

Ahora estamos todos en el comedor: mi madre, Cayetano, el abogado, un hombre de pelo canoso, alto y delgado como un mondadientes, y yo. Ellos se sientan a los lados de la mesa y yo, en la punta. No dejan de mirarme, y así es imposible no sentirse juzgada.

—Esto que ha pasado es una mierda, pero nos viene bien, ¿no? —pregunta Cayetano—. El tío ha quebrantado una orden de alejamiento y tenemos pruebas.

Mi abogado alza una taza de café y le da un sorbo antes de responder:

—Claro… En el momento del juicio, todo eso se aportará. Tenemos esto, la denuncia de Jimena, el testimonio de Zacarías…

—¿Cuándo será eso? —me atrevo a preguntar—. ¿Cuándo será el juicio?

—No lo sabemos, cariño… —dice mi madre—. Podría ser en seis meses, en un año, en dos… La justicia en este país va muy despacio.

—¡¿Voy a tener que aguantar esto durante un año entero?! ¡¿Igual dos?!

—Bueno, Cata, eso ya lo sabías cuando decidiste denunciar —murmura mamá, frunciendo los labios—. Además, León no se acercará a ti.

—¡Ya lo ha hecho! Ya se ha acercado y nadie me dice que no lo hará otro día cuando esté sola… Porque está en libertad.

Nadie me responde, hasta que al final Cayetano rompe el silencio diciendo en voz muy baja:

—No sabemos cuánto tardará, pero en el juicio se arreglará todo…

—¿Qué entiendes por que se arregle todo? —inquiere mi abogado, poniéndose bien la corbata.

—Pues que León vaya a la cárcel —espeta mi primo—. Que todo el mundo sepa lo que hizo. Que se haga justicia.

Mi abogado carraspea antes de decir:

—Eso no es realista. Mucho me temo que, en ocasiones, el castigo no es proporcional al crimen.

—Pero ¡ella dice la verdad! —exclama Cayetano.

—Eso no tiene por qué ser suficiente... Y debéis tener en cuenta que en un juicio pueden pasar muchas cosas y que entre el juicio y la sentencia pueden transcurrir años. Por eso insisto en que deberíamos llegar a un acuerdo con la otra parte.

Nadie va a creerte.

¿Cómo se va a probar algo que te ha hecho tu pareja?

En tu cama. En tu casa.

Las palabras siguen repitiéndose en mi mente. ¿Cómo van a creerme si no tengo pruebas, si es mi palabra contra la suya?Sin magulladuras. Sin heridas. Sin marcas. Si mi cuerpo siguió exactamente igual, como si no hubiera pasado nada.

—Cata, escúchalo. Llegar a un acuerdo es la opción más sensata —murmura mi madre—. Recibirás una compensación económica, León no volverá a acercarse a ti y podrás pasar página.

Cierro las manos en puños, clavándome las uñas en las palmas con fuerza.

—No —digo—. No llegaremos a ningún acuerdo. Voy a seguir con esto hasta el final.

Me pongo de pie, cruzo la puerta y me quedo en el jardín de la entrada de casa. Mi mente se mueve demasiado rápido, engañándome al decir que no debería haber denunciado. Entierro la cara entre las manos obligándome a no llorar. No quiero llorar más.

Cayetano tarda poco en aparecer detrás de mí.

—¿Estás bien? —pregunta.

—¡No, joder, claro que no estoy bien! —grito.

—Ya… Yo… ¿Qué necesitas?

—¡¿Unos padres que me apoyen?! ¡¿Un novio que no me haya violado?! —grito—. Yo… Ojalá no hubiera denunciado.

—No digas eso, Cata…

—¡Ya sé que no puedo decirlo! Pero es que lo siento así. Sé… sé que he hecho lo correcto y no pienso llegar a un acuerdo y voy a continuar, aunque no consiga nada… Pero… está siendo muy difícil…

—Lo sé —murmura Cayetano—. Pero has hecho lo correcto y esto no va a durar para siempre.

Asiento.

Cuando mi primo se acerca a mí, apoyo la cara en su hombro y dejo que me abrace.

CHAT 4 ESO

Hoy

20:15

GENOVEVA
Oye, qué ha pasado hoy en la puerta de insti? Para un día que falto a clase... spill the tea

CARLA
Pues que ha aparecido León desquiciado perdido, que quería hablar con Cata y al final ha venido la poli y todo.

REBECA
Tías, ha sido algo bastante serio, no creo que debáis hablar de ello como si fuera un cotilleo.

MENCÍA
¡pero si lleváis meses hablando de ello como un cotilleo! ¡todas!

REBECA
Sí, ya lo sé, y ahora me doy cuenta de que está mal, joder. Lo siento.

CATA
No pasa nada. Gracias por haberme apoyado hoy.

REBECA
Siento mucho no haberos apoyado hasta ahora.

MARÍA
León es un hijo de puta y ahora lo va a saber todo el mundo.

CARLA
Yo también lo siento.

BALMA
Y yo. Esto... Fui yo la que escribió cosas en vuestras mesas. Fui horrible. Lo siento mucho.

JIMENA
Disculpas aceptadas.

CATA
Ya está olvidado.

38. JIMENA

Yo invito, Amaia

—¿Cómo fue la entrevista con la policía? —le pregunto a mi madre.

Estoy sentada en mi cama, abrazada a mi perro y el teléfono descansa en mis rodillas. El altavoz está puesto y llevo ya cerca de media hora hablando por teléfono con ella.

—Bien, Jimena. Les dije que te drogas a menudo y que en tu tiempo libre asesinas a cachorritos para hacerte trajes. —Juro que mi perro hace un puchero al escuchar eso—. No sé si les distes buena impresión —carraspea—. Es broma, cariño, solo quería romper el hielo... La entrevista fue bien, normal.

En las últimas semanas, la investigación policial ha seguido su curso. La policía me ha entrevistado a mí, a mis padres, a mis amigas, a mis compañeras de clase y a todos los que estuvieron en casa de Cata en Nochevieja. No es algo agradable. Sobre todo la parte de los familiares. Es… es absurdo, pero tengo la sensación de que debo probar que soy una buena persona para que me crean y para que sepan que no merecía lo que pasó.

Pero eso no se lo digo a mi madre. Porque sé que es ridículo que lo piense.

—Las notas fueron bien, ¿no?

—Sí. Sigo suspendiendo mates, pero aprobé los últimos exámenes y mi profesora dice que seguro que para el último trimestre lo consigo.

—Muy bien, cariño. —Sonríe—. ¿Cómo estáis pasando las Fallas?

—No he hecho mucho. He estado durmiendo un montón. Y… y el viernes que viene visitaré a una psicóloga. ¡Cómo si no hubiera visto suficientes durante la investigación…! A mí no me apetece mucho contarle mi vida a nadie más, pero papá ha insistido y…

—Te irá bien, Jimena.

Supongo que sí. Pero no puedo evitar que me dé miedo descubrir que estoy todavía peor de lo que aparento.

—Está bien aceptar ayuda —insiste mamá.

¡Yo estoy harta de aceptar ayuda! Estoy harta de obligarme a estar bien y no quejarme cuando todos me tratan diferente y me hablan con pena. Ahora mismo siento que soy dos Jimenas a la vez: una Jimena que cuida y la otra que se resiste a dejarse cuidar.

—Cariño, ¿y a qué hora es tu exhibición de la hípica?

—El sábado a las cinco de la tarde. Vendrás, ¿no? Papá y Alma estarán también.

—¡Pues claro que iré! Todavía no me creo que mi niña haya vuelto a la pista por todo lo alto. Has entrenado mucho, ¿no?

—Más que entrenar, he necesitado casi una semana para recuperar la confianza de Vladimir. Estaba muy enfadado, pobre. Me daba miedo que… se hubiera roto el vínculo, pero no. No se ha roto.

—Con paciencia y esfuerzo, todo se consigue —dice mamá, que a veces parece una agenda de Mr. Wonderful—. Y te ha sentado bien, ¿verdad? Ha merecido la pena.

—Sí.

—Pues claro. Porque montar a caballo es parte de tu identidad. Y ahora eres un poco más tú misma.

CHAT CUMPLE REINA

Hoy

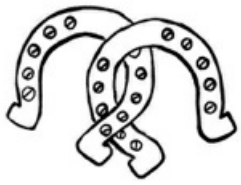
16:10

JIMENA
¡Hola! Sé que llevo mucho tiempo sin hablar con vosotros, espero que estéis bien. El próximo sábado participo en una exhibición en mi hípica. Si queréis venir, ¡estáis invitados! Después podemos ir a merendar o algo.

RAISA
Me apunto!!!

JONATHAN
CAYETANA JUNIOR!!!!! Ahí estaré!

ISAAC
Siiiii, estaremos todos!



Mis amigos son los que más gritan cuando salgo a la pista con mi caballo, con la espalda bien erguida. De hecho, gritan tanto que pienso que los van a echar del público. Jonathan, Isaac y Salva vitorean, mientras Pelayo, Darío y Raisa intentan que bajen la voz. Mi padre, mi madre y Alma están a un lado, aplaudiendo al tiempo que miran a los otros de reojo. También están Cata y las gemelas. Hoy tanto Brianda como Mencía llevan un vestido de Bimba y Lola de color aguamarina. Sus estilos no podrían ser más diferentes, así que nunca comparten ropa, pero hoy se han vestido así por mí, porque afirman que llevar la misma ropa les trae suerte.

Al montarme en mi caballo, me entran ganas de llorar de la emoción. Me muevo por la pista, concentrada y consciente, y recupero emociones que pensaba que se habían apagado del todo. Me siento valiente cabalgando y fuerte al tirar de las riendas. No es que Vladimir me obedezca, sino que los dos nos comunicamos. Estamos conectados y no hay ruido a mi alrededor.

No soy la mejor de la exhibición, ni siquiera destaco. Estoy muy lejos de donde estaba el año pasado, pero aun así no siento que haya retrocedido.

Mis amigos y mi familia aplauden de nuevo cuando termino la exhibición y cuando me reúno con ellos por fin.

—Estoy muy orgulloso de ti, peque —dice mi padre cuando me ve. Cuando lo abrazo, siento todo ese amor y ese apoyo y ese orgullo que no había visto esos días.

Al abrazo se une mi madre, y mis amigas se ríen y yo me uno a sus risas y a toda su alegría.

Los dos están llenos de amor y de cariño, y esos sentimientos son recíprocos.

Me doy cuenta de que llevo todo este tiempo preguntándome cómo gestionar todo ese amor cuando realmente no hay nada que gestionar. Porque el amor no es algo que deba gestionar, ni que medir, ni que justificar. Solo tengo que aceptarlo.

39. CATA

all my daughters, dodie / Moriría por vos, Amaral

—*Romeo y Julieta* es la mierda más machista que se ha escrito jamás —masculla Mencía con la boca llena del bocadillo de jamón que se está comiendo, ya toda caracterizada como Paris.

—Mueren el uno por el otro, es bonito, aunque sea de una manera retorcida —replica su hermana, vestida de nodriza para la primera escena.

—¡Mueren porque son imbéciles! —dice Mencía.

—Pues fuiste tú quien propusiste la obra… Es tarde para cambiarla —comento yo.

El traje de Romeo se ajusta a mi cuerpo casi como una segunda piel: los pantalones ceñidos, las medias y las mangas abullonadas de mi camiseta contrastan con mi maquillaje. Aún no me he puesto la peluca, pero me he recogido la melena en un moño hasta arriba de laca, como los que me hacía mi madre para las competiciones de gimnasia rítmica cuando yo tenía cinco años y ella aún tenía tiempo para llevarme a extraescolares.

—Claro, si la obra en sí es la pera, pero romantiza una relación superposesiva. ¡Y Julieta tiene catorce años, por Dios! —añade Mencía.

Esta noche estrenamos la obra en el salón de actos del instituto. Hemos pasado el día entero haciendo pruebas de sonido y ultimando cuestiones del decorado. La verdad, lo he disfrutado como nunca. Me encanta el ajetreo que precede la salida al escenario, los nervios, las risas, la tensión. Y me encanta que, aun así, mis amigas y yo hayamos encontrado un momento para convertir una clase en un camerino y comer algo antes de salir. Bueno, la que come algo es Mencía, porque la verdad es que yo no tengo estómago para nada.

—*Romeo y Julieta* es machista y es dramático, pero no creo que sea tan raro el concepto de morir por amor, ¿no? Aunque no esté bien —murmura Jimena, picoteando una ensalada.

El estómago se me encoge un poco. Brianda le dedica una mirada confusa a Jimena, y juraría que la está regañando por lo que acaba de decir y más aún por decirlo minutos antes de salir al escenario. Supongo que, para ella, hablar del amor es hablar indirectamente de León, esa persona que nos hemos asegurado de no mencionar en los últimos meses.

—Puede ser… Desde luego en las películas es así. Todos aman hasta la muerte —dice Mencía.

—Yo no quiero ser dramática, pero ¡moriría por vos… como dice Amaral! —exclama Jimena —. ¡Por vosotras tres mataría y me dejaría matar! Igual es exagerado, pero lo siento así.

—¡Pues es lo más bonito que me han dicho jamás! —Brianda se acerca para darle un abrazo que hace que las dos se derrumben en el suelo.

—Yo creo que está bastante feo. No pienso ser responsable de tu muerte, capulla —le digo a Jimena.

—¿Acaso no me quieres? —Mi amiga se señala con el dedo y finge ofensa.

—Te quiero muchísimo, pero estoy intentando quererme un poco más a mí.

Mi Julieta sonríe y se acerca para darme un abrazo y apoyar la cabeza en mi hombro. Después, abre la boca para decir algo, pero se calla cuando llaman a nuestra puerta y aparece Balma, toda caracterizada como paje.

—¡Os estamos esperando! Venga, que salimos en una hora y tenemos que acabar de maquillarnos.

La hora siguiente pasa en un suspiro. Me coloco bien la peluca, me hago mil millones de fotos, grabo mil millones de tiktoks, ayudo a mis compañeras a maquillarse, grito y lloro un poco cuando la profesora da un discurso sobre lo mucho que hemos crecido todas a lo largo de este curso. Y sí. Yo creo que un poco sí que hemos crecido y que, desde luego, la Cata del septiembre pasado no reconocería a esta.

—¡¡¡Vamos a reventar el escenario!!! —grita la profesora al acabar, y después carraspea y baja la mirada, avergonzada, pero nos da la motivación suficiente para que Capuletos y Montescos nos juntemos en círculo y demos saltos como posesas hasta fundirnos en un abrazo.

—Típico del teatro, que ya salgas sudada y lloradita a escena —me susurra Jimena.

Y es a ella a quien le sostengo la mano cuando se alza el telón.

Realizamos la obra de teatro en la sala de actos del instituto, pero las puertas están abiertas al público en general. No es que hayan ocupado todas las sillas, pero teniendo en cuenta que es una producción escolar y que apenas faltan unas semanas para el inicio de los exámenes finales del trimestre, estoy muy satisfecha. Sobre todo cuando escucho sus aplausos.

Ahora estoy en el escenario, en pie al lado de una Rebeca que interpreta a Benvolio.

—*¡Ay! ¡Que el amor, al parecer tan dulce, sea en la prueba tan tirano y tan cruel!* —dice.

—*¡Ay! ¡que el amor, cuyos ojos están siempre vendados, halle sin ver la dirección de su blanco!* —exclamo yo.

Y aunque me niegue a admitirlo, sigue siendo inevitable pensar en León.

En una de las entrevistas con la policía, me preguntaron que por qué continué mi relación con León después de que él me violara. Yo respondí, rápidamente, que por amor. Expliqué que llevaba años enamorada de él, desde antes de que empezáramos a salir. Que lo quería mucho, que él me quería a mí. Que los dos nos habíamos esforzado mucho por superar cada uno de nuestros conflictos y que romper con él habría sido… tirar a la basura todo ese esfuerzo. Toda esa lucha. Todo ese amor.

Así que sí, igual Julieta tiene un poco de razón al decir que el amor parece dulce, pero es cruel. Y puede que Romeo no se equivoque al responder que tiene los ojos vendados, porque juro que a veces es difícil saber a dónde tienes que dirigir todo el amor.

—*Si el amor es ciego, no puede dar en el blanco* —reflexiona Brianda en otra ocasión, interpretando a Mercurio. En el escenario siguen confabulando para truncar la historia de los amantes más desgraciados.

Yo, entre bastidores, observo al público guardar silencio. En la última fila veo una cabeza rubia y tiemblo al imaginar que es él. Instantes después me doy cuenta de que me he confundido, de que León no ha venido, pero la sola idea de tenerlo cerca ya me ha acelerado el corazón y ya me ha hecho sudar.

—Está saliendo todo muy bien, ¿no?

Doy un respingo cuando Jimena aparece a mi lado.

—Sí… —digo con un hilo de voz. Miro al escenario, escucho los aplausos del público y me esfuerzo por sonreír al mirar a Jimena.

Porque, aunque en estos meses he comprobado que él nunca se irá de mi vida, también me he dado cuenta de que él no es lo único que hay en ella. Y mucho menos lo más importante. Y que puedo centrar la atención en otras cosas.

—Está yendo genial —confirmo—. Oye, ¿tu padre y Alma no estaban sentados ahí hace un rato? Me había parecido verlos, pero ahora solo veo a tu madre.

—Ahora que lo dices… Es verdad. No están. Estaban ahí antes.

Los aplausos lo invaden todo y nuestra profesora de teatro anuncia, micrófono en mano, que hemos finalizado la primera parte de la obra y que se retomará en unos minutos. Antes de que pueda darme cuenta, veo a Jimena sujetándose el vestido y dirigiéndose a las escaleras para bajar del escenario.

—¿Dónde vas?

—Quiero saber qué ha pasado.

—¡Pues que se habrán ido fuera un momento!

No puedo frenarla, así que la sigo y las dos atravesamos las filas de butacas, un poco agachadas. Jimena se para para hablar con su madre y, al mirar a la salida del salón de actos, reconozco a Cayetano, vestido con una camisa blanca y un ramo de flores en la mano derecha.

—¿No tendrías que estar en el escenario? —pregunta.

En vez de responder, le doy un abrazo. Porque me hace muchísima ilusión que esté aquí, porque él también es mi familia y porque me alegro de que haya alguien que le pueda decir a los imbéciles de mis padres que hoy lo he bordado como Romeo.

—¡Sí, vuelvo ya! —exclamo. Me reúno con Jimena en el pasillo y las dos corremos hacia el escenario.

—¿Qué te ha dicho tu madre? —pregunto de nuevo entre bambalinas.

—Pues que están en comisaría. —Se me pone el estómago del revés al escucharla—. Pero no es por nada nuestro, ¿eh? Se ve que Darío la ha liado.

—¿Darío? ¿Él solo? Me extraña.

—No. Creo que está con Salva y sus amigos también.

—¿Y qué ha pasado?

Jimena se encoge de hombros y después alza los brazos para que Carla, que hoy es la encargada de vestuario, le alise bien el vestido y le ponga un poco de laca en el pelo.

—Mi madre no lo sabe bien. Algo de Darío y todos sus amigos entrando donde no debían… No sé. Pero sea lo que sea, con lo cafres que son, no me extraña.

—Cata, ponte bien las zapatillas —me indica Carla.

—¿Y estás preocupada? —le pregunto a Jimena.

—¿Yo? Qué va. Dice mi madre que están todos bien, que igual llegan después de la obra… Me da pena que se vayan a perder nuestro momento de gloria, pero bueno, alguien lo grabará, supongo…

La voz de Jimena se difumina a medida que la obra se reanuda y las dos salimos al escenario.

He vivido tantas veces la escena del balcón que, cuando la interpretamos de nuevo, ya es pura rutina y Jimena y yo no somos Romeo y Julieta, sino que somos simplemente nosotras.

—*Con las ligeras alas de Cupido he franqueado estos muros; pues las barreras de piedra no son capaces de detener al amor: todo lo que este puede hacer lo osa* —le digo.

—*Si te encuentran acabarán contigo* —interpreta Jimena con la voz quebrada, pero al mismo tiempo con una determinación que frenaría todos los ejércitos del mundo.

—*¡Ay!* —exclamo yo a modo de respuesta y después me acerco un poco más a su oído para decir con voz clara—. *Tus ojos son para mí más peligrosos que veinte espadas suyas.*

Brianda, ahora interpretando a la nodriza, nos interrumpe una vez tras otra, tirando de las manos de Julieta para llevársela al interior de su habitación. Pero no consigue nada.

—*Yo quisiera ser tu pajarillo* —le digo a Jimena, y tengo que contener las ganas de echarme a reír porque esta frase siempre me ha parecido ridícula.

—*Yo también lo quisiera, dulce bien* —acerca su boca a mi oreja—, *pero te haría morir a*

fuerza de caricias. ¡Adiós!

Pero entonces se va, adentrándose en el interior de su habitación, y yo me quedo sola para concluir:

—*¡Que el sueño se aposente en tus ojos y la paz en tu corazón!* —Desde hace unos meses, por seguir la broma, me despido de Jimena así todas las noches—. *¡Quisiera ser el sueño y la paz para tener tan dulce lecho!*

La segunda escena se acaba y el público estalla en aplausos. Yo me permito mirar una vez más y veo a Cayetano, sentado al lado de la madre de Jimena, en uno de esos asientos que se han quedado vacíos. Echo de menos a mis padres, pero sonrío.

Las escenas siguen sucediéndose una detrás de la otra, y Jimena, aún muerta, está radiante. Su pelo corto y marrón está desperdigado alrededor de su cara, pálida, y de sus labios de un tono morado.

—*¡Oh, desdichado día!* —exclama la nodriza al encontrarla en su alcoba.

—*¡Ay de mí, ay de mí!* —solloza la señora Capuleto—. *¡Hija mía! ¡Mi única vida! Despierta, abre los ojos o moriré contigo. ¡Socorro!*

—*¡Día aciago! ¡Está muerta, muerta, muerta!*

Yo corro hasta esa misma alcoba y me arrodillo sobre el supuesto cadáver de Julieta, observo el bote del veneno y el líquido verde que aún brota de sus labios.

—*¡Funesto instante!* —grita la nodriza, y esa es mi señal. Ha llegado el momento del beso.

—*¿Puedo besarte?* —le pregunto a Jimena, fuera de personaje.

—*Puedes* —responde ella. Así que cojo su pelo, ahora corto, con los dedos temblorosos de un hombre herido de muerte, que es lo que soy. Inclino su cuerpo hacia mí, siento sus labios húmedos contra los míos y después, mi cuerpo se estremece y cae sobre su pecho mientras me deshago en llantos.

El telón cae y todos se llena de aplausos.

Lo que ocurre hasta el final es casi mecánico, una sucesión de escenas que hemos repetido tantas veces que se han convertido en recuerdos vagos de mi propia vida. Julieta resucita en mis brazos, yo le confieso que he bebido de su veneno al verla sin vida y me muero en sus brazos, ella intenta vengarme y después, esta vez de verdad, cae muerta a mi lado.

De entre los cadáveres, Brianda se abre paso y recita:

—*La presente aurora trae consigo una paz triste* —carraspea—. *Perdonados serán unos, castigados otros; pero jamás hubo tan lamentable historia como la de Julieta y su Romeo.*

El telón cae, una vez más, los aplausos se alzan y crecen y se expanden. Siento tanta adrenalina en el cuerpo que creo que podría salir volando. El telón se alza de nuevo y veo a los espectadores de pie, dejándose las manos, silbando y vitoreando. Contengo la respiración mientras observo de reojo a mis amigas.

Una mano se junta con la mía. Es Jimena. Entrelazo los dedos con los suyos y las dos, juntas, damos un paso firme sobre el escenario.

FIN



abracadabrantes.com

SIGUE LEYENDO

Serie Cayetano:



☐



☐

Comedia romántica:



☐



☐

Fantasía:



☐



☐

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a escribir *Perdona si te llamo Cayetano* tenía intención de que fuera un tomo único. La historia de Salva y Darío tendría su inicio y su final. Sin embargo, a veces son los propios personajes son quienes nos guían y cuando llegué al último capítulo, Jimena hizo una aparición que me sorprendió hasta a mí. Lo tuve claro: quería contar su historia y la de Cata. Eso hice.

Tecleé el primer borrador de la novela entre noviembre de 2022 y enero de 2023 y el segundo, el verano siguiente.

No me puedo creer que por fin esté tecleando estas palabras y que vayamos a tener juntitos el primer y el segundo libro de la *Serie Cayetano.*

Como siempre, tengo mucho que agradecer.

Gracias en primer lugar a todos los lectores de *Perdona si te llamo Cayetano* que han decidido acompañar a estos personajes en su siguiente aventura. Gracias por cada comentario apasionado en Wattpad, cada reseña, ilustración, canción (vuestro arte no tiene límites) y experiencia que habéis compartido conmigo. No podría sentirme más afortunada. Estáis haciendo mi sueño realidad.

Gracias a Noelia Martín Luna y a Nerea Pantiga, por cuidar tanto a Cata y a Jimena. Gracias por vuestro beteo y por dedicarles unas palabras tan bonitas como las que aparecen en la contraportada.

Gracias a Amnesia y Celia por acompañarme en cada sesión de escritura en cafeterías y por escucharme siempre. Gracias en especial a Celia por formar parte de este proyecto (según algunos medios de comunicación, ¡eres la coautora!) y regalarme las cubiertas más especiales del mundo y unas ilustraciones increíbles.

Gracias a Helena. ¿No te duele la espalda por cargar con el peso de la promoción de esta serie? Me siento eternamente en deuda.

Gracias a todas las personas que la literatura ha puesto en mi camino. Gracias a Alicia, María, Aintzane, Sindy y Alba. Gracias también a todas las personas de bookstagram (Silvia, Alejandro, Javi, Daphne…) y booktok por vuestro trabajo. Los escritores os lo debemos TODO.

Gracias a mis padres y hermanos por apoyarme siempre. Andrea, gracias por dejar que te destripara la novela en un paseo por la playa. Mamá, gracias por leerla dos veces (y subiendo) y no cansarte nunca.

Esta novela está dedicada a las amigas que se quedan, y yo me siento feliz de tener el sistema de apoyo más fuerte del mundo.

Gracias a Roser, Mar y Alba. Crecer con vosotras es un regalo increíble. Gracias por apoyarme en todo y recordarme siempre que la escritura es mi camino.

Gracias a Paula e Irene. El grupo de WhatsApp de Brianda, Mencía, Jimena y Cata se llama TOTALLY SPIES en honor al nuestro. Os quiero.

Gracias a Marina y a Lucía, pienso escribir todos los libros del mundo ambientados en nuestra Valencia.

Gracias a David, por las preguntas que me haces creo que todavía no tienes ni idea de la trama de este libro. Gracias a Andrea, Lucía y Bruna. Estoy deseando volver a Lisboa y escribir un libro que lo cuente todo.

A mis *abracadabrantes*, que una vez más me han acompañado en esta aventura. Gracias por

seguirme en *Mío, Operación Cliché, Diana en el laberinto* y *Perdona si te llamo Cayetano*. No me puedo creer que esta sea la quinta vez que escribo unos agradecimientos.

No dejamos de creer y en la próxima aventura conquistaremos todas las librerías.

En el momento en el que escribo estas palabras, en 2023 han sido 47 las mujeres víctimas de violencia de género. Esta es solo la punta del iceberg. Una vez más, esta es solo la punta del iceberg. Creo que la ficción es importante porque nos ayuda a comprender la realidad del mundo que nos rodea y a ser más empáticos. Ojalá hayáis empatizado con Cata y Jimena. Ojalá podáis pedir ayuda si lo necesitáis y ojalá sepáis que siempre va a haber alguien dispuesto a ayudaros.

Por último, muchísimas gracias a ti, la persona que ha leído este libro y ha llegado hasta la ultimísima página. Espero haber estado a la altura de esta historia.

Recuerda que puedes contarme qué te ha parecido esta historia en:

• Mi página web: abracadabrantes.com

• Mi TikTok e Instagram: @raquel_abracadabrantes

Si puedes, te agradecería muchísimo que dejaras una pequeña valoración en Amazon y GoodReads. ¡No imaginas cuantísimo ayuda!

SOBRE LA AUTORA

Raquel Tirado Fernández nació en Barcelona en 1999 pero reside en Castellón de la Plana. Es graduada en Sociología y Ciencias Políticas y escritora de literatura juvenil a tiempo completo.

Desde pequeña disfruta llenando cuadernos de dibujos e historias (y así tiene una excusa para coleccionarlos). A los nueve años escribió un cuento que sus padres le ayudaron a editar y que causó furor entre sus compañeros de clase.

Su primera experiencia «real» autopublicando fue en 2018 cuando nace *Mío: a veces la ficción es la única forma de contar la verdad*, finalista del XII Premio Jordi Sierra i Fabra, a través de Amazon.

Ha publicado relatos en diversas antologías como *Vagón 13* (Akane Ediciones, 2022), aunque lo que más le gusta es escribir novelas.

En 2021 lanza *Operación Cliché s*u primera comedia romántica LGTBQ+ de la mano de Selecta, sello de Penguin Random House. A esta historia la sigue una novela de fantasía urbana, *Diana en el laberinto* (Akane Ediciones, 2022) y *Perdona si te llamo Cayetano* (Amazon, 2023), el inicio de la serie de novelas independientes que sigue con *Perdón por no ser Julieta*.

Su objetivo como escritora es narrar historias en las que lo que prima no es la originalidad sino la autenticidad. Novelas que entretengan, que hagan reír o emocionen, que traten temas reales con la delicadeza y el respeto que merecen y en las que se pueda encontrar la diversidad y representación que ella misma no vio en su infancia.

Esta es su quinta novela publicada.